

Revista Aragonesa de Teología

Año XIII - Nº 26 - 2007

Julio-Diciembre



**Revista
Aragonesa
de
Teología**

CENTRO REGIONAL
DE ESTUDIOS TEOLÓGICOS DE ARAGÓN
2007

Edita:

C.R.E.T.A.
Centro Regional de Estudios Teológicos de Aragón

Dirección:

José Alegre Aragüés

Comité de Redacción:

Pedro Fraile Yécora
Carlos Tartaj Sánchez
Julián Ruiz Martorell
José M.^a Andreu Celma

Confección y maquetación:

Sdad. Coop. Librería General, S.L.

Administración:

C.R.E.T.A.
Ronda Hispanidad, 10
50009 Zaragoza
Tel. 976 467 378

Suscripciones:

Secretaría del CRETA

Impresión:

Sdad. Coop. Librería General
ISSN: 1135-0447
D. Legal: Z-169/95

SUMARIO

	<u>Pág.</u>
EDITORIAL	5
1. <i>El agua en la Biblia.</i> José Pedro Tosaus Abadía	7
2. <i>Agua que ilumina.</i> Bernardino Lumbreras Artigas	19
3. <i>El agua en el cristianismo.</i> José Pedro Tosaus Abadía	37
4. <i>El agua como metáfora de la existencia humana.</i> Tomás Ortiz Arrese	49
5. <i>Jerusalén de agua.</i> Pedro Ignacio Fraile Yécora	65
6. <i>Agua, vida y sacramentos.</i> Laurentino Novoa Pascual CP	81

AVISO A NUESTROS LECTORES:

Dé a conocer nuestra Revista.

Suscríbase y domicilie la suscripción.

Envíenos los datos de su entidad bancaria junto con el número de su cuenta. Recuerde que deben ser veinte los dígitos que constituyen el conjunto de los datos bancarios. Le agradecemos que lo haga así por la facilidad que significa para nosotros el cobro de la suscripción anual.

NUESTRA DIRECCIÓN ES:

CRETA

Ronda Hispanidad, 10
50009 Zaragoza

EDITORIAL

La celebración de la Exposición Internacional 2008 en Zaragoza, con el tema central del agua, ha originado una reflexión en torno a este elemento natural tan necesario, tan codiciado y tan desigualmente repartido.

Si los aspectos más reseñados en una Exposición de estas características son los que tienen que ver con el desarrollo, la calidad sanitaria y la demografía, la Revista Aragonesa de Teología se ha propuesto aportar otros aspectos que destacan la dimensión humana, simbólica, cultural y religiosa de un bien tan apreciado, desde la más remota antigüedad, que ha convocado a poetas, cantores, sacerdotes, historiadores, líderes y artistas.

Su capacidad simbólica para expresar todo lo referente a la vida, al ser humano, a la preocupación de las comunidades por disponer de ella, asegurarla o buscarla. Su riqueza de matices para reflejar el gran abanico de situaciones interiores y exteriores en las que la humanidad se ve.

La dependencia tan vital y la tremenda ansiedad sentida en la sed es el referente del amado, la imagen del creyente en su experiencia de búsqueda y la de todo ser humano en la vivencia fundamental de su propia realidad como ser necesitado y buscador de todo lo que pueda colmar su insatisfacción.

En ese mundo de la antigüedad, que recogió en el agua la dimensión profunda de sí mismo, está la Biblia. En ella, ya desde el principio, aparecen las aguas como escenario grandioso de creación, como instrumento poderoso de liberación en el mar Rojo, como límite que marca el espacio de los hijos de la libertad, el Jordán, y como río que fluye desde el costado de Jesús para calmar la insaciable sed de una humanidad sedienta de salvación.

En medio, todas las experiencias humanas posibles han encontrado en el agua su expresión y su pequeña o grande historia.

Sería inagotable este tema del agua en la Biblia para buscar y buscar. Proponemos una pequeña muestra que despierte la sed y lance a todos a seguir mirando e investigando.

Lo mismo ocurre con la Teología. Precisamente por su riqueza y profundidad antropológica, en la teología el agua está presente en los sacramentos, pero también en todo su discurso de significación religiosa de la vida y de explicitación del sentido profundo que el ser humano busca y el Dios de la Revelación ofrece.

No se agota el tema con un número de nuestra Revista y anunciamos ya que el próximo también estará dedicado al agua. Esperamos contribuir a ampliar los horizontes de un acontecimiento tan singular para nuestra comunidad y a que los creyentes y

los lectores tengamos un material que nos ayude a abrir los ojos y descubrir facetas más allá de la visión económica, política y sociológica. Así lo vieron nuestros antepasados y su visión, tan rica y desbordante, puede seguir realizando una función humanizadora y abierta a la esperanza.

El agua en la Biblia

Rev. Aragon. Teol. 26 (2007)

José Pedro Tosaus Abadía

1. Introducción

La presencia del agua en la Biblia es múltiple y difícil de sistematizar. Desde el primer capítulo del Génesis hasta el último del Apocalipsis, la encontramos mencionada numerosas veces con términos muy diversos ("agua" o "aguas", "fuente", "manantial", "río", "torrente", "mar", "lluvia", "rocío", etc.); y su sentido y sus connotaciones no son siempre los mismos.

Para entender mejor lo que el agua es y significa en la Biblia, conviene conocer el marco geográfico donde ésta se escribió. Vista desde el espacio, la región que comprende Egipto, Palestina, Asia Menor, Mesopotamia y norte de la Península Arábiga, semeja una gran media luna verde sobre fondo pardo o rojizo. El verde corresponde a las cuencas fluviales (Nilo, Jordán, Tigris, Éufrates), situadas sobre el fondo de los desiertos y las estepas. Al oeste y al sur de Palestina encontramos además otro color: el azul de los mares. En concreto, en la región más eminentemente bíblica, Palestina, la mayor parte del territorio carecía de ríos o lagos importantes (aparte del Jordán y el lago de Galilea), de manera que la lluvia era la forma de agua más importante para la fertilidad de los campos. Los autores y los primeros lectores de la Biblia tenían en mente este marco geográfico que llamamos la Media Luna fértil.

Además, compartían una cosmología básica que es la que nos encontramos en los textos bíblicos. Según dicha cosmología, la tierra es una superficie plana, asentada en columnas que la sostienen sobre las aguas, y por encima de ella se extiende una estructura sólida, el "firmamento", por la cual se desplazan los astros.

El primer relato de la creación que aparece en el libro del Génesis indica muy claramente los detalles de esta concepción. El Espíritu de Dios se cierne sobre las aguas del caos. Después de crear la luz, Dios separa las aguas de arriba de las aguas de abajo (mediante el firmamento), y la tierra del mar. La tierra, el espacio reservado especialmente al ser humano, queda situada así dentro de una especie de burbuja en medio de las aguas. Dicha burbuja estalla prácticamente en el diluvio, pues "saltaron todas las fuentes del gran abismo, y las compuertas del cielo se abrieron" (Gn 7,11).

Resulta, por tanto, evidente el puesto fundamental que el agua desempeña en la cosmología bíblica, como punto de partida y límite permanente de la vida en la tierra. Quien se adentre un poco en las páginas de la Biblia se dará cuenta de inmediato de que las funciones y significados del agua en la Escritura son muchas más; pero las nociones geográficas y cosmológicas que acabamos de esbozar están en la base de todas ellas.

2. El agua y los ejes espaciales

Para organizar el abanico de posibilidades que el agua presenta en la Biblia, propongo que nos sirvamos de dos ejes espaciales fundamentales (arriba-abajo, izquierda-derecha) y del centro que los une formando una cruz. No se trata de una figura escogida arbitrariamente. En realidad, el ser humano estructura el mundo sirviéndose de ella, y la razón es que tal figura esquematiza sus posiciones corporales fundamentales: de pie (eje cabeza-pies), tumbado (o bien con los brazos extendidos o caminando) (eje derecha-izquierda) y sentado (centro recogido sobre sí mismo).

Estas posiciones establecen las coordenadas a partir de las cuales creamos nuestros símbolos. En el eje cabeza-pies, la carga más positiva está en la cabeza, y lo mismo sucede con las realidades asociadas con la altura, por ejemplo, el cielo, la montaña o Dios; con los pies se asocia el polvo que ensucia, el subsuelo con su abismo o su infierno. En el eje derecha-izquierda, la carga más positiva está en la derecha (por ejemplo, la mano diestra se valora más que la siniestra). El ser humano sentado tiene siempre el valor positivo de la identificación personal, la intimidad (aquí tiene aquí su origen el símbolo de la casa).

Siguiendo la cosmología bíblica, imaginemos ahora estos dos ejes espaciales, con sus cuatro direcciones, unidos en el centro y rodeados por una masa esférica de agua que los enmarca.

En el eje vertical encontramos:

- a) arriba, la lluvia (agua pura), normalmente considerada causa de la fecundidad de la tierra, aunque también provoca inundaciones y desastres;
- b) abajo, el abismo marino (agua salada), donde se hunden los cimientos de la tierra.

El punto de vista geográfico que se presupone en la Biblia es como el nuestro: cuando pensamos en un país o un continente, lo "vemos" como si tuviéramos el ros-

tro vuelto hacia el norte. De ahí que, en lo referente al agua en la Biblia, en el eje horizontal encontremos:

- a) a la izquierda (es decir, al oeste) el mar (Mediterráneo) (en hebreo, "oeste" y "mar" se dicen con la misma palabra);
- b) a la derecha (es decir, al este) la tierra con sus fuentes, torrentes, lagos y ríos.

Finalmente, en el centro que une ambos ejes se puede encontrar cualquiera de las "formas terrestres" del agua, pero muy especialmente la fuente y, sobre todo, el pozo. Ambos suelen estar cerca de los asentamientos humanos, a veces incluso dentro de la casa (2 S 17,18).

3. El agua y los ejes simbólicos

Los ejes espaciales tienen, como ya hemos indicado, un sentido simbólico. En el caso del agua, es difícil separar el sentido material, que acabamos de reseñar, y el sentido figurado que adquiere en la espiritualidad bíblica. La continuidad entre ambos sentidos hace del agua una de las realidades simbólicas más sólidas y ricas de la Biblia.

Hagamos un repaso sumario de los diversos sentidos figurados del agua en la Escritura...

En el eje vertical encontramos:

- a) arriba, el agua como vida, como bendición, como símbolo de Dios mismo o de su palabra; pero también como castigo.
- b) abajo, el agua como muerte.

En el eje horizontal encontramos:

- a) a la izquierda (el oeste), las aguas amargas, la inmersión que requiere salvación;
- b) a la derecha (el este), la purificación, la regeneración, el bautismo, el agua viva, el agua como símbolo de la Sabiduría.

En el centro, finalmente, situamos el agua interior, el agua "que obra y habla", símbolo de la vida y la fecundidad espiritual, del Espíritu Santo y la eternidad.

Todo cuanto acabamos de decir resulta forzosamente esquemático. Su brevedad, sin embargo, se debe a que tiene por función servirnos de plano básico de una

realidad. Con este esquema podremos adentrarnos a continuación en la lectura de la Biblia y situar cada referencia al agua en su lugar correspondiente.

4. Algunos textos bíblicos selectos

Las limitaciones de espacio nos obligan a escoger sólo algunos textos bíblicos significativos en lo tocante al agua. Vamos a presentarlos en tres bloques temáticos: a) el agua en el inicio del mundo, b) el agua en el inicio del pueblo de Israel y c) el agua en la vida del pueblo de Israel.

a) El agua en el inicio del mundo

Hemos hablado ya del primer relato de la creación (Gn 1–2,4a), donde las aguas primordiales simbolizan el caos y también las infinitas posibilidades de la materia. Incubadas por el Espíritu de Dios, acaban repartidas en aguas superiores y aguas inferiores (que para los judíos representaban la oposición sexual, masculino-femenino, y también el contraste seguridad-inseguridad). Las aguas divididas rodean la esfera del mundo creado, dentro de la cual Dios ha separado también el mar de la tierra. Aparecen, por tanto, la dimensión vertical arriba-abajo y la horizontal izquierda-derecha. No hay en este primer relato mención alguna del agua dulce de ríos o fuentes. Sí la encontramos, sin embargo, en el segundo relato de la creación (Gn 2,4b-25), donde se habla de un manantial que precedió a la lluvia (2,5-6) y de un río que regaba el jardín de Edén y desde allí se repartía en cuatro brazos (2,11-14). El agua de este texto ocupa en nuestro esquema espacial el centro y va a tener gran importancia simbólica en la espiritualidad bíblica en general, y en la cristiana en particular. Hablaremos de ella en otro momento.

Hemos mencionado también ya el diluvio como una vuelta al caos inicial (Gn 6,5–9,17). La creación se "des-hace". Pero el ser humano (Noé y su familia) y los animales (varios representantes de cada especie) sobreviven en el arca. No se reproduce el caos inicial: las paredes del arca son como un "mini-firmamento" que mantiene dentro la vida creada: otro tema de gran proyección dentro de la Biblia y su espiritualidad. La dimensión fundamental en este pasaje es la vertical arriba-abajo.

b) El agua en el inicio del pueblo de Israel

El pueblo de Israel nace como tal con el éxodo de Egipto que le lleva a atravesar el mar y el desierto hasta llegar al Sinaí, donde Dios hace una alianza con él. El paso del mar Rojo es uno de los momentos más dramáticos de esta historia (Éx 14,15-31). La escena principal es la división de las aguas, que posteriormente vuelven a ocupar su lugar ahogando al ejército egipcio. Al igual que los textos de la creación y el diluvio, este relato hace una afirmación muy importante: las fuerzas del caos (el mar) están sometidas al poder y la voluntad del Dios de Israel, que las usa a favor del pueblo (para quien son aguas de vida) y en contra de sus enemigos (para quienes son aguas de muerte). Aparecen en este texto tanto la dimensión vertical arriba-abajo (aguas de vida y aguas de muerte), como la horizontal izquierda-derecha (paso en dirección oeste-este, con la peculiaridad de que el movimiento horizontal va acompañado por una estructura espacial que recuerda, "en horizontal", la estructura cosmológica bíblica: la tierra seca queda entre dos murallas de agua)

En el episodio siguiente del libro del Éxodo, el pueblo, tras caminar tres días con sed por el desierto, se encuentra con las aguas amargas de Mará (Éx 15,22-27). El descubrimiento de su amargor provoca la murmuración del pueblo. Las aguas finalmente se vuelven dulces mediante el leño que Dios manda a Moisés arrojar a ellas. La dimensión que aparece es la horizontal, con un movimiento/cambio "de izquierda a derecha" (paso de aguas amargas a aguas dulces).

Para entrar en la Tierra prometida, el pueblo tiene que atravesar el Jordán (Jos 3,14-17). El arca de la alianza es la presencia visible del poder que detiene las aguas, permitiendo que el pueblo cruce a pie y sin mojarse el cauce del río. La dimensión resaltada es la horizontal, con un paso que va de la derecha al centro, el lugar de reposo, la morada permanente, la Tierra prometida.

Cuando, al final del exilio, Dios anuncia por medio de Isaías un nuevo comienzo, recurre a las imágenes del éxodo, entre ellas el agua en medio del desierto: "¿No os acordáis de lo pasado, /ni caéis en la cuenta de lo antiguo? / Pues bien, he aquí que yo lo renuevo: / ya está en marcha, ¿no lo reconocéis? / Sí, pongo en el desierto un camino, / ríos en el páramo. / Me honrará el animal campestre, / los chacales y las hembras de avestruz; / pues daré agua en el desierto, / ríos en el yermo, / para abreviar a mi pueblo elegido. / Ese pueblo que yo me he formado contará mis alabanzas" (Is 43,18-21).

c) El agua en la vida del pueblo de Israel

Entre los aspectos innumerables que el agua presenta para el pueblo de Israel en la Biblia, he seleccionado algunos que considero especialmente significativos.

LA LLUVIA

Ocupa en nuestro esquema la parte de arriba del eje vertical. Aunque sus connotaciones son en general positivas, también tiene una dimensión negativa.

Sus *aspectos positivos* quedan puestos de relieve en los textos siguientes:

- Dt 11,14: "yo (Dios) daré a vuestro país la lluvia a su tiempo, lluvia de otoño y lluvia de primavera, y tú podrás cosechar tu trigo, tu mosto y tu aceite". La lluvia es una bendición de Dios que trae consigo la fecundidad.

- Os 6,3: "(Dios y su conocimiento) vendrá a nosotros como la lluvia temprana, como la lluvia tardía que riega la tierra".

Is 55,10-11: "Como descienden la lluvia y la nieve de los cielos / y no vuelven allá, sino que empapan la tierra, / la fecundan y la hacen germinar, / para que dé simiente al sembrador y pan para comer, / así será mi palabra, la que salga de mi boca, / que no tornará a mí de vacío, / sin que haya realizado lo que me plugo / y haya cumplido aquello a que la envié".

En el primer texto, la lluvia se utiliza como término de comparación aplicado a Dios; en el segundo, a su palabra.

- Pr 25,14: "Nubes y viento, pero no lluvia, / el hombre que se jacta de que va a hacer un regalo pero miente".

Eccl 35,24: "Grata es la misericordia en tiempo de tribulación, / como nubes de lluvia en tiempo de sequía".

La lluvia simboliza aquí, respectivamente, la generosidad y la misericordia humanas.

Otros textos ponen de relieve, sin embargo, su *dimensión negativa*:

- La lluvia puede ser un castigo (ya lo hemos visto en el contexto del diluvio [Gn 8,12: "y estuvo descargando la lluvia sobre la tierra cuarenta días y cuarenta noches"] y del éxodo [Ex 9,33: "y cesaron los truenos y granizos, y no cayó más lluvia sobre la tierra"]). Puede ser, entonces, símbolo del furor de Dios (Ez 13,13: "Voy a desencadenar en mi furor un viento de tormenta, una lluvia torrencial habrá en mi cólera, granizos caerán en mi furia destructora").

Pero el mayor castigo en la vida del pueblo es la ausencia de lluvia, la sequía (Dt 11,16-17: "Cuidad bien que no se pervierta vuestro corazón y os descarriéis a dar culto a otros dioses o a postraros ante ellos; pues la ira de Yahvé se encendería contra vosotros y cerraría los cielos, no habría más lluvia, el suelo no daría su fruto y vosotros pereceríais bien pronto en esa tierra buena que Yahvé os da". Puesto que la sequía tiene su origen en Dios, que castiga de ese modo a su pueblo infiel a la alianza, existe la convicción de que una persona amiga de Dios puede interceder ante él orando para que dé la lluvia (véase Jdt 8,31; y St 5,17-18, donde se habla del caso prototípico, Elías: "Elías era un hombre de igual condición que nosotros; oró insistentemente para que no lloviese, y no llovió sobre la tierra durante tres años y seis meses. Después oró de nuevo, y el cielo dio lluvia y la tierra produjo su fruto").

- La lluvia se puede usar también como símil de personas molestas o malvadas, que son "un castigo" para los demás: "Gotera continua en día de lluvia / y mujer chismosa hacen pareja" (Pr 27,15); "Hombre malo que oprime a los débiles / es como lluvia devastadora que deja sin pan" (Pr 28,3); "El aliento de los déspotas es como lluvia de invierno" (Is 25,4).

- De manera más genérica, la lluvia puede ser símbolo de las circunstancias difíciles de la vida que ponen a prueba al ser humano (Mt 7,24-27: "Todo el que oiga estas palabras mías y las ponga en práctica será como el hombre prudente que edificó su casa sobre roca: cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos y embistieron contra aquella casa; pero ella no cayó, porque estaba cimentada sobre roca. Y todo el que oiga estas palabras mías y no las ponga en práctica, será como el hombre insensato que edificó su casa sobre arena: cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos, irrumpieron contra aquella casa y cayó, y fue grande su ruina").

EL MAR Y EL ABISMO

Están conectados, y dentro de nuestro esquema espacial y simbólico se sitúan respectivamente en la izquierda del eje horizontal y en la parte baja del vertical. Veamos un par de textos representativos.

- Jon 2,4,6: "Me habías arrojado a lo más hondo en el corazón del mar; la corriente me arrastraba: todo tu oleaje me arrollaba... Las aguas me asfixiaban el aliento, el abismo me envolvía, las algas enredaban mi cabeza". El mar y el abismo de las aguas son un peligro mortal.

- Is 27,1: "Aquel día castigará Yahvé con su espada dura, grande, fuerte, a Leviatán, serpiente huidiza, a Leviatán, serpiente tortuosa, y matará al dragón que hay en el mar". El mar es morada de monstruos malignos que refuerzan la identificación de mar y mal (cf. también la cuatro bestias que surgen del mar en Dn 7,4).

EL AGUA DE PURIFICACIÓN

Se trata de una realidad simbólicamente vinculada con el lado derecho del eje horizontal de nuestro esquema. Los textos que hablan de ritos de purificación que utilizan el agua son innumerables. Entresaco dos de carácter especial, por lo novedoso de lo que afirman en relación con la purificación con el agua:

- Ez 36,25: "Os rociaré con agua pura y quedaréis purificados; de todas vuestras impurezas y de todas vuestras basuras os purificaré". El pueblo exiliado, incapaz de purificarse, recibirá de Dios mismo el agua pura capaz de ponerlo en el estado de pureza ritual necesario para entrar en relación cultural con Dios.

- Hb 10,19-22: "Teniendo, pues, hermanos, plena seguridad para entrar en el santuario en virtud de la sangre de Jesús,... acerquémonos con sincero corazón, en plenitud de fe, purificados los corazones de conciencia mala y lavados los cuerpos con agua pura". El agua pura que lava el cuerpo (y que va unida a un corazón sincero, a la fe plena y a la purificación del corazón) es para este cristiano mucho más que un rito exterior.

EL POZO

Como ya hemos indicado, el pozo ocupa el centro de los ejes simbólicos, pero también la parte baja del eje vertical, ya que se adentra en lo profundo de la tierra.

Excavar un pozo era en la antigüedad bíblica una actividad extraordinaria, que se asimilaba a la actividad divina de crear. Los tres patriarcas bíblicos más famosos excavaron pozos: Abrahán (Gn 21), Isaac (Gn 26) y Jacob (Jn 4,12). Los pozos eran lugares de paz y de luz, oasis que sustentaban la vida con sus aguas y donde era posible el encuentro y el gozo. En uno de ellos se encontraron Jacob y Raquel (Gn 29), Moisés y Séfora (Ex 2), Jesús y la samaritana (Jn 4).

El pozo era también, en esa misma línea, símbolo del amor sexual, que es don de Dios (Pr 5,15: "Bebe el agua de tu cisterna, / la que brota de tu pozo"; Ct 3,15: "¡Fuente de los huertos, / pozo de aguas vivas, / corrientes que del Líbano fluyen!"); un don que se puede pervertir (Pr 23,27: "Fosa profunda es la prostituta, / pozo angosto la mujer extraña"). En este último caso se acentúa la parte baja del eje vertical.

Igualmente negativo es el sentido del pozo cuando equivale a:

- Peligro de muerte (Ex 21,33-34: "Si un hombre deja abierto un pozo, o si cava un pozo y no lo tapa, y cae en él un buey o un asno, el propietario del pozo pagará al dueño de ellos el precio en dinero, y el animal muerto será suyo"; y Lc 14,5: "Y [a los legistas y fariseos] les dijo [Jesús]: '¿A quién de vosotros se le cae un hijo o un buey

a un pozo en día de sábado y no lo saca al momento?"; José es metido en uno por sus hermanos en Gn 37);

- Cárcel (José en Gn 40–41 y Jeremías en Jr 38);
- Pozo del Abismo (Ap 9,1-2).

EL AGUA, SÍMBOLO DE LA SABIDURÍA

El agua en general, pero sobre todo la de la fuente o el pozo, puede simbolizar la Sabiduría. En nuestro esquema espacial, este sentido ocupa el centro y la parte de arriba del eje vertical.

Basten un par de ejemplos:

- El sabio "contiene" sabiduría en su interior lo mismo que un pozo o una fuente contienen agua (Pr 20,5; Eclo 21,13), y sus palabras tienen la fuerza de un torrente (Pr 18,4); el necio, en cambio, es como una vasija rota que no retiene el conocimiento (Eclo 21,14).

- La Ley (de Moisés) dispensa el pan del conocimiento y el agua de la sabiduría (Eclo 15,3: "Le alimenta (la Ley) con pan de inteligencia, / el agua de la sabiduría le da a beber").

EL AGUA, SÍMBOLO DE DIOS Y DE SU SALVACIÓN

Finalmente, situado también en el centro y en la parte de arriba del eje vertical, está el agua como símbolo de Dios y de su salvación.

Algunos textos significativos son los siguientes:

- El agua como símbolo de Dios. Además de la metáfora de Os 14,6 ("seré como rocío para Israel"), destaco tres textos:

- Jr 2,13: "Doble mal ha hecho mi pueblo: a mí me dejaron, Manantial de aguas vivas, para hacerse cisternas, cisternas agrietadas, que el agua no retienen";

- Ez 47,1-12, donde se habla del agua que brota del Templo y que sana, purifica y da vida allá donde llega;

- Ap 22,1, que se hace eco del pasaje de Ezequiel (introduciendo diferencias muy significativas): "Luego me mostró el río de agua de vida que brotaba del trono de Dios y del Cordero. En medio de la plaza, a una y otra margen del río, hay un árbol de vida, que da fruto doce veces, una cada mes; y sus hojas sirven de medicina para los gentiles").

- El agua de una acequia simboliza el efecto benefactor que la meditación de la Ley del Señor produce en el justo, simbolizado por un "árbol / plantado al borde de la acequia, / da fruto en su sazón y no se marchitan sus hojas; / y cuanto emprende tiene buen fin" (Sal 1,3).

- La sed de agua, uno de los grandes símbolos del deseo fundamental del ser humano, simboliza a veces la sed de Dios: "Como busca la cierva, / corrientes de agua, / así mi alma te busca / a ti, Dios mío. / Tiene sed de Dios, / del Dios vivo: / ¿cuándo entraré a ver / el rostro de Dios?". En este caso, la "entrada" está vinculada con el Templo y su culto.

- El agua, por su carácter esencial para la vida, simboliza en determinadas circunstancias la salvación que viene de Dios. Un ejemplo entre otros es Is 41,17: "Los humildes y los pobres buscan agua, pero no hay nada. La lengua se les secó de sed. Yo, Yahvé, les responderé. Yo, Dios de Israel, no los desampararé".

5. Reflexiones finales

Este apresurado recorrido por algunos textos bíblicos relacionados con el agua ha intentado situar los diversos significados de ésta en un doble plano: el espacial y el simbólico. Entre ambos planos existe continuidad absoluta, lo cual impide en muchas ocasiones deslindar significados. Esto, sin embargo, entraña una riqueza mayor: la densidad semántica que el agua posee en planos diferentes permite construir sobre un mismo texto, casi siempre relativamente breve, un complejo entramado de sentidos y connotaciones.

La necesidad de desglosar de algún modo, en esta conferencia y en la siguiente, dos temas indisolublemente unidos (el agua en la Biblia y el agua en el cristianismo) me ha obligado a una división artificial. Lo que acabo de exponer sobre la cosmología y las coordenadas espaciales y simbólicas de la Biblia es fundamentalmente válido para el Antiguo Testamento y el Nuevo. Y también, en gran medida, para el pensamiento cristiano, sobre todo el antiguo y el medieval.

En la presente conferencia he intentado centrarme en el Antiguo Testamento, aunque ha sido inevitable que me refiriera también al Nuevo. En la siguiente habré de centrarme en el Nuevo Testamento, aunque también será inevitable hablar del Antiguo y, por supuesto, de la repercusión de ambos en la interpretación que el cristianismo ha hecho y hace del agua.

En lo que a ésta se refiere, el paso del Antiguo al Nuevo Testamento y al cristianismo en general se va a caracterizar, como veremos, por una concentración semántica en la dimensión simbólica del centro de los ejes espaciales. Como acabamos de indicar, el agua interior, Dios como agua, etc. no eran desconocidos en el

Antiguo Testamento; pero el desarrollo de esta dimensión "central" del agua en el Nuevo y en el cristianismo va a ser enorme, sobre todo gracias a la figura del Espíritu Santo.

Bibliografía

Cualquier diccionario bíblico o vocabulario de teología bíblica (p.ej. X. Léon-Dufour, *Diccionario del Nuevo Testamento*, Cristiandad, Madrid 1977; *Diccionario bíblico abreviado*, San Pablo, Madrid 1986; H. Obermayer, *Diccionario bíblico manual*, Claret, Barcelona 1994; E. Martín Nieto, *Diccionario bíblico de urgencia*, Monte Carmelo, Burgos 2003).

J. P. Tosaus Abadía, *Memorias del Paraíso*, Verbo Divino, Estella 2007 (novela, síntesis de la espiritualidad bíblica, con importante presencia del agua).

Agua que ilumina

Rev. Aragon. Teol. 26 (2007)

Bernardino Lumbreras Artigas

Introducción

El día 9 de agosto de 2005, *Los Angeles Times* publicaba un artículo en el que daba cuenta de la finalización de unos trabajos arqueológicos en los que se había encontrado la piscina de Siloé, escenario de la curación del ciego de nacimiento, que se relata en los primeros versículos del capítulo 9 del evangelio de San Juan.

Los trabajos habían comenzado en junio de 2004. Mientras Ronny Reich y Eli Shukron buscaban restos arqueológicos en el comienzo del túnel de Exequias, las autoridades de Jerusalén necesitaban reemplazar una tubería de vertido. Los trabajadores utilizaban el equipo pesado, y Eli Shukron vio como aparecían dos escalones. Detuvo el trabajo, llamó a su compañero y concluyeron que se trataba de la piscina de Siloé del siglo I a.C. Tras obtener el permiso de la Autoridad Israelí de Antigüedades, comenzaron a excavar y fueron encontrando más y más peldaños.

El relato que Juan nos cuenta en el capítulo 9 de su evangelio rebosa frescura y vivacidad. La narración se centra en los debates que provoca el signo, contado con concisión, y las consecuencias habidas para el ciego de nacimiento. Al pasar, Jesús ve a un ciego de nacimiento y los discípulos le preguntan sobre el origen de su condición; tras una respuesta breve y explicativa, Jesús hace barro con su saliva y lo coloca en los ojos del hombre diciéndole que se lave en la piscina de Siloé. El hombre fue a la piscina y volvió con vista. Los fariseos dirigen una investigación intensa acerca de la curación y concluyen que Jesús es un pecador. Sin embargo, el ciego de nacimiento va aumentando su conocimiento acerca de la identidad de Jesús. Si bien toda la Sagrada Escritura es el encuentro de Dios con el mundo, el Cuarto Evangelio utiliza para plasmarlo unos medios particulares entre los que se cuenta el simbolismo, la fina ironía, los malentendidos y la fusión de horizontes.

Vista y ceguera simbolizan la posibilidad dual de la existencia humana. Juan quiere ocuparse de la percepción espiritual y usa la vista física como un símbolo que conecta la lucha entre la luz y la oscuridad. La fe basada en los signos es considerada como poco satisfactoria, sin embargo, esta percepción puede ser el comienzo de algo

más profundo. La interpretación simbólica demuestra la necesidad y la posibilidad del crecimiento desde la percepción tangible hasta la fe plena.

1. El escenario

Alrededor del año 700 a.C., el rey Exequías temía el asedio de Jerusalén por parte del monarca asirio Senaquerib. El abastecimiento de agua de la ciudad era prioritario e ideó la construcción de un túnel de más de 500 metros, bajo la montaña de la Ciudad de David, que trajera el agua del adyacente valle del Cedrón y de la fuente Guijón (Neh 3, 15; II Re 20, 20). Hubo dos equipos de trabajadores que se reunieron en el centro. Las aguas de la primavera podían fluir mansamente por el túnel y los habitantes de la ciudad tenían su provisión de agua (Is 8, 6) en una piscina. Probablemente esta piscina fue destruida por Nabucodonosor (586 a.C.). La que conoció Jesús debió de construirse al comienzo del siglo I a.C. Su finalidad no está clara: hay quien piensa que en las fiestas de peregrinaje (Savuot y Sukkot) las personas acamparían en el valle del Cedrón y usarían el agua de la piscina para beber y cocinar. Sin embargo, con Ronny Reich, es preciso reconocer que el agua de manantial tiene el más alto grado de pureza y que era usada para el *miqveh* o baño ritual; este acto precisaba que el agua fluyera, pero en algún sitio debía desembocar y este sitio era la piscina de Siloé.

Las investigaciones han determinado la anchura de la piscina de Siloé (68'58 metros), su forma aproximada (una especie de trapecio) y tres tramos con cinco escalones cada uno. Sin embargo, debido a la cercanía de una iglesia bizantina y su jardín, desconocemos la longitud y la profundidad de la misma. Su construcción tuvo dos fases: incrustadas en el yeso de los escalones de la primera se han encontrado monedas de Alejandro Janeo (103-76 a.C), aunque no podemos estar seguros del tiempo que estas monedas estuvieron en circulación, sí podemos afirmar que estaba construida en la época de Herodes el Grande. También se han encontrado una docena de monedas correspondientes a la sublevación judía de los años 66-70 d.C. Tras la destrucción del Templo, la piscina cae en desuso y las lluvias invernales depositan los estratos de barro que van ocupando la piscina, que no era limpiada. Poco a poco el barro se acumuló y quedó finalmente enterrada.

En el período bizantino, la emperatriz Eudocia (400-460) construyó una iglesia y una piscina para conmemorar el lugar donde el ciego de nacimiento fue curado. Los bizantinos pensaron que la piscina de Siloé quedaba al final del túnel de Exequías y es allí donde la construyeron. Esta iglesia fue un popular lugar de peregrinación hasta el siglo XIX. Hoy sabemos que la auténtica piscina de Siloé se encuentra a unos pocos metros al sudeste de este sitio.

2. La escena

La perícopa que nos ocupa es un claro ejemplo de desarrollo del simbolismo joánico. En ella, se plasma cómo el lenguaje simbólico es una forma de saber, una epistemología, que, más allá de todo empirismo, tiene múltiples significados; en ella, el agua juega un papel primordial enlazando el capítulo 9 con otros momentos estelares del Cuarto Evangelio; en ella, cada uno de los personajes, individuales o colectivos, representan un grupo activo en la época en que se escribió el texto.

Juan ha usado una historia de milagro para articular un diálogo/discurso. El signo es importante porque representa un hecho tangible, pero el evangelista quiere ir más allá y revelar a Jesús como Hijo de Dios (9, 35-38). Jn 9 es una parábola o "símbolo narrativo"¹ en el que podemos aprender mucho del universo simbólico del cuarto evangelista. La variedad de símbolos que usa Juan hace que podamos pensar en ellos como vehículos efectivos de revelación.

En nuestro evangelio, Jesús se identifica con los símbolos. Las declaraciones **ego eimi** desplegadas por todo el texto, son declaraciones cristológicas que obligan al lector a una decisión. De esta forma, el conflicto entre los judíos creyentes y los cristianos se revela en la identificación de estos símbolos; los primeros se encuentran encerrados en una comprensión falsa y obsoleta, muy alejada de la auténtica y nueva que representa Jesús. En realidad, los símbolos joánicos fueron forjados en la lucha con la sinagoga y las declaraciones *ego eimi* recibieron un punto de referencia nuevo incrustando a Jesús en la oposición a la comprensión judía del conocimiento de Dios. Donde los judíos afirmaban que Israel conoce a Dios a través de la Ley, el evangelista declara que el creyente conoce a Dios a través de Jesús (1, 17-18). Cuando el judaísmo había identificado al Verbo de Dios con la *torá*, Juan proclama al Logos encarnado en Jesús y en una variedad de símbolos que, sacados del judaísmo, pretenden subrayar que las esperanzas y expectativas del judaísmo se cumplen en Jesús de Nazaret. Esto se demuestra en Jn 9 donde Jesús, "la luz del mundo" (8, 12), da vista a un ciego que va creciendo en la percepción espiritual hasta llegar a confesar su fe en el Hijo de Dios.

Los símbolos también expresan la búsqueda del hombre por el sentido de la vida. En el judaísmo, los símbolos tienen carácter religioso porque Dios es la fuente de la vida y se concreta en la Ley; sin embargo, para Juan, deben ser entendidos desde Jesús, porque si no, se vuelven idolátricos. El hombre es creado para responder al Verbo de Dios. Juan 9 imparte la enseñanza de que todos los hombres son ciegos de nacimiento y que sólo aceptando el acontecimiento de Jesús pueden vencer la

¹ PAINTER, J. – *The Quest for the Messiah. The History, Literature and Theology of the Johannine Community* – T & T Clark - Edinburgh 1991 – p. 275.

oscuridad y así reconocer la verdad y acoger la fe. El universo simbólico joánico no es sólo revelar a Dios a través de Jesús, sino también restaurar la imagen de Dios que había sido velada por la cerrazón en torno a la Ley, por eso podemos afirmar que los símbolos en el Cuarto Evangelio también tienen una función teleológica.

2.1. El contexto

Los capítulos 7-10, 21 se desarrollan durante la fiesta de *Sukkot* y en el entorno del Templo (9, 7). Es el final del año judío, y se celebra al final del verano; es el tiempo de la cosecha y de guardar el grano. Durante los días de la fiesta se leía Zac 14, un texto que habla del futuro escatológico de todas las naciones; se menciona la victoria de la luz sobre la noche (Zac 14, 7) y el agua viva que fluye desde Jerusalén hasta los confines del mundo (Zac 14, 8). El día octavo de la fiesta forma parte de la misma, tiene una solemnidad especial y es llamado “el último día de la fiesta” (Jn 7, 37). De igual manera que la cifra 7 significa la plenitud terrena, la cifra 8 nos habla de la plenitud que está por llegar; el día octavo de *Sukkot* expresa la finalidad de toda la fiesta. Al amanecer se le da un sentido único, porque la tradición rabínica hace de él la experiencia estelar de lo que a uno le gustaría vivir: la realidad anunciada por la fiesta; y este es el momento elegido por Jesús para proclamarse “la luz del mundo” (Jn 8, 12). El evangelio nos está diciendo que Jesús es la plenitud esperada por los celebrantes de *Sukkot*.

El relato tiene una introducción en la que los discípulos le preguntaron acerca de la relación entre pecado y enfermedad. Se trata de un tema de debate en la época del Nuevo Testamento. Como la mayor parte de los marginados, el ciego de nacimiento era considerado como pecador (9, 34) y se veían forzados a vivir en el exterior de la ciudad; sólo en algunas ocasiones se les permitía la entrada a Jerusalén y pedir limosna cerca del Templo (Hch 3, 2). El cuidado de la salud en el siglo I podía ser dividido en tres sectores²: El sector profesional lo formaban personas acreditadas que se ocupaban del alivio de los síntomas de la enfermedad, estudiaban el comportamiento de los enfermos y desarrollaban teorías para explicar el origen de las enfermedades; nunca tocaban al enfermo ya que su acercamiento era sólo filosófico. Un segundo sector era el popular, que se ocupaba de advertir a las personas de las anomalías que eran consideradas como ajenas a la salud; este sector tenía finalidad preventiva y, por eso, involucraba a toda la familia en el origen de las enfermedades. Había un tercer sector, que podríamos llamar taumatúrgico, en el que una persona, reconocida por la comunidad, tenía la habilidad para restaurar la salud de los enfermos. Algunos

² MALINA, B. J. y ROHRBAUGH, R. L. – *Social-Science Commentary on the Gospel of John* – Fortress Press – Minneapolis 1998 – pp. 175-177.

de los personajes del Cuarto Evangelio toman a Jesús por un personaje de este último sector porque toca a los pacientes (9, 6), da órdenes verbales a los enfermos (5, 8), cura a distancia (4, 50) y la procedencia de su poder es puesta en cuestión (9, 18). Pero hay que advertir que la selección de casos de curaciones que Juan presenta en su evangelio son casos extremos: un niño curado a distancia, un paralítico durante treinta y ocho años, un ciego de nacimiento y una persona que llevaba muerta cuatro días.

En 9, 14 el evangelista hace un inciso para informar al lector que el día en que se había realizado el signo de curación del ciego de nacimiento era sábado³. En este día, los fariseos alargaban las prescripciones de la Ley de una manera inaudita de tal forma que prohibían multitud de cosas. El problema que se plantea a los espectadores fariseos del signo es que un infractor de la Ley no podía hacer milagros y un taurmurgu no podía infringir la Ley (9, 16).

2.2. El tiempo narrativo

La tarea de organizar el evangelio de Juan ha sido emprendida por muchos autores⁴. Nosotros, siguiendo la estela de D. Mollat⁵, vamos a dividir nuestra perícopa en seis escenas. Hay una introducción (vv. 1-5) seguida por cuatro episodios a través de los cuales se desarrolla el acontecimiento: la curación del ciego (vv. 6-12), el primer interrogatorio del ya vidente (vv. 13-17), el interrogatorio de los padres (vv. 18-23) y el segundo interrogatorio del hombre curado (vv. 24-24). Se cierra la historia con la conclusión (vv. 35-41) que responde al tema de la introducción. Las escenas están estructuradas de forma que en cada una de ellas sólo hay dos personajes interactuando; cuando un personaje entra o sale comienza una nueva escena de la historia.

Primera escena (9, 1-5): El ciego de nacimiento es un actor virtual; en esta escena no interviene. Todo se centra en la iniciativa de Jesús que ve al ciego y en el planteamiento del problema por parte de los discípulos. El evangelista enmarca uno de los temas de la historia cuando hace que los discípulos llamen "Rabbí" a Jesús, tratamiento reservado a los principiantes (cf.: 1, 38; 3, 2). Se plantea el problema del origen del mal: Jesús no había negado la realidad del pecado ni sus raíces diabólicas, pero había procedido a incrustarlo en un contexto positivo (8, 45-47). Él desmonta la

³ Esto establece un primer paralelo con 5, 9b-10. Más adelante ahondaremos en estas relaciones.

⁴ Podemos recordar el plan descriptivo de R. E. Brown, el de P. Boismard, el simbólico del benedictino G. Ziener, el plan temático de C. H. Dodd y el plan lógico de R. Bultmann.

⁵ MOLLAT, D. y BRAUN, F. M. – *L'Évangile et Épîtres de S. Jean* – Les éditions du Cerf – Paris 1953. Se trata de un plan basado en el carácter kerigmático del evangelio y que toma como punto de partida la primera conclusión del mismo (20, 31).

teoría del pecado en la que piensan los discípulos (Ex 20, 5) para subrayar la importancia de las obras de Dios (9, 3).

Segunda escena (9, 6-12): El relato de curación es excesivamente conciso, como si Juan no quisiera prestarle excesiva atención y despistar al lector del resto de la historia. El uso que hace Jesús de la saliva (cf.: Mc 8, 23) es consecuencia de la creencia que existía entonces de que servía como protección, y era una especie de juramento de sangre⁶. La denominación de la piscina de Siloé como "Enviado" es una adaptación libre del evangelista⁷ que nos hace reflexionar sobre la idea de que el hombre, como Jesús (9, 4), tiene una misión que cumplir. La curación ocurre de una manera extraña. Jesús suma ceguera a su ceguera cuando pone barro encima de sus ojos invidentes; esto parece ser un símbolo que nos retrotrae a la Creación del hombre (Gn 2, 7) y tal vez un recuerdo del judaísmo contemporáneo que no veía la realidad de Jesús a pesar de que lo tenía delante. Luego, Jesús desaparece de escena y llegan los vecinos, que no reconocen al ciego de nacimiento porque en realidad ya no es el mismo aunque él diga que sí. Ha sido transformado y ellos no quieren creer en la verdad del signo que se ha realizado en aquel que ha pasado por el agua que ilumina.

Tercera escena (9, 13-17): El narrador afirma que el signo se ha producido e introduce el dato de que ha sido en sábado. El signo produce un cisma entre los fariseos que no saben a qué carta quedarse: no saben si Jesús es de Dios o es del pecado. En realidad, la división no está provocada por la fe o no en el signo, sino por la identidad de Jesús, que es el centro de todo el relato. Durante el debate de los fariseos, nada se dice acerca del ciego, pero es obvio que estaba presente cuando hablaban de Jesús y, al preguntarle sobre él, da un paso adelante en su discipulado y afirma: "es un profeta" (9, 17).

Cuarta escena (9, 18-23): Los padres se ven involucrados en el proceso cuando los fariseos rehúsan creer que el ciego lo es de nacimiento. La nueva luz que ha recibido es independiente de sus padres, de sus antepasados en la fe; se trata de una luz nueva de la que los padres no saben nada. El hijo ya ha recibido su mayoría de edad al afirmar que Jesús es de Dios y por eso los padres dicen que le pregunten a él. Por otra parte, temen que se les identifique como seguidores de Jesús y rechazan la novedad que viene de Él, por temor a ser excluidos de la comunidad. Debemos suponer

⁶ MALINA, B. J. y ROHRBAUGH, R. L. — *Social-Science Commentary on the Gospel of John* — Fortress Press — Minneapolis 1998 — p. 170. Suele ser mencionado el ejemplo de la curación del emperador Vespasiano contado por Tácito en su *Historia* (4, 81).

⁷ BROWN, R. E. — *El Evangelio según Juan* — Ed. Cristiandad — Madrid 1999 — Vol. I, p. 677.

que en la comunidad joánica existía un grupo considerable de cristianos que tenían que su nueva fe les impidiera relacionarse normalmente con la sinagoga⁸.

Quinta escena (9, 24-34): El ciego ya es considerado independiente y como tal es interrogado por segunda vez por los fariseos (9, 24). Con una fórmula intimidatoria, pretenden que afirme que Jesús es pecador. A pesar de que ponen en su boca las palabras, el ciego convertido en vidente no se deja amedrentar y les pone en evidencia. El nuevo creyente obtiene coraje de las amenazas y llega al sarcasmo: “¿Es qué queréis también vosotros haceros discípulos suyos?” (9, 27). Entonces comienzan a insultarlo y a basar sus argumentos en el propio Moisés sin darse cuenta de la ironía de la situación puesto que aquel a quien se juzga (Jesús) es el nuevo Moisés; los fariseos se niegan a reconocer la novedad y apelan a la fidelidad a Dios, sin embargo, esa misma fidelidad les debería llevar ante la posibilidad de reconocer los nuevos horizontes que Dios presenta en su Enviado. Al echarlo fuera, los fariseos reconocen su incapacidad para convencer al ciego de nacimiento de su error; mientras él va creciendo en la luz, ellos cada vez están más ciegos.

Sexta escena (9, 35-41): El destino del discípulo está vinculado a su Maestro: es Jesús quien ve al ciego al comienzo de la narración (9, 1) y es Jesús el que se entera que ha sido echado fuera (9, 35); en ambos casos Él toma la iniciativa. El ciego, tras salir victorioso del doble interrogatorio, conoce la verdad de Jesús y afirma: “Creo, Señor” (9, 38; 20, 28). El final parece negativo con la alusión al juicio y a la permanencia en la ceguera (que no es otra cosa que increencia) de los oponentes; sin embargo debemos ver en todo el relato las sucesivas fases de la vida de una persona creyente que un día nace a la nueva vida de la fe, que se encuentra apegado a la sociedad en la que vive pero que, en el momento oportuno, tiene la fuerza para independizarse de sus raíces y que, gracias a las diversas situaciones de la vida, consigue llegar a la percepción adulta de la realidad y a una espiritualidad humilde.

El capítulo 9 tiene claros parentescos con el 7, el 8 y 10, 1-21. La idea de progreso gradual en la fe aparece en ellos como también aparece el ejemplo de la luz y las tinieblas mutuamente relacionadas (8, 12. 59). También hay continuidad en reconocer a Jesús como profeta y como Cristo (7, 26-27. 40-42 y 9, 17. 22). Hay paralelismo en cuanto al problema planteado: la palabra “pecado” y “pecador” aparece 17 veces a lo largo de los doce primeros capítulos del evangelio y, de estas, todas menos

⁸ Es bien conocido el trabajo de Martyn en este sentido. Considera que 9, 22. 34 son sendos anacronismos que reflejan las inquietudes de los primeros destinatarios del evangelio de Juan. En la época en que ocurren los hechos no se expulsaba a nadie por afirmar la mesianidad de Jesús; sin embargo, tras el sínodo de Jabné los fariseos se impusieron al resto de grupos judíos y expulsaron a los cristianos de la comunidad hebrea. No es desacertado suponer que este tema fue motivo de crisis en la comunidad joánica. Cf.: MARTYN, J. L. – *History and Theology in the Fourth Gospel* – Westminster John Knox Press – Third Edition – Louisville 2003.

dos (1, 29; 5, 14) están en los capítulos 8 y 9. Esta continuidad también se hace patente en el hecho de que el recién excluido (8, 59) se fija en el excluido (9, 1. 35; cf.: 6, 37). Tampoco debemos olvidar que el proceso de fe que emprende el ciego curado se trata de un auténtico discipulado fruto de una fe plena que se concreta en una relación especial con Jesús que es similar a la del pastor con sus ovejas (10, 1-21). Es preciso reconocer, por tanto, que la perícopa de la curación del ciego de nacimiento es el desarrollo dramático de la afirmación contenida en 8, 12: "Yo soy la luz del mundo" y los antecedentes de la que se hace en 10, 11: "Yo soy el buen pastor".

Son notables las semejanzas con el capítulo 3: los antecedentes de la noche (3, 1 y 9, 4), la búsqueda de la identidad de Jesús por parte de "los judíos" con la utilización del verbo "saber" (3, 2. 9-10 y 9, 24. 29-31), el discernimiento de los signos que Jesús realiza en nombre de Dios (3, 2 y 9, 16. 33), el papel de Jesús como luz del mundo que trae la crisis y el juicio (3, 19-21 y 9, 5. 39). Por otra parte, ha sido Culpepper⁹ quien ha destacado la relación con el episodio de la curación del paralítico en la piscina de Betesda: a) Ambos receptores del signo son enfermos de larga duración (5, 5. 7 y 9, 1), b) Jesús ve al hombre y toma la iniciativa para curarle (5, 6 y 9, 1. 6), c) se trata de trabajos encargados por el Padre (5, 17 y 9, 4), d) la curación se asocia a una piscina aunque el paralítico no llegue a entrar en ella (5, 2 y 9, 7), e) la enfermedad se relaciona con el pecado y, curiosamente, no lo está (5, 14 y 9, 2-3), f) el evangelista aporta el dato, más bien tarde, de que el día era un sábado, lo que motiva la intervención de los fariseos y de "los judíos" (5, 9-10 y 9, 14. 16. 18), y g) al preguntar por Jesús no sabe quién es (5, 12-13) o no sabe dónde está (9, 12).

De la comparación entre las historias de Nicodemo, del paralítico y del ciego podemos observar una continuidad y una diversidad. Mientras que Nicodemo es confrontado con la opción ante Jesús y se muestra indeciso, el paralítico muestra un cierto rechazo (5, 19) y el ciego acoge al Señor. A pesar de esto, es preciso afirmar una continuidad deliberada entre los tres relatos que estaría en función de la cuestión bautismal.

2.3. El protagonista

Lo primero que llama la atención de la lectura del relato son los diversos títulos con los que el ciego identifica a Jesús: "hombre" (9, 11), "profeta" (9, 17), "viene de Dios"=Enviado (9, 33), "Hijo del hombre" (9, 33) y "Señor" (9, 38). La genialidad de la cristología joánica es que realiza todo esto de una forma natural a través de la narración (cf.: 4, 9. 19. 29. 42).

⁹ CULPEPPER, R. A. – *Anatomy of the Fourth Gospel* – Fortress Press – Philadelphia 1983 – pp. 139-140.

Jesús no rechaza la conexión entre pecado y sufrimiento (5, 14; Lc 13, 2-5) sino que está en desacuerdo con la aplicación superficial y utilitarista que hacen las autoridades judías de su tiempo. La respuesta de Jesús a los discípulos (9, 3-5) quiere señalar que las categorías tradicionales son inadecuadas para comprender las obras de Dios y la ceguera debe ser comprendida como manifestación de la gloria y puerta para fe. Todo el relato que nos ocupa gira en torno a la identidad del gran ausente¹⁰. En realidad, todo el Cuarto Evangelio es una gran panorámica de respuesta a la pregunta ¿Quién es Él? En nuestro relato, Jesús es el personaje central porque es el que toma la iniciativa, realiza la puesta en escena y da la explicación del signo (9, 3-5). Pero también lo es porque es el gran defensor del excluido de la sinagoga por confesar su fe (cf.: 14, 16).

Jesús es presentado como un hombre que da testimonio de Dios y que realiza signos poderosos (Hch 2, 22; Jn 9, 11). Estos signos provocan una fe inadecuada si no va acompañada de continuidad y percepción de la verdadera naturaleza de Jesús. El cuarto evangelista es crítico con la fe basada sólo en los signos, que es presentada como incipiente, seguramente porque en sus controversias con la sinagoga así se demostró. La fe joánica debe ser valientemente confesada, confrontada con la excomunión y asociada a la comunidad. Estas condiciones se cumplen en el diálogo del ciego de nacimiento con los fariseos y por eso termina con la aceptación de Jesús como Hijo del hombre, juez escatológico (Dan 7, 13) que merece la adoración del ciego convertido en vidente (9, 38). El ejemplo de este hombre, sin duda, sirvió a muchos creyentes joánicos tímidos que temían confesar su fe dentro de la sinagoga, aceptar el riesgo de la exclusión y unirse a la comunidad joánica. El don de la vista es interpretado como el don de una luz que permite la percepción creciente del misterio de la persona de Jesús.

El Señor conoce su identidad pero, sin embargo, las autoridades con las que se encuentra a lo largo de los días de la fiesta de Sukkot se lo preguntan una y otra vez hasta llegar a la ceguera del que no quiere ver (9, 41). Por otra parte, igual que hizo con la samaritana (4, 26) no le importa revelar su propio ser a quien está dispuesto a atender a la novedad (9, 37)¹¹ y hacerlo de una forma que no deje lugar a dudas. El examen retrospectivo del signo apunta hacia el aspecto más divino de Jesús. La

¹⁰ Jesús no aparece en escena desde el v. 8 hasta el 34. Se trata de la mayor ausencia del protagonista en todo el Cuarto Evangelio: falta 27 de los 41 versículos del capítulo. Jesús no necesita estar físicamente presente para ser el catalizador de todo el proceso de conversión del ciego. Esto tiene una lectura contemporánea muy relevante puesto que para el lector, Jesús está físicamente ausente pero, a través de la Iglesia, su mensaje es ofrecido en las palabras del texto bíblico.

¹¹ La frase de este v. 37 está diseñada para establecer la identidad de Jesús como el Hijo de Dios sin ningún tipo de ambigüedades. Por otra parte, la utilización del tiempo perfecto en la primera parte, indica que el acto de percepción es completo y válido.

Escritura había dicho que Dios abrirá los ojos a los ciegos (Sal 146, 8; Is 35, 5) y les hace andar por caminos desconocidos y nuevos (Is 42, 16); esto le ocurre al personaje de nuestra historia y obliga a los lectores a salir del tradicional esquema de referencia judío: significativamente el reconocimiento de la divinidad de Jesús por parte del ciego de nacimiento ocurre fuera de la sinagoga.

El propio Jesús advierte a los discípulos y, en ellos, a los lectores, que la razón de que el ciego lo sea, es para provocar las obras de Dios (9, 3; cf.: 11, 15). Porque los signos son una oportunidad para comprender la verdadera identidad de Jesús, para experimentar su acción en nosotros y para comprender correctamente su misión¹². El juicio consiste en que Jesús divide a las personas en dos grupos: aquellos que prestan atención a la luz y los que la rechazan (3, 19; 9, 16). Pero no nos confundamos, el juicio no es el propósito, sino el efecto de su llegada al mundo (3, 17).

La fe joánica no es confianza intelectual sino encuentro personal con Jesús. El Padre busca a los creyentes verdaderos (4, 23) y Jesús a quien sea capaz de hacer la voluntad del Padre. El evangelista, siguiendo con su exposición cristológica, adecua el relato para que concluya con la adoración a Jesús, llevando al lector a la conclusión que pretende.

2.4. El personaje redondo

Llamamos así al ciego de nacimiento, personaje vivaracho y simpático, lleno de humor y ternura, agudo, ocurrente e incluso algo pícaro. Es un hombre que crece a lo largo de la historia, pasando de la luz natural a la sobrenatural, gracias a su encuentro con Jesús, pero también merced al conflicto con sus vecinos, con sus padres y con la comunidad religiosa a la que pertenece.

A diferencia de otras historias de curación, el ciego no expresa su necesidad de ver ni tiene motivación explícita hacia la fe. Jesús le regala con la vista, antes de que haya ningún tipo de respuesta de fe por su parte. La curación es obra de la misericordia de Dios expresada en el amor gratuito de Jesús. Pero el gesto de Jesús va más allá puesto que, al realizar el signo, está aportando a los otros personajes la posibilidad de aprender de la actitud acogedora del ciego curado.

En 9, 10 hay una expresión interesante en boca de los vecinos cuando reconocen al ciego: "abrir los ojos". Se trata de una expresión natural para la recepción de la

¹² KYSAR, R. – *Giovanni. Il Vangelo indomabile* – Claudiana Editrice – Torino 2000 – p. 132. También: PAINTER, J. – *The Quest for the Messiah. The History, Literature and Theology of the Johannine Community* – T & T Clark - Edinburgh 1991 – p. 276.

vista (II Re 6, 20; Is 35, 5; 42, 7; Mt 9, 30; 20, 33) pero también es aplicada a la vista espiritual (Gn 3, 5. 7; Nm 22, 31; II Re 6, 17; Sal 119, 18; Hch 26, 18; Ef 1, 18). La forma en que se desarrolla el milagro tiene similitudes con el que Eliseo hace a Naaman (II Re 5, 10). Hay que reconocer que el ciego padecía ceguera física y ceguera espiritual; sin embargo, a diferencia del paralítico, él se siente capaz de enfrentarse a la novedad y eso es lo que provoca el gran milagro: la curación de su ceguera espiritual mediante un proceso de discipulado que lleva a la confesión de la verdadera identidad de Jesús.

El ciego, al principio, se comporta como representante de toda la humanidad que camina en la oscuridad de su finitud pero, luego se comporta como un verdadero discípulo que, con sorprendente inteligencia, va pasando de una a otra etapa de la fe. Se trata del paradigma del discipulado creciente que se diferencia del hombre paralítico del capítulo 5 que no se convirtió en discípulo. El ciego ha tenido una experiencia pero no alcanza una interpretación adecuada para la misma (9, 25), sin embargo, es capaz de soportar la exclusión en nombre de Jesús (9, 34). Resulta ser más valiente que sus padres (9, 20-22) y se convierte en un ejemplo para la comunidad joánica (cf.: Hch 4, 20). Cuando Jesús dice al ciego "le has visto" (9, 37) se trata de una afirmación de ilimitadas implicaciones; no sólo se está hablando de la vista física sino que ahora puede ver de forma espiritual y teológica¹³, aunque le quede un último momento en su proceso.

Este progreso en la fe se hace muy evidente comparando 9, 12 y 9, 33: en un principio el ciego confiesa que no sabe donde está Jesús y luego sabe exactamente que viene de Dios; razona que no puede ser un pecador, aunque no respete el sábado. La lealtad hacia Jesús le coloca en el camino correcto pero todavía no puede considerarse como discípulo. Nicodemo reconoce a Jesús como maestro venido de parte de Dios (3, 2), pero es incapaz de confesarlo públicamente. Por otra parte, el ciego curado hace una confesión pública y cristológica de la identidad de Jesús (9, 35-39)¹⁴. El ciego de nacimiento es un ejemplo brillante de cómo se hace un discípulo verdadero y de cómo crece cuando se siente acosado. De esta forma su fe, como la de todo creyente, ha de pasar de depender de sus padres a una fase de fe madura que no tiene que estar a expensas del testimonio de otros sino que es fruto de la propia experiencia. La exclusión del ciego por parte de su comunidad religiosa no es la última etapa del proceso que termina con la adoración del Hijo del hombre, algo reservado

¹³ La experiencia del nuevo creyente, aquello que debe redefinir en su vida y cómo sabe lo que debe hacer, sólo puede ser clarificado con la ayuda de la gracia de Dios.

¹⁴ ALLEN, E. L. — *The Jewish Christian Church in the Fourth Gospel* — JBL 94 (1955) — p. 91.

en el Cuarto Evangelio a Dios (4, 20-24; 12, 20), sino que es precisa la entrada en la nueva comunidad (10, 1-21)¹⁵.

2.5. El personaje plano

Llamamos así a los oponentes a Jesús, personaje colectivo formalista, obstinado, arrogante y seguro, que se va “encegueciendo” progresivamente al negar primero el hecho de la curación, luego rehusar la autoridad de Jesús y, finalmente, al expulsar de la comunidad al ciego que reconocen que ve (9, 15-17. 18-23. 27. 29. 34. 39. 41). Su intención es oscurecer la luz de Jesús y por eso su pecado permanece (9, 41). En el relato que nos ocupa se habla de los fariseos pero también de “los judíos”, designación que en el Cuarto Evangelio se refiere a las autoridades judías hostiles a Jesús y que no tiene ningún tipo de connotaciones raciales¹⁶.

Los fariseos eran un grupo corporativo de los israelitas cuya preocupación principal era cumplir estrictamente los mandamientos de Dios expuestos en la *Torá* y lo dicho por la tradición de los escribas. Encerrados en su dogmatismo religioso invocan a Dios pero de hecho le vuelven la cara, parece que buscan la verdad pero la rehúsan, dicen que saben pero no quieren saber. Al principio, el ciego es el que no sabe (9, 12. 25) o sabe sólo lo que ve (9, 25); mientras que los fariseos son los que afirman que Dios no está con Jesús (9, 16) y son ellos los que saben (9, 24. 29). Los fariseos han decidido que Jesús tiene culpa y dudan sobre su origen (9, 29; cf.: 7, 28; 8, 14); ellos piensan que el origen de Jesús es una cuestión de geografía. Pero el Padre del que Jesús habla como su “Enviador” no es el mismo padre al que los fariseos quieren apelar. Aquí Juan articula sus enseñanzas con ironía, puesto que el lector sabe que los acusadores no son de Dios (3, 3) sino que son del diablo (8, 44) y están destinados a morir en pecado (8, 21). Un lector atento se dará cuenta de la falsedad de los fariseos cuando rechazan que Jesús venga de Dios (9, 33) y recordará que un maestro de Israel precisamente hace la misma afirmación un poco más arriba (3, 2).

La información que nos aporta el evangelista en 9, 14 (repetición de 5, 9-10. 16. 18) de que el signo fue realizado en sábado, es esencial para los fariseos. Juan no piensa que Jesús viole el sábado sino que utiliza esas controversias para articular su alta cristología¹⁷. Además, no todas las escuelas rabínicas de la época estaban de

¹⁵ MARCHADOUR, A. – *Les personnages dans l'évangile de Jean* – Les éditions du Cerf – Paris 2005 – p. 99.

¹⁶ Cf.: BIERINGER, R. – *Anti-judaism and the Fourth Gospel* – Westminster John Knox Press – Louisville 2001.

¹⁷ YEE, G. A. – *Jewish Feast and the Gospel of John* – Glazier Press – Wilmington 1989 – pp. 46-47.

acuerdo con una interpretación rigurosa del sábado y permitían orar por el enfermo durante el *Sabbath* (por ejemplo, la hillelita)¹⁸. Los fariseos utilizan el tema del sábado contra Jesús porque éste les había desafiado para que encontraran alguna trasgresión en su trayectoria (8, 46); ellos saben bien lo que van buscando y por eso guían las respuestas del ciego (9, 24. 28-29).

Las autoridades judías, que al principio buscaban desprestigiar el milagro en sí mismo, luego tratan de descalificar al propio Jesús. Tan nerviosos se ponen que pierden el decoro oficial y apelan a que son discípulos de Moisés (9, 28); con ello pretenden exponer la inferioridad del tipo de discipulado que está viviendo el ciego de nacimiento. Como no consiguen convencerlo, desesperados, sacan a relucir el Sal 51 y afirman que ha nacido en pecado; con ello, implícitamente reconocen que el milagro se ha producido (9, 34). La curación no puede ser comprendida dentro de su esquema de referencia.

Juan no está de acuerdo con que ser discípulo de Jesús y discípulo de Moisés sean dos formas incompatibles de ser judíos (5, 39-47) puesto que un verdadero discípulo de Moisés debe creer en Jesús ya que las Escrituras dan testimonio de él (5, 39; cf.: 1, 45). “Los judíos” se presentan como expertos en la interpretación de la Ley mosaica para distinguirse del resto del pueblo y retratan a ciertos judíos del contexto social e histórico en que Juan escribió. Nuestro evangelista se aplica en la ironía para describir cómo estos mismos “judíos” que apelan a Moisés, más tarde, con tal de condenar la fe joánica, son capaces de renunciar a sus más profundas raíces (cf.: 19, 15).

El juicio final de Jesús es duro. Su pecado permanecerá porque son incapaces de reconocer que necesitan una nueva luz; prefieren permanecer aislados que reconocer a Jesús como luz. Su pecado consiste en rechazar la gracia (cf.: 3, 16-21. 36). Ellos y no el ciego son los que pecan porque no están abiertos a la verdad y trabajan para impedir su presencia; están tan seguros de su saber que no quieren ser enseñados (9, 27. 34); están tan seguros de que sus categorías son las buenas que no pueden ver la obra de Dios que se manifiesta en la curación del ciego. Si no hubieran visto a Jesús y el testimonio de su signo, podrían alegar ignorancia no culpable, pero han preferido la comprensión humana a la revelación divina y eso sella su sentencia.

2.6. Los figurantes

Son aquellos personajes que colaboran en la elaboración interna de la historia que se quiere contar. La habilidad del evangelista hace que sean también ejemplos de colectivos que seguramente existieron en la comunidad joánica y a los que Juan que-

¹⁸ Cf.: SANDERS, E. P. – *La figura histórica de Jesús* – Ed. Verbo Divino – Estella 2000 – pp. 229-259.

ría dar una enseñanza particular. El lector de entonces los identificaría sin problemas de la misma forma que el lector contemporáneo puede ver en ellos formas de vivir el cristianismo actual. En nuestro relato encontramos tres: los discípulos, los vecinos y los padres.

2.6.1. Los discípulos

Representan a aquellas personas que aún no han aprendido a mirar a los hombres como lo hace Cristo. Son invitadas por Jesús a participar en su misión permanente que es hacer la obra del Padre (9, 4; cf.: 5, 20. 36; 10, 25. 32. 37; 14, 10-11; 15, 24) y animadas a desafiar la manera con que los fariseos y los maestros interpretan la Ley. Son como esos cristianos que agonizan por el significado de los misterios de la vida y no dan el paso hacia el Misterio; viven una fe en aprendizaje.

La pregunta de los discípulos a Jesús plantea uno de los problemas de fondo que el evangelista quiere hacer reflexionar al lector y también permite las frases cruciales de Jesús introductorias de la narración del signo (9, 3-5). Nuestro Señor les hace ver que operan con categorías equivocadas.

2.6.2. Los vecinos

Representan a las personas que ven el hecho milagroso pero, encerradas en su religiosidad, no ven más que con los ojos de los expertos; pueden ser aquellos que basan su fe en elementos físicos (reliquias, apariciones, milagros...), pero no comprenden la trascendencia de la novedad del mensaje de cambio de vida que trae Jesús¹⁹. Están con el orden natural y no con el sobrenatural. Son religiosos pero no creyentes.

El encuentro del ciego con Jesús hizo que pareciera otra persona (9, 9) porque en realidad lo era, aunque por dentro. Cuando él afirma su propia identidad, los vecinos lo llevan hasta los fariseos para que ellos decidan acerca de lo que ha ocurrido. Los vecinos, mientras, se mantienen en su círculo cerrado esperando el veredicto de los maestros. Pero captan la importancia de lo que está sucediendo y por eso las dos últimas preguntas que le hacen al ciego no son referidas al signo ni a su propia identidad sino sobre Jesús: ¿Quién es? ¿Dónde está?

¹⁹ Cf.: RENSBERGER, D. – *Johannine Faith and Liberating Community* – The Westminster Press – Philadelphia 1988 – p. 42 ss.

2.6.3. Los padres

Representan a las personas que conocen la verdad de Jesús, pero que no se comprometen para que no les segreguen de la comunidad; pueden ser aquellos bautizados que no se atreven a confesar su fe de una forma decidida por temor a la gente. Su presencia subraya que la fe en Jesús es una opción personal e intransferible. Este es el ideal de fe que Juan quiere para su comunidad: la que se alcanza a través de la unión mística con Dios y se desarrolla en el interior de la comunidad enfrentándose con valentía a las dificultades que generan el crecimiento de la fe inicial.

Jesús afirma que la ceguera del hijo no es consecuencia del pecado de los padres (9, 3) que quieren ignorar cómo ha sido curado. Sin embargo, la narración no alaba la fidelidad de los padres respecto al hijo (9, 21) ni respecto a Jesús (9, 22). Esta declaración de los padres sirve de preparación para que el lector vea más claramente la diferencia entre ellos y las respuestas valientes del ciego. Juan insinúa que el precio que han pagado es demasiado alto.

2.7. La voz narrativa

Es el evangelista que, con el relato, quiere plantear al lector una única pregunta: ¿Quién es Jesús? La respuesta, después de haber leído los capítulos 4 y 8, es: agua que ilumina a los hombres. Lo interesante es conocer cómo hace el autor para plasmarlo en el texto y si esto tiene alguna relación con el bautismo cristiano.

2.7.1. ¿Cómo interviene el narrador en el texto?

El narrador interactúa en el texto porque pretende que no sea algo anquilosado en el pasado sino que vaya más allá y llegue hasta el lector de todos los tiempos; que el evangelio-texto tenga el mismo valor intemporal que el Evangelio-mensaje. Esto lo hace con lo que J. L. Martyn llamó "fusión de horizontes"; es decir, el tiempo de Jesús se entrecruza con el tiempo que estaba viviendo la comunidad joánica cuando se escribió el texto.

En la época de Jesús, probablemente, ya existía una prohibición para asistir a los actos en la sinagoga, que se ejercía en grados diversos, y que tenía como función llevar al pecador hasta el arrepentimiento, pero nunca se llegó a la exclusión de la comunidad sinagoga. Esto ocurre más tarde, en la época de Gamaliel II, y se oficializó cuando se introdujo a los cristianos en las *Shemoneh Esreh* o Dieciocho Bendiciones al final del siglo I de nuestra era. Hemos de suponer que esta expulsión fue un proceso gradual, forjado por diversos acontecimientos de los que tenemos muestra en otros textos (cf.: Lc 6, 22; Hch 8, 1ss.; 9, 1 ss.). Con nuestro relato en la

mano observamos dos etapas: la primera, en la que algunos cristianos podían permanecer en el interior de la comunidad sinagoga pero de forma secreta (9, 13-39); la segunda, cuando la relación estaba totalmente rota (9, 40-41).

El evangelista tiene una gran habilidad narrativa y, tras los largos discursos de los capítulos 7 y 8, coloca un paréntesis agradable con el relato del ciego de nacimiento; unidad muy bien estructurada, donde el acontecimiento y su significado se combinan con destreza psicológica. Por otra parte, Juan entrelaza las metáforas para hacer que el lector aprenda a descifrar la simbólica joánica que está orientada hacia la identidad de Jesús; los signos han sido seleccionados en función de este objetivo.

Podemos decir que el evangelio tiene un efecto acumulativo para el lector atento (cf.: 3, 14; 5, 27; 6, 27; 8, 28). Se trata de un hecho deliberado, que podemos constatar si comparamos al paralítico con el ciego de nacimiento. Se trata de dos ejemplos prospectivos de discipulado, uno negativo y otro positivo ante los que Jesús se posiciona (cf.: 5, 14 y 9, 35)²⁰. Uno acude a los fariseos y otro permanece íntegro ante ellos y persevera en su discipulado; de esta forma el ciego de nacimiento que cae de rodillas ante el Hijo del hombre, continúa su camino y recibe la enseñanza del buen Pastor (10, 1-21).

El dualismo se manifiesta en este texto en el que luz y tinieblas se enfrentan en forma de visión del ciego y ceguera de los fariseos; el primero pasa de la vista física a la vista espiritual con el concurso de los oponentes, los segundos pasan de saberse conocedores de los secretos de Dios a estar progresivamente encerrados en su círculo religioso. Otro ejemplo es el empleo de "fariseos" para designar aquello que acontece en el tiempo de Jesús y de "los judíos" para dar relevancia a los acontecimientos que viven los destinatarios del evangelio. El pecado no está definido por la presencia de enfermedad (9, 2. 34) ni por la violación de la ley (9, 16. 24. 29), sino por la resistencia a la obra de Dios en el mundo.

El evangelista es un maestro de la ironía. Un ejemplo de ello lo tenemos en el trato que hace de las autoridades religiosas del tiempo de Jesús (y de su tiempo): los fariseos presentan a un Dios avasallador y rencoroso que castiga en los hijos el pecado de los padres (Ex 20, 5); la ironía se presenta cuando esta teoría se convierte en pecaminosa ya que Juan ve el pecado en la negativa de las autoridades a conmoverse por la realidad que está ante ellas (9, 41). Otro ejemplo lo tenemos en la expresión "da gloria a Dios" (v. 24), fórmula judía tradicional de juramento (Jos 7, 19; I Sam 6, 5; Jer 13, 26) para demandar a una persona que diga la verdad; "los judíos" reclaman la verdad del ciego, pero él ya está en la Verdad y, desde la perspectiva del cuarto evangelista, él está dando gloria a Dios con su testimonio. Los fariseos apelan al testi-

²⁰ Cf.: STALEY, J.L. – *Stumbling in the Dark, Reaching for the Light: Reading Character in John 5 and 9* – Semeia 53 (1991) – pp. 55-80.

monio de Moisés para hacer valer su verdad, sin embargo, Moisés demostró que venía de Dios a través de los signos que realizó y ellos no son capaces de ver aquellos que realiza Jesús; además, estos son más espectaculares que los de Moisés (9, 32).

El uso de los verbos es sumamente interesante en Juan. La utilización del verbo “ver” alude a la fe como experiencia personal. Acepta que la realidad de Dios puede aprehenderse mediante los sentidos (1, 14) pero sólo como una etapa inicial que debe concluir en una fe madura y plena. De alguna manera lo que nos quiere decir es que debajo de nuestra fragilidad descubriremos nuestro corazón.

2.7.2. ¿Se quiere plantear la cuestión bautismal?

Los símbolos del agua, de la luz y de la oscuridad, crean un universo de imágenes que nos recuerdan que Juan bautizó con agua pero que Dios desea un bautismo de Espíritu Santo (1, 24-25) y agua (2, 6). Jesús informó a Nicodemo que una persona tiene que nacer del agua y del Espíritu si quiere entrar en el Reino de Dios (3, 5) y los discípulos de Juan se enteraron de que Jesús bautizaba (3, 22). El Señor ofreció a la samaritana agua viva y dejó su jarra para traer a los ciudadanos de Samaria a encontrarse con él (4, 10-28). Con su palabra, Jesús envía al paralítico a las aguas agitadas de la piscina de Betesda (5, 7-8). En la fiesta de *Sukkot* invita a aquellos que tengan sed a ir a él y a beber (7, 37-39); y cura la vista a un ciego de nacimiento en la piscina de Siloé (9, 7). En vísperas de su muerte, vierte agua en una palangana y lava los pies a sus discípulos como si fuera un esclavo (13, 5). Una vez crucificado, cuando un soldado romano le clava el *pilum* en el costado, sale sangre y agua (19, 34).

El agua es uno de los elementos más comunes en la vida humana y está asociada con momentos diferentes y hasta contradictorios: el agua da la vida y puede provocar la muerte. Jesús no sólo es identificado con el agua viva, sino también con la luz del mundo y el pan de la vida. El significado de estas imágenes está correlacionado con aspectos diferentes de la única identidad de Jesús. La revelación que Jesús ofreció al mundo durante su ministerio tiene su continuación en la obra del Espíritu cuando el Señor vuelve al Padre.

En Jn 5 y 9 el agua tiene la función de curar. Es usada para contrastar con las limitaciones que el evangelista ve en el judaísmo²¹. El mismo nombre que pone a la piscina de Siloé (9, 7) hace que el agua tenga un profundo significado teológico que la Iglesia primitiva consideró como relacionado con el bautismo (el texto era utilizado en los escrutinios de preparación de los catecúmenos): el agua, la luz y la vida son motivos centrales en la iniciación cristiana. Por ello, podemos atrevernos a sugerir que

²¹ Cf.: WAI-YEE, Ng – *Water Symbolism in John. An Eschatological Interpretation* – SBL 15 (2001) – pp. 78-81.

el *Sitz im Leben* de este relato es la iniciación sacramental de los creyentes de la comunidad joánica²².

La pregunta de los discípulos a Jesús acerca del origen de la ceguera es muy interesante de cara a las conexiones del texto con el bautismo. Pablo nos habla de la necesidad universal de salvación en función del pecado original que vino por Adán (Rom 5, 12-21). Sin embargo el planteamiento del cuarto evangelista parece ser otro: el hombre no es pecador congénito sino ciego de nacimiento, incapaz de ver la Verdad. Nuestra situación de indefensión es el lugar donde Dios nos puede alcanzar, es la ocasión para la acción de Dios en nosotros. Sólo la fe en la luz del mundo y la inmersión en el agua que ilumina, son capaces de abrir nuestros ojos a las realidades de la fe. En la perspectiva joánica nos lavamos en el "Enviado".

Jesús cura al ciego de nacimiento y el hombre responde libre y responsablemente integrando su vista recién encontrada con su identidad espiritual. Para Juan, llegar a creer no es tanto la purificación del pecado como la identificación con el Señor²³. Pero el hombre que quiere llegar a ser discípulo debe hacer más honda su fe, con una compenetración progresiva en la identidad de su propia persona y de la persona de Jesús. El Jesús de Juan viene al mundo a crear en la vida de las personas una crisis, un momento de opción: el ciego hace su elección con coraje e integridad inquebrantable; los vecinos vacilan; los padres tratan de nadar entre dos aguas; "los judíos" escogen la ceguera y se pierden en el pecado y la oscuridad. La prueba de la comunidad joánica se vive en la persona del ciego y las promesas de Jesús serán experimentadas por todos los discípulos a lo largo de toda la historia (16, 1-4).

* * *

Juan 9 pone en tela de juicio nuestros conceptos terrenos y la aplicación de los juicios religiosos del pasado a situaciones nuevas. El intérprete del siglo XXI debe trabajar para concretar el texto bíblico a la situación contemporánea pero sin ignorar la realidad teológica de fondo que está en el corazón del Cuarto Evangelio. Este capítulo no es una presentación estática, sino un relato fortalecido en un sinfín de interrelaciones imbricadas que invitan al lector a entrar en la dinámica enriquecedora del texto.

En definitiva, nuestras categorías preconcebidas y nuestra religiosidad nos pueden aportar comodidad y seguridad, pero no nos conducirán al conocimiento y a la fe plena a menos que estemos dispuestos a dejar la debida libertad a la experiencia del encuentro con Jesús en el texto evangélico y así redefinir las categorías y etiquetas que, a veces, usamos.

²² Los neófitos son llamados "iluminados" (cf.: Hch 26, 16-18; I Tes 5, 5; Ef 5, 8-14; Heb 6, 4; I Pe 2, 9). Por otra parte, la Iglesia lee el texto en la liturgia catecumenal (miércoles de la 3ª semana de cuaresma) y en el cuarto domingo de cuaresma del año A. O. Cullmann o R. E. Brown están a favor de este planteamiento y en contra del "no-bautismal" al que apunta R. Schnackenburg. LÉON-DUFOUR, X. – *Lectura del evangelio de Juan* – Vol II – pp. 279-280.

²³ SCHNEIDERS, S. M. – *Written That You May Believe. Encountering Jesus in the Fourth Gospel* – Herder Book – New York 2003 – p. 164.

El agua en el cristianismo

Rev. Aragon. Teol. 26 (2007)

José Pedro Tosaus Abadía

1. Introducción

En un artículo anterior expongo mediante un esquema de ejes espaciales y simbólicos los múltiples significados y connotaciones que el agua tiene en la Biblia. Explico también la necesidad de dividir artificialmente la materia de los dos artículos: por un lado el Antiguo Testamento, por otro el Nuevo y el cristianismo posterior. En realidad, el cristianismo asume el Antiguo Testamento y crea el Nuevo. Éste es, a su vez, punto de llegada y punto de partida fundamental: punto de llegada porque en él cristalizan múltiples tradiciones cristianas que se transmitieron a lo largo de más o menos un siglo; punto de partida porque de él ha bebido y sigue bebiendo el cristianismo posterior.

El panorama que se nos presenta al abordar de este modo el tema del agua en el cristianismo es inmenso: no sólo por el arco temporal que abarca (casi dos mil años), sino también por la enorme riqueza de interpretaciones y de espiritualidades que se han desarrollado en el cristianismo en torno al agua en todo este tiempo.

2. El punto de partida (Jn 7,37-39)

Para nuestra exposición, partimos del siguiente texto tomado del evangelio de Juan (7,37-39):

"El último día de la fiesta, el más solemne, Jesús puesto en pie gritó:

'Si alguno tiene sed,
que venga a mí, y beberá
el que cree en mí,
como dice la Escritura:
De su seno correrán ríos de agua viva'.

Esto lo decía refiriéndose al Espíritu que iban a recibir los que creyeran en él. Porque aún no había Espíritu, pues todavía Jesús no había sido glorificado".

Contexto

El día en que se clausura la fiesta de las Tiendas, Jesús grita puesto en pie invitando a los sedientos a acudir a él para beber. Un capítulo antes ha proclamado que es el pan de vida: "El que venga a mí, no tendrá hambre, y el que crea en mí, no tendrá nunca sed" (6,35). Su actitud y sus palabras recuerdan las de la Sabiduría personificada del Antiguo Testamento, que grita (Pr 1,20-21; 8,1), de pie (Pr 8,2): "Quien sea inexperto, que venga aquí... Venid a compartir mi comida y a beber el vino que he mezclado..." (Pr 9,4-6).

El seno del que se habla es el de Jesús. Así lo indican tanto el contexto literario (los capítulos 7-8 de Juan contienen discusiones sobre la identidad y origen de Jesús) como el contexto litúrgico (el día más solemne). Así lo comprendió la tradición más antigua.

Sin embargo, otra tradición entiende la expresión "el que cree en mí" en relación con lo que sigue: el seno pasa a ser, entonces, el del creyente. En realidad, esta interpretación tiene su fundamento en Jn 4,14 más que en el presente texto. Pero ambas tradiciones ven aquí la misma realidad (el agua interior que sacia de manera definitiva la verdadera sed del ser humano) desde dos perspectivas diferentes: la del Dador por antonomasia del agua (Jesús) y la del necesariamente receptor (el creyente).

El agua era un elemento muy importante de la fiesta de las Tiendas: su liturgia contenía plegarias para pedir la lluvia (Zac 14,17), una conmemoración ritual del milagro del agua brotada de la roca, agua que simbolizaba el don de la Ley (Éx 17; cf. 1 Cor 10,4), y las lecturas de profecías que anunciaban la fuente que regeneraría a Sión (Is 12,3; Zac 14,9; Ez 47,1-2).

Palabras de Jesús, palabras del evangelista

Las palabras de Jesús se hacen eco de diversos pasajes del Antiguo Testamento. Uno de esos ecos es claro, casi literal (Is 55,1.3). Otro, difuso, formado más bien por un conjunto de asociaciones ("De su seno correrán ríos de agua viva" no aparece así en ningún texto concreto: "de su seno correrán ríos", cf. Éx 17,6; Sal 78,16.20 y los targumes correspondientes; "de agua viva", cf. Zac 14,8: "aquel día manarán de Jerusalén aguas vivas").

El evangelista, por su parte, aclara que Jesús se refería al Espíritu, "porque aún no había Espíritu". De este modo hace explícita una conexión entre el agua y el Espíritu que está presente en su evangelio desde el principio: primero como contraste (bautismo con agua frente a bautismo con Espíritu Santo [1,26.31.33], agua de purificación frente al vino mejor [en Caná: 2,1-12]), luego como identificación implícita (3,5: hay que nacer del agua y del Espíritu; 4,14; 6,35). El tema se sigue desarrollando en el evangelio hasta culminar en 19,34: el agua que sale del costado de Cristo junto con la sangre simboliza el Espíritu, que por fin se da en virtud del sacrificio consumado de Jesús.

La experiencia

Las palabras de Jesús y las del evangelista son todas, sin distinción, palabras del evangelio de Juan. Por medio de ellas, el autor crea una tensión narrativa y simbólica que le permite tender puentes hacia atrás, hacia el pasado, y hacia delante, hacia el futuro. En realidad, el autor y sus contemporáneos cristianos están viviendo ya la experiencia que en este texto aparece como futura: ellos han recibido ya el agua/Espíritu Santo. Lo que hace el evangelista a lo largo de su obra es explicar en qué consiste esa experiencia: es tener y sentir dentro la presencia de una fuente inagotable de agua que sacia la sed más profunda del ser humano. El agua de esa fuente, dice, es el Espíritu Santo, don que Cristo hace en la cruz, después de haberlo prometido antes en sus invitaciones a comer y beber de él. Ese don (o bautismo) del Espíritu Santo contrasta con el agua del bautismo de Juan y el agua de las tinajas de Caná destinada a la purificación ritual. Es algo novedoso, pero no radicalmente distinto: entre el agua de Juan el Bautista y de Caná y el agua del Espíritu Santo hay cierta continuidad, la misma que existe entre el cartel de carretera y la ciudad que éste anuncia...

Los cristianos contemporáneos del evangelista vivían ya el misterio del agua interior que transforma totalmente el panorama espiritual del ser humano al saciar su sed fundamental. Pero Juan, lo mismo que otros autores del Nuevo Testamento, era consciente de que, para entender los múltiples aspectos y virtualidades de dicha agua, era preciso ampliar el horizonte de observación. Había que realizar un doble movimiento: en primer lugar, ir "hacia atrás", hacia los primeros años del cristianismo con sus múltiples tradiciones, llegar hasta el ministerio de Jesús, y luego seguir aún más atrás recorriendo el Antiguo Testamento y, simultáneamente, las perspectivas cosmológicas del mundo bíblico; en segundo lugar, había que ir "hacia delante", prolongando la presente experiencia espiritual hasta sus últimas consecuencias individuales, colectivas e incluso cósmicas, en un futuro más o menos lejano y definitivo.

3. "Hacia atrás"

El agua y el bautismo cristiano

El bautismo cristiano forma parte de la misión encomendada por Jesús a sus discípulos (Mt 28,19). Se realiza con agua, pero se considera unido indisolublemente al don del Espíritu Santo (Hch 10,47: no se puede negar el agua del bautismo a los que han recibido el Espíritu Santo; cf. 11,16). Por medio de él se accede a la comunidad de los creyentes en Jesús (Hch 8,36-39: el eunuco etíope; 16,15: Lidia y su casa; 16,33: el carcelero y su casa; 18,8: Crispo, su casa y muchos corintios; 22,16: Pablo). Esa comunidad vive una vida nueva "en el Espíritu Santo" (Hch 2,42-47; 4,32-35; 5,12-16).

La raíz profunda de ese cambio estriba en la fe que abre las puertas a Jesús. El bautismo sepulta al ser humano con Jesús en el agua de la muerte y lo saca resucitado con él a una vida nueva (Rm 6,1.4; Col 2,12). El creyente ha resucitado con Cristo (Rm 8,11), es ya una criatura nueva (2 Co 5,17), un ser humano nuevo (Ef 2,15). Y su modo nuevo de vivir según el Espíritu es la prueba de ello (Rm 6,8-11.13; 8,2-3; Gál 5,16-24).

El Nuevo Testamento presenta esta experiencia también bajo otras formas: como un baño que purifica (Ef 5,26; Hb 10,22; cf. 1 Co 6,11; Tt 3,5), como un nuevo nacimiento (Jn 3,5; Tt 3,5; cf. 1 P 1,3; 2,2) y como una iluminación (Hb 6,4; 10,32; cf. Ef 5,14).

El bautismo de Jesús

Dice Pedro en Hch 11,16: "Me acordé entonces de aquellas palabras que dijo el Señor: 'Juan bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo'" (cf. Hch 1,5). La figura de Juan el Bautista sirvió desde el principio como contrapunto de la novedad cristiana. Su bautismo aparece en todas las tradiciones evangélicas en contraste con el bautismo cristiano (p.ej. Mt 3,7.11; Mc 1,8; Lc 3,16; Jn 1,26.31.33; Hch 1,22; 10,37).

La escenificación por excelencia de ese contraste es el episodio del bautismo de Jesús en el Jordán (Mt 3; Mc 1; Lc 3; Jn 1). El bautismo con agua de Juan se queda en mero signo del bautismo con Espíritu Santo (y fuego, en Mt y Lc) que Jesús va a administrar.

Los creyentes, en su intento de comprender mejor la experiencia del agua interior, la ven prefigurada en dicho episodio, especialmente en la escena en que

el Espíritu Santo desciende en forma de paloma sobre Jesús, que acaba de ser bautizado.

Jesús como señor del agua

Hay en los evangelios varios hechos portentosos de Jesús que guardan relación directa con el agua. Dos de ellos son el episodio de la tempestad calmada (Mt 8; Mc 4; Lc 8) y aquel en el cual Jesús y Pedro caminan sobre el mar (Mt 14,25-29). Ambos muestran el dominio (divino) de Jesús sobre una parte de la creación que se asocia con la parte inferior del eje espacial vertical y con el lado izquierdo del horizontal: el mar es símbolo del caos, del mal (no es casualidad que la pira de cerdos, los animales impuros por antonomasia, fuera espoleada por los demonios a tirarse al mar, cf. Mt 8,32; Mc 5,13).

La experiencia cristiana, iluminada desde el Antiguo Testamento

Una escena del Antiguo Testamento que ayuda al autor de la primera carta de Pedro a explicar la experiencia que los cristianos están viviendo es la del diluvio: el arca con aquellas ocho personas a bordo, que fueron salvadas a través del agua, es símbolo del bautismo (1 P 3,20-21).

El éxodo, por su parte, se menciona con frecuencia para mostrar la continuidad entre el pasado y el presente del designio salvador de Dios. Se habla de los prodigios realizados por Yahvé en el mar Rojo (Hch 7,36), de la fe por la que los israelitas atravesaron dicho mar como tierra seca (Hb 11,20). Se reflexiona sobre el "bautismo" de los israelitas por la nube y el mar (1 Co 10,1-2). Se utilizan tradiciones sacadas de los targumes (paráfrasis arameas de los textos bíblicos hebreos destinadas al culto de la sinagoga) para identificar a Cristo con la roca que "seguía" a los israelitas por el desierto dando a los caminantes una bebida espiritual (1 Co 10,4), agua identificada en la tradición judía (p.ej. en la liturgia de la fiesta de las Tiendas, como hemos visto) con el don de la Ley.

También las aguas amargas de Mará (Éx 15,22-27) reaparecen en la reflexión neotestamentaria sobre la experiencia cristiana presente (Ap 8,10-11: al sonar la tercera trompeta, la estrella [Ajenjo] que cae sobre ríos y manantiales de agua convierte un tercio de ellos en aguas amargas, una inversión del prodigio obrado por Moisés en Mará).

Entre los muchos textos proféticos utilizados en el Nuevo Testamento, destacamos por su conexión con el agua interior el ya mencionado de Is 55,1-3: "¡Oh, todos los sedientos, id por agua, / y los que no tenéis plata, venid, / comprad y

comed, sin plata, / y sin pagar, vino y leche! / ¿Por qué gastar plata en lo que no es pan, / y vuestro jornal en lo que no sacia? / Hacedme caso y comed cosa buena, / y disfrutaréis con algo sustancioso. / Aplicad el oído y acudid a mí, / oíd y vivirá vuestra alma. / Pues voy a firmar con vosotros una alianza eterna:/ las amorosas y fieles promesas hechas a David". La sintonía con el evangelio de Juan resulta muy clara a la luz de lo ya expuesto. De ahí que este texto sea utilizado en Jn 7,37-39; Ap 21,6; 22,17.

4. "Hacia delante"

Los autores del Nuevo Testamento reflexionaron también sobre el futuro de la experiencia que estaban viviendo. Algunos textos (como Ef 2,6) presentan la resurrección y el triunfo celestial de los cristianos como una realidad ya alcanzada; pero otros presentan ambas cosas como pertenecientes al futuro (Rm 6,3-11; 8,11.17-18). En concreto, en 1 Co 15,12-13 se afirma que la resurrección del cristiano en el bautismo no será total y definitiva más que al fin de los tiempos. La tensión entre el presente y el futuro es característica de todo el Nuevo Testamento, y de toda la vida cristiana.

El libro del Nuevo Testamento donde más se utiliza el Antiguo para iluminar el presente y el futuro de los cristianos es el Apocalipsis. No sólo utiliza la misma cosmología de manera general (14,7), sino también de forma particular: p.ej. el Dragón que vomita un río de agua contra la Mujer, agua que se tragó la tierra (12,15); la Bestia que surge del mar (13,1); el cielo como morada de Dios y los suyos; el Abismo como lugar de muerte y destrucción.

Se habla, sin embargo, de una nueva creación en la que el mar no existe ya (21,1), y de una Jerusalén celestial que es una versión renovada (y urbana) del paraíso de Gn 2, con su río y su árbol de vida (Ap 21-22,5): "Luego me mostró el río de agua de vida, brillante como el cristal, que brotaba del trono de Dios y del Cordero. En medio de la plaza, a una y otra margen del río, hay un árbol de vida, que da fruto doce veces, una vez cada mes; y sus hojas sirven de medicina para los gentiles. Y no habrá ya maldición alguna; el trono de Dios y del Cordero estará en la ciudad, y los siervos de Dios le darán culto. Verán su rostro y llevarán su nombre en la frente. Noche ya no habrá; no tienen necesidad de luz de lámpara ni de luz del sol, porque el Señor Dios los alumbrará y reinarán por los siglos de los siglos".

Conviene recordar en este contexto que el "movimiento narrativo" del Apocalipsis va desde la ciudad terrena hasta la ciudad celestial. Dicho movimiento es paralelo (en un plano superior, porque va de lo terreno a lo celestial) al para-

digma del éxodo (Éx, Is 40-55): "Pueblo mío, sal de ella" (Ap 18,4). Dicho paradigma se articula del siguiente modo: a) Dios vence todos los obstáculos para llevar a cabo su designio de salvación (desde la creación, que ya es un éxodo, hasta la consumación final). b) Lo humano, especialmente en su dimensión social (la ciudad) opone una seria resistencia al designio de Dios cuando se hace centro de sí mismo y de todo lo demás (Babel, Sodoma, ciudades imperiales como Babilonia o Roma, Jerusalén perversa...). c) Pero, al mismo tiempo, lo que se pretende salvar es lo humano, especialmente en su dimensión social: se salva a un pueblo, no a individuos aislados.

Al adoptar el paradigma del éxodo, dándole una dimensión nueva (no "tierra-tierra", sino "tierra-cielo"), el Apocalipsis ilumina la dimensión futura de la experiencia creyente recurriendo al pasado bíblico. Invita a los cristianos a adoptar la actitud básica de los israelitas que salen de Egipto y peregrinan por el desierto o que salen de la Babilonia del exilio y vuelven por el desierto a Jerusalén: son peregrinos de camino hacia la ciudad celestial y definitiva, que es una vuelta al origen, a la relación única entre Dios y la primera sociedad humana (Adán-Eva) en el paraíso, donde Dios pasea por en medio del jardín buscando la compañía del ser humano (Gn 3,8-9). No la encontró entonces, por culpa del pecado. Toda la historia de la salvación es un camino de aprendizaje: el ser humano debe descubrir dónde está respecto a Dios y constatar su impotencia para llegar hasta él. Será Dios quien haga descender del cielo, como un don, esa relación nueva, paradisíaca, entre los seres humanos y de éstos con Dios. Allí, el río de agua de vida y el árbol de la vida estarán siempre a disposición de los habitantes de la ciudad-paraíso, porque "no habrá ya maldición alguna".

5. La prolongación de la reflexión cristiana sobre el agua-Espíritu Santo/Trinidad

Principios hermenéuticos

El uso que los autores del Nuevo Testamento hacen del Antiguo da a entender muchas cosas acerca de sus criterios de interpretación de la palabra escrita de Dios. Utilizaban los principios y tradiciones habituales entre los judíos, que entendían dicha palabra como una realidad viva y dinámica que se actualizaba continuamente. Está claro que, además del sentido literal de la Escritura, los autores del Nuevo Testamento veían en ella un sentido figurado o "espiritual", que aplicaban en relación con los hechos y dichos de Cristo, con su misterio pascual y con la nueva vida que había dado a quienes creían en él.

Los cristianos posteriores siguieron estudiando la Escritura con la convicción de que lo antiguo tenía que ver con lo nuevo, lo prefiguraba y anunciaba; y de que lo nuevo daba cumplimiento a lo antiguo. Las diferentes técnicas y principios hermenéuticos se desarrollaron en dos escuelas principales, la de Antioquía (más "literal") y la de Alejandría (más "alegórica").

El agua en la antigüedad cristiana

El agua se utilizó desde los inicios del cristianismo como una realidad material transmisora de una realidad espiritual. Su significado básico viene dado por la experiencia del agua interior recibida con el agua del bautismo. En conexión con esta realidad "sacramental", que une lo visible y lo invisible, se encuentran otros usos del agua: el agua lustral bendecida en la vigilia pascual (y utilizada luego para bautizar, como agua bendita, para aspersiones), el agua añadida al vino de la eucaristía, el agua de abluciones y lavatorios... De todos estos usos han hablado múltiples autores cristianos de todos los tiempos, empezando por Tertuliano, s. Basilio y s. Ambrosio. En esa misma línea se sitúa la antigua costumbre de construir las iglesias cerca de fuentes o manantiales, costumbre en la que posiblemente se mezclaban tradiciones bíblicas y no bíblicas (en el mundo grecolatino, p.ej., existían fuentes sagradas, habitadas por presencias numinosas; una de ellas, la fuente de Castalia, manaba "agua parlante" que inspiraba sus oráculos a la Pitia o Pitonisa de Delfos).

Desde una perspectiva general, la reflexión cristiana, sobre todo la antigua y medieval, ha seguido el "movimiento" del agua en la Biblia como figura del designio salvador de Dios: del agua del caos, presente al principio, y luego en el diluvio, al agua de la nueva creación de la que hablan el evangelio de Juan y el Apocalipsis. El agua del caos se asocia en la tradición cristiana (p.ej. en la iconografía) con las aguas que rodean el arca de Noé, con el abismo acuático en el que se ve sumergido Jonás en el vientre del monstruo marino, con el dragón del Apocalipsis que vomita agua (materializado en las gárgolas), con la noche y con la oscuridad. A veces se conecta también con seres mitológicos como las sirenas. Ese caos está aún parcialmente presente en la creación actual bajo el signo de la noche que precede al día y que se alterna sucesiva e indefinidamente con él. La creación definitiva, se subraya, no tendrá ya noche, el caos quedará totalmente eliminado.

Todos los autores cristianos, sin embargo, piensan en la experiencia presente que viven, y en su proyección futura, cuando vuelven los ojos a los textos bíblicos y a los episodios que cuentan. El Pastor de Hermas indica, p.ej., que la inmersión en las aguas supuso la regeneración (la salvación) en el caso del diluvio y de Noé. Ricardo de S. Víctor identifica las aguas amargas con la amargura del

corazón, y afirma que quien llega a tomar conciencia de esa amargura alcanza la alegría. El agua es entonces símbolo de la muerte vencida por el poder de Dios, como indican claramente los episodios de Noé y Jonás que encontramos en tumbas paleocristianas.

Calixto dice en su Filocalia: "Esta agua viva y burbujeante brota del alma como una fuente perpetua. Es ella la que frecuentaba el alma de Ignacio el Teóforo y le hacía decir: 'Lo que tengo en mí no es el fuego ávido de materia, es el agua que opera y que habla'". Esa fuente perpetua de agua viva es, como hemos visto, símbolo de la vida plena recibida continuamente, que sacia la sed fundamental del ser humano. Esa sed que s. Agustín expresaba diciendo: "Nos hiciste, Señor, para ti, e inquieto está nuestro corazón hasta que descanse en ti". Una sed que él identificaba con el deseo, deseo radical de Dios que nos arrastra hasta él y que nos libera de todo otro deseo. S. Bernardo expresaba la misma realidad y experiencia cuando decía que hemos de beber el agua de nuestro propio pozo, el agua interior.

Dicha agua interior se presenta en los Padres y en la Edad Media como la Sabiduría, don del Espíritu Santo. Hugo de San Víctor, p.ej., dice que la Sabiduría posee sus aguas, aguas que lavan y purifican el alma.

El agua simboliza para s. Atanasio la presencia viva de Dios en el cristiano: la Trinidad habita de ese modo dentro de él. Es, como dice s. Gregorio de Nisa, el agua viva.

El agua en la espiritualidad cristiana posterior

El agua siguió siendo una realidad simbólica esencial para el cristianismo moderno, y también lo es para el contemporáneo, pues está inserto de manera indeleble en la Biblia y en nuestros moldes culturales, marcados indudablemente por la mentalidad bíblica.

Es imposible hablar aquí de todos los autores cristianos que han profundizado en la interpretación de la experiencia cristiana valiéndose del agua como símbolo. Vamos a presentar sucintamente tres ejemplos. Dos de ellos no necesitan presentación: san Juan de la Cruz y santa Teresa de Jesús. Del tercero desconozco su nombre, pero no la profundidad de su pensamiento.

S. Juan de la Cruz escribió en 1578 este poema espléndido que resume prácticamente todo cuanto llevamos dicho hasta el momento:

"¡Qué bien sé yo la fonte que mana y corre,
aunque es de noche!
Aquella eterna fonte está escondida,

¡qué bien sé yo dó tiene su manida,
aunque es de noche!
Su origen no lo sé, pues no le tiene,
mas sé que todo origen de ella viene,
aunque es de noche.
Sé que no puede ser cosa tan bella,
y que cielos y tierra beben de ella,
aunque es de noche.
Bien sé que suelo en ella no se halla,
y que ninguno puede vadealla,
aunque es de noche.
Su claridad nunca es oscurecida
y sé que toda luz de ella es venida,
aunque es de noche.
Sé ser tan caudalosas sus corrientes,
que infiernos, cielos riegan, y las gentes,
aunque es de noche.
El corriente que nace de esta fuente
bien sé que es tan capaz y omnipotente,
aunque es de noche.
El corriente que de estas dos procede
sé que ninguna de ellas le precede,
aunque es de noche.
Aquesta eterna fonte está escondida
en este vivo pan por darnos vida,
aunque es de noche.
Aquí se está llamando a las criaturas,
y de esta agua se hartan, aunque a oscuras,
porque es de noche.
Aquesta viva fuente que deseo,
en este pan de vida yo la veo,
aunque de noche."

A la luz de lo que ya hemos dicho en los dos artículos, podemos apreciar en este poema la inmensa riqueza del simbolismo bíblico y el vigor de su pensamiento

teológico, que sabe expresar breve y poéticamente la experiencia fundamental del cristiano: la presencia del Dios uno y trino dentro del creyente, presencia en este caso centrada en el pan de vida, la eucaristía.

Santa Teresa de Jesús dice al comienzo de las "Moradas del castillo interior": "Estando hoy suplicando a nuestro Señor hablase por mí –porque yo no atinaba a cosa que decir ni cómo comenzar a cumplir esta obediencia– se me ofreció lo que ahora diré para comenzar con algún fundamento, que es considerar nuestra alma como un castillo todo de un diamante u muy claro cristal, adonde hay muchos aposentos, así como en el cielo hay muchas moradas (Jn 14,2). Que si bien lo consideramos, hermanas, no es otra cosa el alma del justo sino un paraíso adonde dice El tiene sus deleites (Pr 8,31)". Santa Teresa equipara la imagen del castillo interior (que va a ser el hilo conductor de su obra) con la del paraíso (donde, como recordamos, había árboles y agua y Dios se encontraba con Adán y Eva). Debemos entender, pues, que todo cuanto dice sobre el castillo se puede "traducir" a imágenes paradisíacas...

El tercer ejemplo es de autor desconocido (para mí), y ya no existe. Me refiero a la entrada que se montó para la exposición de "Las edades del hombre" cuando se celebró en Valladolid. La vía de acceso pasaba necesariamente por un cuadrado grande de piedras sueltas en cuyo centro había una fuente. De ella salían cuatro canales de agua que formaban una cruz. Pocas veces he visto tanta densidad simbólica en una exposición. El mensaje era heredero de la larga reflexión cristiana sobre la experiencia del agua interior. Utilizaba como elementos el manantial de Gn 2, la fuente del paraíso, repartida en cuatro brazos en forma de cruz, y la tierra sin vegetación que lo rodeaba; pero también el desierto y el mar del éxodo. Este símbolo indicaba que, para entrar en el misterio del ser humano, de uno mismo (recordemos que la exposición era de "Las edades del hombre"), es preciso beber de la fuente de la cruz, que es el verdadero paraíso, atravesar el desierto y el mar para llegar a la libertad de la alianza con Dios y el descanso en la Tierra prometida.

6. Reflexiones finales

Por desgracia, toda esta enorme riqueza de simbolismo y espiritualidad que la tradición cristiana ha ido acumulando en torno al agua a lo largo de los siglos se ha quedado muchas veces encerrada bajo llave en los sótanos y desvanes de la Iglesia.

Las razones son muchas. Una de ellas, la preponderancia en estos últimos siglos de la exégesis crítica, y el consiguiente abandono de la exégesis espiritual. Klaus Berger, catedrático de Nuevo Testamento y especialista en espiritualidad

bíblica, habla de la necesidad de recuperar en la espiritualidad cristiana la exégesis alegórica. La tarea no ha hecho más que empezar. Yo mismo acabo de hacer una modesta aportación a ella con la publicación de una novela de espiritualidad donde los símbolos bíblicos en general, y el agua en particular, tienen un protagonismo fundamental. Pero queda mucho por hacer para que la experiencia cristiana se pueda comunicar libremente en moldes simbólicos y narrativos que respondan mejor a la cultura de hoy y que faciliten a todo ser humano el acceso al agua de su fuente interior, a la presencia del Dios que quiso poner su morada entre nosotros y dentro de nosotros.

Bibliografía

- Cualquier diccionario bíblico o vocabulario de teología bíblica (p.ej. X. Léon-Dufour, *Diccionario del Nuevo Testamento*, Cristiandad, Madrid 1977; L. Coenen - E. Beyreuther - H. Bietenhard, *Diccionario teológico del Nuevo Testamento. Vol. 1*, Sígueme, Salamanca 1985; H. Obermayer, *Diccionario bíblico manual*, Claret, Barcelona 1994; E. Martín Nieto, *Diccionario bíblico de urgencia*, Monte Carmelo, Burgos 2003).
- J. P. Tosaus Abadía, *Memorias del Paraíso*, Verbo Divino, Estella 2007 (novela, síntesis de la espiritualidad bíblica, con importante presencia del agua).
-

El agua como metáfora de la existencia humana

Rev. Aragon. Teol. 26 (2007)

Tomás Ortiz Arrese

Presentación

Seguimos con el proceso de reflexión de un tema muy actual pero dadas las circunstancias de nuestra vida donde reina la agitación, la prisa, el desasosiego, la dispersión y la automatización, difícil resulta acceder a otro nivel de conciencia que es de lo que se trata cuando hablamos de este tema, del AGUA.

Al comienzo del ciclo nos proponíamos desarrollar y reflexionar sobre el agua en distintas direcciones o significados. Porque partimos de la imperiosa necesidad que tiene el hombre en responder a las necesidades que tiene tanto en su aspecto material como espiritual. Y el agua es una de esas necesidades. De ella se ha servido en muchas direcciones como hemos visto y veremos.

Tenemos que saber cómo ha sido históricamente nuestra relación con el agua y averiguar qué sentidos prácticos le han dado y también que simbologías se han construido y qué metáforas se han desarrollado para explicar este entramado que tiene tanta relación con la existencia humana.

Todas las civilizaciones acampaban cerca de las fuentes de agua fresca y de los grandes ríos. Los ríos siempre atrajeron a las comunidades humanas y lo hacían por la seguridad que ofrecían en el continuo suministro del agua y también por la riqueza agrícola del suelo además del comercio, de la industria y del intercambio cultural.

Por lo tanto es en el agua donde se ha dado el primer sentido y este ha sido el de la civilización. Desde la antigua Mesopotamia, asentada entre los ríos Eúfrates y Tigris y no olvidemos el Nilo en Egipto. El gran historiador Wittfogel habla de estas como "civilizaciones hidráulicas".

No solamente la utilizaron sino que ya en el siglo VIII a. d. C. fueron contruídos y diseñados en Turquía canales artificiales. También sabemos que los romanos fueron los primeros en plantearse el suministro de agua sana y de calidad con una buena red.

También les servía para moler trigo y otros cereales .Otro historiador como Pierre Grimal ha llamado a la ciudad de Roma como "la ciudad del agua. Y llegaron hasta utilizarla para los juegos náuticos, circos específicos en el agua como las Naumaquias donde se simulaban grandes batallas.

Los árabes y los persas no sólo tuvieron el agua como elemento de consumo sino de deleite y ocio: Las termas, fuentes... lugares de paz y sosiego.

Pero en las antiguas civilizaciones el agua es un elemento simbólico para interpretar grandes cuestiones de la existencia humana como la narración que encontramos en el poema de Gilgamés donde se trata del problema del hombre ante la muerte y la búsqueda de la inmortalidad y las distintas actitudes de los hombres frente a la muerte. La influencia que tendría en nuestros existencialistas sería considerable.

No olvidemos los distintos mitos del agua con las distintas significaciones: Poseidón ,Afrodita. Las Náyades, la Nereidas etc etc. Y los mismos mitos de la creación.

La filosofía pone el origen del mundo en el agua como primer elemento físico y de la realidad... Las religiones con su forma de aprender el arte de la navegación de los taoístas y en el bautismo el agua como forma de nacer y renacer...

En consecuencia los sentidos del agua que se manifiestan en las distintas civilizaciones son muchos. Tantos como que el agua es fundamento del mundo tanto externo como interno, esencia de la vegetación y fertilidad y como elixir de la inmortalidad. Es principio de curación y fundamento de toda manifestación cósmica. Sustancia primordial. Es también esperma, concepción y generación de la fecundidad. Es sentido del reposo y del caos. De lo erótico. Es símbolo de la sabiduría, de la purificación y del castigo.

Quizás sea en el poema de Rig Veda donde se exprese poéticamente el verdadero sentido del agua que en definitiva es VIDA, FUERZA Y PUREZA tanto en el plano espiritual como en el corporal:

Vosotras las aguas que reconfortáis
¡Traednos la fuerza
la grandeza, la alegría ,la visión!
...soberanas de las maravillas,
regentes de los pueblos, ¡las aguas!
Yo les pido remedio
¡Vosotras las aguas ,dad plenitud al remedio,

y que sea como la coraza para mi cuerpo
y que así vea yo por mucho tiempo al Sol!
Vosotras las aguas, ¡ llevaos esto!
Ese pecado cualquiera que sea por mi cometido,
Ese entuerto que perpetré contra quien fuere
Ese juramento falaz por mi prestado.

De la misma forma se puede interpretar otra plegaria védica a las aguas, cargada de formas simbólicas y que concierne a todos los niveles de existencia física y mental que se manifiestan en el agua:

Oh ricas aguas
Ya que reináis sobre la opulencia
Y que conservais el propio querer y la inmortalidad
Y que sois las soberanas de las riquezas
Que sea acompañada de una buena posteridad
Dígnate Saravasti de este joven vigor
Al que canta.

Así es el agua: METÁFORA Y SÍMBOLO.

El agua como metáfora de la existencia humana

Y será quizás porque nos remite a un variado conjunto de imágenes que remueven tanto el mundo consciente como el inconsciente. Y es que el agua es la sustancia radicalmente ligada y unificada y ni una sola de las olas del océano pueden separarse del conjunto del océano. Es una sustancia dulce que podemos almacenar, Aparenta ser algo dócil y débil. Una sustancia de bienestar indispensable para cualquier forma de vida necesaria para nuestro cuerpo e incluso en una proporción considerable para la constitución de nuestra vida. Es además una sustancia receptiva que acoge otros elementos, otros líquidos y sólidos a través de toda suerte de mestizajes (pensamos en la contaminación del agua) y que es capaz de desviarse ante todo tipo de obstáculos y que puede evaporarse para volver a caer en otra región. También se trata de una sustancia poco dócil que a veces reacciona de forma salvaje ante los intentos humanos por canalizarla y controlarla (pensemos maremotos y en los diluvios de todas clases pero también pensemos en manantiales de agua fresca tan finos como un laser y que pueden atravesar un bloque de hormigón).

No es de extrañar que el agua sea metáfora y que se use en los textos de las más serias religiones y que ayuden a interpretar las inquietudes del ser humano y todo lo que a su existencia se refiere. Se cuenta que Confucio cuando vio que una persona mayor se decidió a atravesar un río, desapareció, y explica que se salvó porque había seguido la corriente sumergiéndose con los remolinos y resurgiendo con la pendiente natural del río. ¿Quién no entiende el significado de todo esto?

Es que el agua es paradigma subyacente para toda la existencia humana. Es capilaridad y esto implica una visión constituida por redes interactivas en las cuales cada uno de los elementos solo puede ser comprendido mediante la inserción en una totalidad dinámica, un campo de relaciones y una toma de conciencia diferente de la "conciencia de...".

Esta visión del mundo ha sido desarrollada desde millares de años por los pueblos de oriente, por los pueblos de África, por los Amerindos a través de innumerables mitos y símbolos que animan las múltiples dimensiones de la vida cotidiana.

De esta manera se entiende que haya un convencimiento general que para explicar y acceder a los grandes referentes de la vida del hombre (amor, libertad, felicidad...) hay que acudir a una lengua no nocional, a una lengua simbólica. Por eso dicen tanto los símbolos, los mitos, los cuentos y las metáforas. Necesitamos saber entender y entendernos y no sirve la palabra normal. Tenemos que ir más allá de la palabra normal. Tenemos que ir más allá de la palabra. Eso es lo que se ha hecho con la palabra AGUA.

Esto no quiere decir que nos tengamos que salir de la razón sino que hay que ver en la raíz de lo racional, lo simbólico. Esto se ve claro en el lenguaje y en el arte.

El símbolo y el agua

El símbolo produce un sentido indirecto y está sometido a un mundo de referencias e incluso da un sentido ambiguo que remite a un significado de una gran desproporción entre el símbolo y lo simbolizado. Por esta razón se ve en el símbolo el ámbito del pensamiento indirecto, el medio de representación de lo no sensible en todas sus formas: Del inconsciente, del mundo metafísico, sobrenatural y también del mundo onírico, mítico y religioso. Lo importante es su capacidad evocadora.

Así dice un poema de León Felipe:

Todos andan buscando
Una paloma por el mundo,
Y nadie la encuentra.

Pero, ¿qué paloma es la que buscan?
Es una paloma blanca que lleva en el pico
El último rayo amoroso de luz
Que queda sobre la tierra.
La paloma que andan buscando
Es aquella que una vez se le posó en la cabeza
A un pobre Nazareno en el Jordán.

Aquello si que fue un buen juego de prestidigitación:
Un hombre sencillo entra a bañarse en el Jordán,
Se le posa una paloma blanca sobre la cabeza,
Y sale de las aguas...
Convertido en el Hijo de la Luz...
En el Hijo de Dios...
En el Hijo de Hombre.
Y aquel juego se hizo sin trucos y sin trampas...

Por eso fue un milagro:
¡¡El gran Milagro del Mundo!!!
Desde entonces el hombre vale más.
Y desde entonces, todos andan buscando esa paloma,
Para que se haga otra vez el Milagro:
¡Y el hombre valga más!

Aquí y ahora poco se puede decir de esta poema. Es entendible e interpretable por todos los que leen. Se entiende. Todos tenemos una historia, una experiencia y una cultura.:

"En aquel tiempo, el pueblo estaba en expectación y todos se preguntaban si no sería Juan, el Mesías.

Él tomó la palabra y dijo a todos:

-Yo os bautizo con AGUA, pero viene el que puede más que yo, y no merezco desatarle la correa de sus sandalias. El os bautizará con Espíritu Santo y fuego.

En un bautismo general, Jesús también se bautizó.

Y, mientras oraba, se abrió el cielo, bajó el Espíritu Santo sobre él en forma de paloma, y vino una voz del cielo:

-Tu eres mi Hijo, el amado, el predilecto. (Lucas, 3 15-16.21-22)

Ahora lo entendemos y lo interpretamos y nos sirve porque nos ilumina y todo es porque hemos puesto en relación "algo" y es que el símbolo une, articula lo que está separado. Lo vemos al leer o escuchar "paloma" o "Agua". Es la mejor representación posible de algo relativamente desconocido y es difícil hacerlo de otra manera.

El agua ha sido símbolo y por eso posibilita la aparición de lo que no es. De esos movimientos que todos tenemos, de esas vivencias. Por eso se dice que es metáfora de la existencia humana. Ella saca e ilumina muchos espacios.

Pero el símbolo, cualquier símbolo como el agua encierra una cierta nebulosidad en el proceso y contenido de lo simbólico y serán muchas las circunstancias o contextos en los que los significados se manifestarán de distintas maneras.

El símbolo "AGUA" acude a un significado no terminado y mantiene una tensión que nunca llega a alcanzar su objetivo. Tiene una estructura de sentido que a través de "paloma" "agua", nos traen sentidos muy directos y nos llevan a otros indirectos. Pero no se trata de un concepto ni de un signo más. Es una estructura de sentido, una imagen que hace saltar a otra cosa más plena de sí. Una imagen que da que pensar, sentir, suscitando y animando el pensamiento hacia la plenitud del sentido.

Es lo que hemos hecho mientras leíamos el poema.

Nos hemos dado cuenta que el símbolo tiene un excedente de sentido. El símbolo es plenitud. Por esta razón algunos se atreven a decir que el símbolo pertenece a la lógica del pensamiento salvaje. Y por eso sirve tanto a la existencia humana y por eso cuestiona y es muy fácil de aceptar ya que el proceso es muy simple: Existe una realidad natural sensible (Agua). Este sustrato ha sido expuesto y organizado en este mundo de muchas maneras.

Pensemos en el agua...tan esencial, primordial...

Este mundo es escenario de encuentro entre una cierta presencia (sagrada) que sabe de la ocultación y a su vez de cierto testigo y finalmente, en este proceso simbólico, existe un encuentro o relación personal que puede realizarse o consumarse de manera manifiesta a través de la comunicación psicológica.

Por eso se dice que el acontecimiento simbólico constituye siempre un encuentro o una relación entre cierta presencia que sabe de la ocultación y cierto testigo que la reconoce. De allí la fuerza de lo religioso. Y de su irradiación luminosa que desprende. No olvidemos que lo religioso tiene una calidad especial simbólica pues el símbolo es la forma de expresar ese plus de sentido, esa experiencia hacia lo trascendente, hacia el misterio y hacia Dios. Lo religioso tiene que navegar necesariamente por el mar de lo metafísico, simbólico e interpretativo aunque esto no quiere

decir que desconozca el campo de la crítica .Pero esto transita por todos los rincones de la vida y aparece donde menos se espera.

Y también es importante para lo humano esencial: Sexualidad , placer, plenitud...Recordemos el poema de García Lorca " La casada infiel"

Así es el agua para todos los aspectos de la vida.

Pero fundamentalmente es metáfora de la existencia humana.

Metáfora y agua

A la metáfora se le identifica con un recurso literario que a veces es difícil de explicar. Pero es algo tan sencillo como el esfuerzo que el hombre hace con el lenguaje para darse consistencia, para que podamos mirar, ver, tocar, morder... con la palabra. Como un delicioso fruto.

La metáfora es un camaleón del texto y viaja al mundo del lenguaje, da lustre a las palabras desgatadas por el uso, arroja sus redes de asociaciones y une lo semejante y lo diverso.

En la metáfora hay un relámpago de intuiciones y porta la llave que abrirá nuestro espíritu a la contemplación de la verdad y la belleza que habitan en cada uno de los rincones de lo aparente y lo oculto. Cuando la palabra da en el blanco a través de la metáfora los objetos más comunes se muestran en toda su complejidad. De allí que no sea un adorno del lenguaje solamente sino hueso, nervio y alma de la expresión.

Y el agua ha sido metáfora tantas veces...

Mito y agua

Pero también se ha tomado como mito. Y han sido muchos los mitos o narraciones que se han basado en el agua y han tenido resonancias en todas las direcciones de la existencia humana.

Los mitos afectan a leyendas claramente imposibles pero con una gran pretensión de veracidad. Todos pretenden ser ciertos en su totalidad y todos han sido narrados por muchas personas. Y estos mitos han sido los instrumentos que han intentado o intentar explicar las fuerzas o fenómenos de la naturaleza o realidades malas del hombre individual o social. Recordemos a Poseidón y Afrodita. Explican hechos trivia-

les de la vida corriente y se desfiguran. Es una dramaturgia de la vida interior. Pero también vida pasada de los pueblos y vida social.

Para los filósofos los mitos son símbolos muy antiguos que envuelven dogmas filosóficos o ideas morales cuyo sentido se había perdido y por eso ayudan a percibir una dimensión de la realidad humana y muestran en la obra la función simbólica de la imaginación.

Y no pretenden ofrecer sino expresar la verdad de ciertas percepciones.

Y han sido muchos los mitos acuáticos que están en el AGUA o que se han servido del agua para expresar lo que diremos al final como formas primeras narrativas humanas y literarias para ayudar a interpretar estos sentidos y estas funciones.

G, Dumezil decía: "El país que no tenga leyendas está condenado a morir de frío como decía el poeta. Pero el pueblo que no tenga mitos está ya muerto. "Y aquí es donde cumplen la auténtica función que es expresar dramáticamente la ideología que vive la sociedad manteniendo ante su conciencia no solamente los valores que reconoce y los ideales que persigue de generación en generación sino ante todo su ser y la estructura y las tensiones que la constituyen. Son elementos aglutinadores dotando de unidad a un pueblo, homogeneizando rituales, conductas y actitudes".

En definitiva son la base que dota de identidad a una comunidad de personas.

Para resumir se puede decir que los mitos otorgaron y otorgan tres favores al ser humano: a.- Explicación o justificación del mundo. B-La figura divina surge en la mente humana para explicar lo racionalmente inexplicable. C -La necesidad de entender o al menos justificar los fenómenos que rodean al hombre e incluso la presencia y la existencia misma de esta. Aquí podemos recordar los mitos: Poseidón, Afrodita, Romulo, Rea, Silva, Jano... y tantos y tantos.

Para entender todo esto les animo a leer el mito de Glaucos y a continuación "El ahogado más hermoso del mundo" de García Márquez. Aquí vemos la validez y la funcionalidad de los mitos y su transmisión. Y si algunos poemas de García Lorca resultan difíciles de entender estos conceptos nos ayudarán. Estas lecturas de estos poemas nos darán alguna pista. "la casada infiel" y "Del herido por el agua".

Cuentos

Existen también los cuentos. Estas formas literarias tan primitivas y actuales cumplen en la existencia humana unas cuantas funciones como son: La de ayudar a la socialización de las personas especialmente de los niños y como ayuda a solucio-

nar las conflictos internos. Recordemos “Caperucita roja” en las interpretaciones que queramos y “el ahogado más Hermoso del mundo.

En consecuencia se puede decir que el cuento, el mito, el símbolo y la metáfora son formas o vehículos que el hombre ha utilizado especialmente para encontrar sentido o sentidos a las cosas y a la existencia humana y especialmente a él mismo. Estos ayudan a que emanen aquellas ondulaciones íntimas y recoletas que difícilmente podríamos descubrir con otras formas de conocimiento.

Será quizás porque unen la conciencia y el inconsciente. Y tienen validez porque si antes cumplían el paso del inconsciente a la conciencia hoy recorren el camino inverso y van de la conciencia al inconsciente.

Freud se preguntaba la razón por la que las personas consideraban sagrado al mar y por qué los griegos lo consideraban una divinidad, hermana del mismo Júpiter. Todo esto tiene su significado. Y aún más profundo debe ser el sentido de la historia de Narciso que como no podía asir la tierna y atormentada imagen que veía en la fuente, se sumergió en ella ahogándose. Pero es esta imagen la que seguimos viendo en las fuentes, ríos y océanos..en el AGUA. Es la imagen del inaprensible fantasma de la vida.

Realmente el AGUA es LA METÁFORA DE LA EXISTENCIA HUMANA.

Porque es o se trata del agua de la vida para vivir ,crecer, sentir, gozar, pensar y reflexionar.

El AGUA es símbolo cosmológico porque es receptáculo de todos los gérmenes y lo mismo se convierte en sustancia mágica como en medicinal. Ella cura y rejuvenece y da la vida eterna. “esto es vida” decimos después de una fatigosa caminata.

El gran prototipo de agua es el de “agua viva” y que con la especulación teórica ulterior se ha localizado en las regiones celestes. Es la lluvia, la esperada lluvia, tan beneficiosa y tan terrible a veces como en el Diluvio. Es la lluvia de la espera. La espera de la vida. La existencia humana como espera. Así esperamos los humanos.

Agua viva que revive en las fuentes que dan juventud y que nos dará también fórmulas míticas que nos llevarán a la realidad metafísica y religiosa. Allí reside todo: La vida, el vigor y la eternidad.

Pero a veces esta agua no es accesible a todo el mundo ni de cualquier manera. Los clásicos decían que está custodiada por monstruos y se encuentra en lugares de difícil acceso en poder de demonios o de divinidades.

Como la vida misma. Como la existencia del hombre.

El camino hasta la fuente de donde mana y conseguir el “agua viva”, la buena, implica grandes empeños, pruebas y consagraciones.

En la Biblia Ezequiel 47 dice: “me enseñó después el río y el agua de la vida limpia como el cristal que emana del trono de Dios...”

El agua viva de la juventud y de la vida eterna. Toda agua por su proceso de participación y degradación que irá apareciendo con más claridad: Como el hombre en su existencia, como en el amor..o el desamor. Pero al final el agua será siempre fecunda y medicinal.

También existe el agua de la fuentes que ejercen influencia beneficiosa sobre el amor. Y junto al agua cuántos “rumores” y cuántas emociones y cuánto penar y gozar..Cuánto pensar...

“el agua ensimismada
¿piensa o sueña?”

María Zambrano nos refiere su vocación filosófica a partir de las aguas oscuras y misteriosas del pozo profundo del patio de su casa al que se asomaba de niña y le hacía soñar el misterio y deseaba penetrar en lo profundo de la realidad.

Cualquier acercamiento al agua como tema nos envolverá en distintos niveles que han sido sentidos por poetas y filósofos porque el agua es la señora del lenguaje fluido, del lenguaje sin choques, del lenguaje continuado, del lenguaje que aligera el ritmo, que da una materia uniforme, como dice Gaston de Bachelllard.

Y así Juan Ramon Jiménez escribirá:
“Pájaro del agua ¿ Qué cantas, que encantas?
A la tarde nueva das una nostalgia
“De eternidad fresca, de gloria mojada”.

O Jorge Guillén que queda obnubilado por el AGUA en “vaso de agua”:

“No es mi sed, no son mis labios
Quienes se placen en esa
Frescura, ni con resabios
De museo se embelesa
Líquido volumen como
Cristal que fuese aún más terso.
Vista y fe son a la vez
Quienes te ven sencillez
Última del universo”

Ali está resumido casi todo. Está allí la metáfora...en definitiva el Misterio.

El "agua sin usar" como forma de reproducir la creación "ab origine" porque el agua absorbe el mal, gracias a su poder de asimilación y desintegración de todas las formas. Y porque anula la historia. (Recordemos el Diluvio) y purifica el crimen (Abluciones) y hasta la presencia nefasta de los muertos.

No puede dejar de ser símbolo de la existencia humana.

El agua del bautismo lo simboliza de una forma radical. Se nace a una nueva existencia humana. La acción sobre el mundo ya es distinta.

Pero hasta se explica por el mismo conjunto que valida su función cosmogónica y terapéutica. Las aguas colman "la sed del muerto", lo disuelven, lo vinculan a las semillas y por lo tanto al renacimiento. En las distintas concepciones de la muerte el difunto no muere definitivamente pero queda reducido a un mundo elemental de existencia. Es una regresión y no una extinción final. Recordemos la despedida final a nuestro muertos. Y mientras espera la vuelta al cielo cósmico (transmigración), su liberación definitiva, el alma del muerto sufre y ese sufrimiento se expresa comúnmente por la sed.

El agua sigue hablando de lo humano y lo divino...

La existencia es agua.

En la Biblia, donde según Humberto Eco está todo, en Lucas 16 el rico desde las llamas del infierno suplica a Abrahán: "ten piedad de mi y envía a Lázaro que moje la yema del dedo en el agua y me refresque la lengua porque me está torturando esta llama".

En algunas culturas como "la tableta orfica" Eleuterma aparece diciendo "ardo y me consume la sed" y allí mismo se dice que a los muertos se les echa agua por las grietas funerarias. La sed o la falta de agua representan como el frío, expresan el sufrimiento, el drama y la agitación.

El agua es vida, alegría, vegetación, riqueza, sosiego, pensamiento y reflexión, belleza, perennidad e inmortalidad.

Por eso el culto al agua se ha manifestado en muchas divinidades y en muchos ayudantes de esas divinidades (Ninfas). Por eso junto al agua se celebran fiestas y junto al agua se han dado y se dan los grandes lamentos y la más alta comunicación entre el hombre y la mujer. "Me la llevé al río..."

Y allí mismo el culto a los ríos, fuentes...con sus sacrificios y sus leyendas, Recordemos la de San Virila, monje del Monasterio de Leyre.

Y desde al agua saldrá algún salvador que unas veces estára muy personalizado como Moisés o Glaucos o el “Esteban” en el ahogado más hermoso del mundo” que para las mujeres no solo era el más alto, el mas fuerte, el más viril y el mejor armado que había visto jamás sino que todavía cuando lo estaban viendo no les cabía de imaginación... y lo compararon con sus maridos... La frustración. La existencia humana como frustración, como aspiración de algo que nunca llega. Salió del agua, del mar.

Pero en el agua, en el mar también existen dragones, serpientes, delfines. Son emblemas del agua.

Ahora se entiende porqué el agua sea metáfora de la existencia humana y que esté llena y rodeada de valencias tanto metafísicas como religiosas y que lleguen y ayuden tanto a explicar el enigma de la existencia humana.

Como profesor de literatura diré finalmente que la poesía que es el lenguaje esencial tendrá la posibilidad de decirnos todos estos matices y más porque el agua es símbolo y metáfora y este es para interpretarlo desde nuestra situación. Y no olvidemos que la poesía es para quien la necesita.

En ella se podrá indagar en todas las variedades imaginables como símbolo, vivencia....Verso a verso cada uno de los escritores buceará desde sus propios anhelos, intereses, afanes y exigencias y nos darán esa dualidad que nos ofrece el agua del bien que nutre y vivifica o como fuerza que anega y destruye.

Pero también se instalarán otras dimensiones significantes y significativas igualmente intensas y productivas. Descubriremos el agua que acompaña o evoca que crea espacios de intercambio incluso como puente de unión a través del viaje...

Lluvia o agua que cala o penetra el espíritu y gotas que estallan contra los cristales y convocan fantasmas. Espacios marinos donde suena incesante el silencio de los seres acuáticos y nos refuerzan en forma de emociones o pensamientos.

Y nos abrirá a espacios imaginarios donde hombre azules hablan de sirenas (y no están locos) que esperan en los puertos. Y mujeres de sal que se aposentan despacio para esperar el barco que nunca llega... O llega un ahogado que es el más hermoso del mundo.

O la contemplación de las aguas del pozo de María Zambrano que sería punto de partida de pensamiento, de su Filosofía..

El agua...

“como la noria vuelves a beber
el agua inagotable de las lágrimas
Toda el agua que llega no sabe
De donde
Convocaba a esta fiesta de inútil
Sufrimiento...” (Ada Salas)

En el atardecer, después de la lluvia
El sol acariciaba las piedras de la antigua ciudad
De una manera especial

Con un profundo y limpio y natural amor. (Eloy Sánchez)
¡No te detengas
flor de agua
germinación de lo indecible! (J. M Bermejo)

eres tu quien habla cuando fuente brota
en caricias de fe de la pureza
madre creadora casta que conforta
si la vida se deshace en hambre y sed. (A P Almart)

Ni la gota del río volverá
Agua arriba,
Al manantial
Ni tu volverás
Al besar aquella primera vez . (Jaime Alejandro)

El río Guadalquivir
Va entre naranjos y olivos.
Los dos ríos de Granada
Bajan de la nieve al trigo.
¡Ay amor
que se fue y no vino! (García Lorca)

Y para terminar este poema como resumen:

Susurraba,
Yo escuchaba
Cantos y melodías,
Me embriagaba.
Me acariciaba los pies
Yo disfrutaba
.Cambiaba de colores,
Yo la contemplaba.
Blanca, verde ,azul
La adoraba.
Calor tenía, sed,
Ella me la saciaba.
Me calmaba.
Cuando ardía
En ella me metía.
Refrescante ,me acogía
Me estrechaba y recogía.
Transparente clara y sincera.
No me dejes, amor
Razón de mi ser
De mi existencia y placer...

Y para terminar decir que el AGUA es la GRAN METÁFORA.

No solo personal sino también política. Ella sola se relaciona con todos los objetivos del desarrollo en el milenio.

1.- Porque es un instrumento para erradicar la pobreza extrema y el hambre. Es el agua para la alimentación.

2.- El agua potable es recurso necesario para tener un acceso a la educación primaria fundamentalmente.

3.- La igualdad ente los géneros y la autonomía de la mujer necesitará de la participación y decisiones del agua.

4.- Con el agua potable y un saneamiento adecuado se reducirá la gran mortalidad infantil.

5.- El agua limpia para el aseo y después del parto mejorará la salud materna.

6.- El mejor abastecimiento de agua ayudará a combatir el SIDA, paludismo y otras enfermedades.

7.- Con el AGUA se garantizará la sostenibilidad del medio ambiente teniendo unos ecosistemas salubres y no olvidemos que dependemos de ellos.

8.- Se fomentará la necesidad de la asociación mundial para el desarrollo. El agua tiene una serie de valores que deben ser reconocidos para seleccionar las estrategias de gobernabilidad.

Y como tal metáfora exige unos usos simbólicos que tienen fundamentalmente relación con la ÉTICA. El agua es una metáfora de la existencia humana en el sentido más amplio y profundo. Es una pregunta que exige una respuesta, UNA ÉTICA.

Hoy se habla de la ética del cuidado.

El cuidado pertenece a la esencia del ser humano. Es su modo de ser concreto en el mundo con los otros. Se dice que es anterior a la actividad de la razón y de la libertad.

Es una relación de enternecimiento y de preocupación que descubre el mundo como valor. No es objeto de posesión ni es escenario de intereses utilitaristas. Y tiene un valor intrínseco y una autonomía relativa porque posee una subjetividad en la medida en que es sujeto de derechos y merece ser respetada y se configura como parte de un todo.

El cuidado expresa la importancia de la razón cordial que respeta y venera el misterio que se vela y desvela en cada ser del universo y de la tierra y del AGUA... por eso la vida y el juego de las relaciones solo sobreviven cuando están rodeadas de cuidado, de desvelos y de atenciones.

La persona se siente envuelta afectivamente y vinculada estrechamente al destino del otro y todo lo que es objeto del otro como puede ser el AGUA. Lo hemos visto..

Por eso el cuidado causa preocupación y hace que surja el sentimiento de responsabilidad. Ya lo decía Horacio: "El cuidado es el compañero permanente del ser humano". En el amor a las cosas y a las personas y en la responsabilidad y el compromiso con ellas. Con el AGUA.

Sin cuidado triunfa la entropía, el desgaste de todas las cosas bajo la avaricia irrefrenable del tiempo; Con el cuidado crece la sintropía, el complot favorable de todos los factores que mantienen lo más posible la existencia.

Es por eso que el cuidado funda la primer ética fundamental, capaz de salvar la tierra como un sistema vivo y complejo, de proteger la vida, de garantizar los derechos de los seres humanos y de todas las criaturas y la convivencia en solidaridad, comprensión, compasión y amor.

Esta ética es la que recorre el texto de la tierra.

El agua como parte tan importante de la existencia humana y su cuidado hará asimismo cuidar de nuestro planeta, de este nido ecológico, de la sociedad sostenible, del cuidado del "otro", de los pobres y de los excluidos, de nuestro propio cuerpo. Será también el cuidado de nuestro espíritu y de los sueños y cuidado ante la travesía de la muerte... Se puede aplicar esta ética hoy. Y también al agua.

Porque algo tiene el AGUA cuando se la bendice.

Jerusalén de agua

Rev. Aragon. Teol. 26 (2007)

Pedro Ignacio Fraile Yécora

Es frecuente escuchar un estribillo que dice «*Yerushalaim shel zahav*» (*Jerusalén de oro*), cuando se quiere traer a la memoria la ciudad bíblica por excelencia. Con las licencias que concede la literatura, me he atrevido a cambiarla por «*Yerushalaim shel mayim*» (*Jerusalén de agua*), porque de ambas quiero escribir.

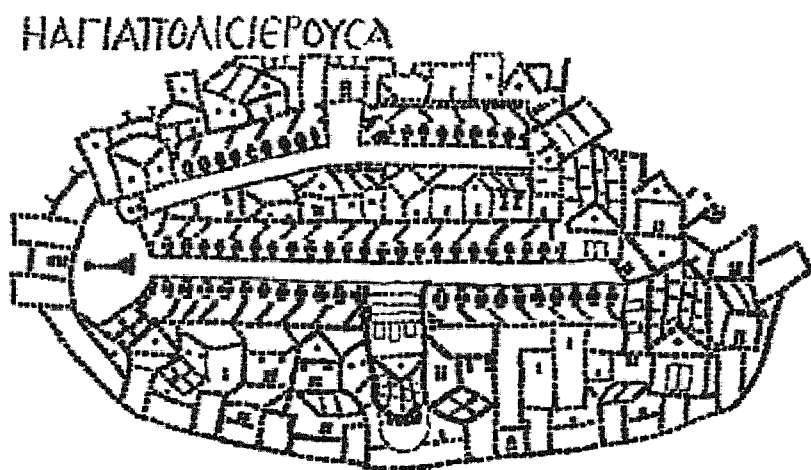
La pretensión es ambiciosa: pasar y repasar, como si en un viaje se tratara, todos los lugares donde el agua se deja ver hoy o se ha dejado ver en la historia de la ciudad. Ante el riesgo de hacer un artículo denso de citas, donde el lector tuviera que imaginar una geografía que quizás desconoce, he optado por el relato breve, que sin ceder ni un ápice al rigor, da mucha más libertad para poner por escrito el objetivo de esta colaboración.

El personaje que narra es ficticio, y atraviesa el tiempo, los siglos, como un observador neutral que da cuenta de lo que ve. La ciudad es real; los nombres de sus ríos, de sus fuentes, de sus pozos, de sus albercas, de sus barrancos, cisternas y aljibes son ciertos. Las referencias bíblicas son todas contrastables, sin dejar nada a la propia imaginación. ¿El resultado? el lector juzgará. Si consigo un viaje en el tiempo, en la geografía y en los acontecimientos que la narración bíblica refiere en torno al agua en la ciudad de Jerusalén, sin tergiversar lo que sabemos por la arqueología y la historia; si, además, consigo que el lector llegue hasta el final de la narración, me daré por satisfecho.

Sin duda que muchos lectores echarán en falta textos que hacen referencia al agua: los torrentes del Negev, los oasis del desierto, el río Jordán, el mar de Galilea (que también es agua dulce), el relato de la Samaritana. En este artículo me limitaré conscientemente a Jerusalén. Ella es «ciudad de oro» y también «ciudad del agua».

Entre montañas y wadis¹

Mi nombre es *Hasid ben Jebús*. Dicen que mi ciudad es tres veces santa; al menos, así la conocen en el siglo XXI. Para los hijos de Israel, era 'Sión', lugar de la Morada de Dios. Para los cristianos, el lugar donde murió y resucitó Jesús de Nazaret; por eso en la época cristiana de la ciudad, bajo el dominio de Bizancio, comenzó a llamarse 'Agia Polis' (Ciudad Santa)².



Más tarde, cuando los musulmanes se apoderan de ella, y hasta el día de hoy, mantendrán este mismo nombre: 'Al Quds' (La Santa). Hoy los judíos la llaman *Yerusalaim*; los cristianos *Jerusalén*; los palestinos *Al Quds*. Para el que os habla es, sencillamente, mi ciudad.

No quiero hablar hoy de su santidad, sino de sus fuentes, de sus aljibes, canales y piscinas, de sus *wadis* que marcan, como si de hondas cicatrices se tratara, los límites de su territorio. En las crónicas de los peregrinos que han acudido allí a lo largo de los siglos no faltan las referencias a sus torrentes: «Después de lo dicho ya descendimos para el Valle de Josaphat hasta el lugar torrente Cedrón, el qual en tiempo

¹ La palabra *wadī* significa valle. En realidad se trata de torrentes o barrancos que la mayor parte del año están secos, pero que en la época de lluvias o a causa de las repentinas tormentas, conducen el agua pudiendo arrastrar todo a su paso.

² En las excavaciones de la Iglesia de san Jorge de la ciudad jordana de Madaba, se encontró un mosaico del siglo VI. Su importancia radica en que se trata de un plano de la Tierra Santa cristiana (época bizantina). La inscripción que acompaña al plano de Jerusalén dice 'Agia Polis Ierousa [Lem]' (Ciudad Santa de Jerusalén).

d'el estío seco mengua de aguas, empero antes, en la primavera, hay abundancia de ellas muy grande, y por especial en la quaresma»³.

Jerusalén ha vivido siempre pendiente del agua. Ya el rey David se sirvió de un túnel que comunicaba Jebús con el manantial del Guijón para conquistarla. Su hijo Salomón se hizo ungir en la misma fuente. El profeta Isaías salió al encuentro del rey Ajaz en el canal de la «Alberca del Batanero» y el rey Ezequías mandó cercenar la roca para que el agua del Guijón llegase a Siloé - maravilla que sigue admirando a los ingenieros actuales-. El escriba Esdras, ya en época persa, hizo la primera lectura pública de la Ley de Moisés en la «Puerta del Agua». También aparecen sus albercas en los textos cristianos: dos escenas evangélicas localizan la actuación de Jesús en ellas: primero curando al paralítico de la piscina probática; luego enviando al ciego a que se lave los ojos en la de Siloé.

Quizá he dicho muchas cosas en poco tiempo, por eso prefiero ir despacio. Como os he dicho, mi nombre es Hasid ¿cómo no ser «piadoso» en la ciudad tres veces santa? Nací aquí, en Jebús; soy hijo de ella, y si me permitís, os iré llevando de la mano⁴.

Mucho antes de que David, el vecino betlemita, se pusiera al frente de un puñado de hombres para dotar al nuevo reino de una capital, una pequeña ciudad cananea se había hecho fuerte entre dos valles. Jebús se alzaba orgullosa en la alta montaña del sur de Canaán, sólo superada por la altura de la ciudad de Hebrón. Jebús era una colina, con forma de lengua, entre dos barrancos. Al oeste, mirando al Mar Muerto, el profundo torrente Cedrón le hacía de frontera natural con un altivo monte, que posteriormente pasará a la historia como Monte de los Olivos. Al este de la colina de Jebús, otro barranco, este más estrecho, pero profundo y cortante: el Tiropeón. Los dos wadis delimitaban la colina hasta encontrarse en Siloé, cerrando en una pinza la lengua de tierra.

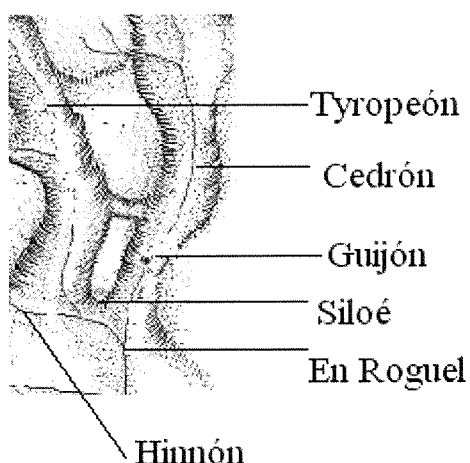
Úrusalim, al pie del Guijón

Los orígenes de la ciudad se pierden en el tiempo; sólo basta con citar los textos antiguos donde aparece por primera vez su nombre. Sabemos que una aldea nació en las cercanías del torrente Guijón y que muy pronto tuvo que dotarse de altas

³ Cf. B. de Breidenbach, *Viaje de la Tierra Santa* (Zaragoza 2003) p. 202. Se trata de la edición a cargo de Pedro Tena, publicada por la Institución Fernando el Católico. Su interés para nosotros reside, además del texto mismo y de los grabados, en que Paulus Hurus, figura de la imprenta incunable hispana, publica en 1498 en Zaragoza la traducción española de la obra original alemana.

⁴ Jebús es el nombre cananeo de la ciudad antes de ser conquistada por David.

murallas para defenderse. Los antiguos moradores de estos valles y montañas se las tuvieron con los faraones egipcios, cuando atravesaban el país en busca de nuevas conquistas. Antiguos textos egipcios inscritos en trozos de arcilla nos hablan de *Rushalimum* y de *Siquem*, ciudades ambas en la montaña. Más tarde, en otros textos también egipcios hallados en la ciudad de Tell-Amarna, aparece de nuevo el nombre de mi ciudad, que ahora llaman *Urusalim*. Es más, nos dice el nombre de uno de sus reyes, *Abdi-Heba*, que se queja al faraón del ataque de los *hapiu*, hombres muy combativos que continuamente provocan problemas⁵.



La ciudad antigua de Jerusalén (Jebús) se alza entre dos torrentes: el Tyropeón y el Cedrón.

Fuera ya de la ciudad, se juntan con el torrente Hinnón, en la fuente de En Roguel.

La pequeña lengua de tierra que era Jebús (la ciudad conquistada por David), tenía como fuente natural la de Guijón.

Siloé fue, posteriormente, un piscina donde se recogían las aguas provenientes del manantial del Guijón.

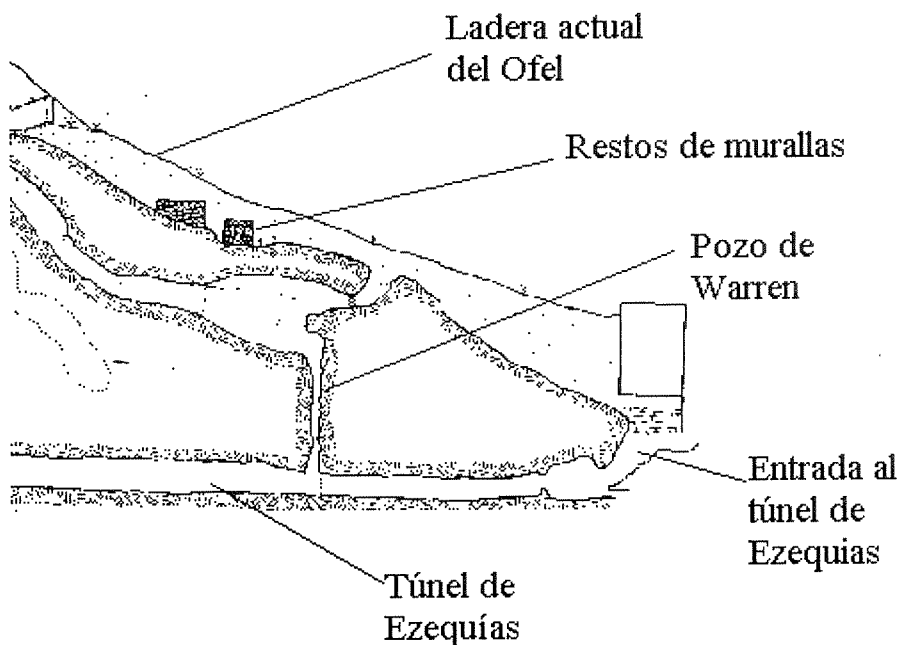
A Jebús se entra por la fuente

Fue un invierno duro y de continuas nevadas, cuando el reyezuelo cananeo de Jebús propuso hacer un túnel que aprovecharse toda la riqueza de agua que pasaba por debajo de la ciudad. En la primavera empezarán las obras. La ciudad protegía con esmero el manantial de Guijón, a los pies de la muralla, cerca del Cedrón, porque sabían que su supervivencia dependía de él. Los ingenieros cananeos consiguieron horadar verticalmente la roca, de forma que incluso en los más duros asedios sus habitantes podían resistir con provisión de agua limpia y fresca.

⁵ La historia de la ciudad de Jerusalén, anterior a los jebuseos, aparece en diversas fuentes egipcias. Primero en los textos de execración de las ciudades asiáticas conquistadas por los faraones del siglo XX a.C.; más tarde, en los archivos reales hallados en Tell-el Amarna, donde se encuentran cartas que envían los reyezuelos de Palestina al Faraón; éstos corresponden al s. XV a.C. No es seguro que los *hapiu* que atacan ciudades cananeas deban ser identificados con los *hebreos*. Cf. J. González Echegaray, *Pisando tus umbrales Jerusalén. Historia antigua de la ciudad* (Estella 2005), pp. 45-55.

David había dejado definitivamente su servicio con los filisteos para ponerse al frente de un pueblo que reclamaba un nuevo rey. Saúl no había estado a la altura de las circunstancias y el cambio se hacía inevitable. David, buen estratega y mejor hombre de gobierno, sabía que la capital del Reino que él proyectaba construir no podía situarse ni en Hebrón, capital de las tribus del sur, ni en Siquén, capital de las tribus del Norte. La colina de Jebús era el lugar ideal. Además, según las tradiciones del lugar, en un monte próximo, Abrahám mismo había estado a punto de sacrificar a su hijo Isaac.

Los habitantes de Jebús creían que era inexpugnable (¡como tantos otros pueblos!). Se atrevieron incluso a provocar a David: 'los ciegos y los cojos no te dejarán entrar'. Craso error, pues David no se andaba con chiquitas. Aprovechó el canal de agua que abastecía la ciudad desde la fuente del Guijón, y trepando por las paredes del pozo, hizo que entraran sus hombres. Mujeres y niños, cojos y ciegos, fueron testigos de su mano dura. Jebús perdió su nombre, y pasó a llamarse «Ciudad de David»⁶.



⁶ Cf. 2 Sam 5,6-10. Hoy se puede visitar en la colina del Ofel lo que se conoce como 'canal de Warren', tomando el nombre del arqueólogo que lo descubrió. Se trata de un pozo que comunica la ciudad antigua con la fuente del Guijón.

Unción real en la fuente del Guijón

La sucesión del rey David no fue fácil. No en vano, cada una de sus esposas pensaba que la corona sería para alguno de sus hijos. David ya no salía de casa; estaba muy anciano y Adonías aprovechó para dar un 'golpe de efecto'. Sin avisar a David, convocó a quienes le apoyaban en la fuente de Roguel (*En Roguel*), donde se juntan los tres wadis de Jerusalén: el Hinón al poniente, el Tyropeon en el centro, y el Cedrón en el levante. Allí reunió a sus incondicionales: al sacerdote Abiatar, a Joab, general del ejército y a los otros hijos del rey. En la fuente de Roguel hicieron sacrificios, comieron, bebieron y Adonías fue proclamado rey⁷.

Estuvo a punto de iniciarse una guerra civil. Los ánimos estaban crispados y Betsabé, la madre de Salomón, fue al lecho de David a reivindicar los derechos de su hijo. La palabra se cumple, le dijo. Y David, recordando su promesa, ratificó a Betsabé que el trono sería para su hijo: «yo te juré por el Señor, Dios de Israel, que tu hijo Salomón me sucedería en el reino y se sentaría en mi trono en mi lugar. Pues así lo haré hoy mismo»⁸.

El sacerdote Sadoc, el profeta Natán, y la guardia fiel a David, montaron a Salomón en la mula de David y bajaron a la fuente del Guijón. El sacerdote Sadoc había tomado de la tienda de la presencia el cuerno de óleo para ungir a Salomón. Tocarón la trompeta y el pueblo comenzó a dar voces y a correr la voz. «¡Salomón es rey! ¡Viva el rey Salomón!»⁹.

Sacrificios y holocaustos

¿Qué decir de Salomón? Su sabiduría no tenía medida y su fama atravesó mares y desiertos. ¡Hasta la Reina de Saba vino para probarle, y quedó maravillada!

Sin duda Salomón es recordado por la construcción del Templo. Mandó comprar una era espaciosa al norte de la ciudad de Jerusalén. Trajo a los mejores arquitectos, ingenieros, capataces y artesanos y les pidió que construyeran para Yahveh el Templo más hermoso que supieran hacer.

El recinto exteriormente parecía como un palacio, lo que ellos llamaban el *hekal*; pero en su interior había una estancia reservada para Yahveh: el Santo de los Santos, el *debir*. A él sólo tenía acceso el Sumo Sacerdote.

⁷ Cf. 1 Re 1, 8-9.

⁸ Cf. 1 Re 1,29-30.

⁹ Cf. 1 Re 1,38-39.

Los israelitas, una vez purificados, podían acercarse hasta el altar de los sacrificios, donde entregaban sus animales a los sacerdotes y levitas encargados de cumplir con escrupulosidad el rito prescrito.

Sangre de machos cabríos, sangre de corderos, sangre de palomas, sangre que caía por el altar y sangre con la que se asperjaba al pueblo. Sangre y humo de las partes que se consumían por el poder de las llamas. Un intenso olor a sangre y humo de carne quemada, entremezclados, impregnaba la ropa de los asistentes.

Los levitas estaban encargados de los servicios menores del Templo de Jerusalén. De la vigilancia, del canto, y de la limpieza. Muy cerca del Templo, en la parte oriental, los reyes procuraron que no faltaran aljibes hondos y anchos. El servicio del Templo así lo requería.

El asedio de Senaquerib

Los sabios que cuentan la historia dicen que la época de Isaías fue muy dura. Muy pronto, siendo todavía un hombre joven, tuvo que ver cómo el Reino hermano de Israel, junto con el pueblo de Aram, amenazaban al rey de Judá, Ajaz, que por entonces gobernaba Jerusalén y su entorno. El rey sucumbió ante el pánico de una guerra inminente, y el joven profeta Isaías tuvo que salir con su hijo a su encuentro, «al final del canal que conduce a la alberca del Batanero». El mensaje de parte de Dios al rey Ajaz era claro: fíate de Dios y de su voluntad, no de las alianzas políticas con los asirios¹⁰. Sin embargo el torpe rey no quiso oír al profeta y prefirió pedir ayuda al enemigo cruel y sanguinario. Isaías se quejó entonces de forma bella, pero amarga. El Señor trae la paz, como se ve reflejado en las aguas de Siloé; mientras que el Éufrates (símbolo de los asirios) es río impetuoso, que trae violencia y destrucción.

«El Señor me habló otra vez y me dijo
Este pueblo desprecia las aguas de Siloé, que corren mansas,
y tiembla ante Rasín, el hijo de Romerías.
Pues bien, el Señor va a traer sobre ellos las aguas del Eufrates,
Impetuosas y abundantes.
Se saldrá de madre, desbordará su cauce,
Irrumpirá en Judá, la inundará,
Las aguas llegarán hasta el cuello,
Y se extenderá a lo ancho del país»¹¹

¹⁰ Cf. Is 7,3.

¹¹ Cf. Is 8,5-8.

Aquel primer peligro pasó para Jerusalén, pero no para el reino de Israel y su capital Samaría, que fueron asolados por Sargón, general asirio desapareciendo hasta el día de hoy.

El recuerdo de la destrucción de Asiria pesaba en Jerusalén como una losa. Los asirios eran crueles. Pasaban a fuego y cuchillo a toda la población, y a los cuadros de los principales del pueblo los deportaban. Habían pasado sólo veinte años, y de nuevo amenazaban con la destrucción; esta vez de Jerusalén.

Ezequías estaba bien considerado por el pueblo. La gente lo apreciaba, los sacerdotes del Templo lo admiraban por su piedad. Sólo el profeta Isaías ponía serios inconvenientes a la figura real. Isaías no podía admitir que el rey, el Ungido de Dios, se fiase de las tropas de Egipto antes que de Dios. ¿No era acaso un grave pecado? Isaías decidió andar desnudo por la ciudad para que todos los habitantes de la ciudad entendieran que algo grave iba a pasar.

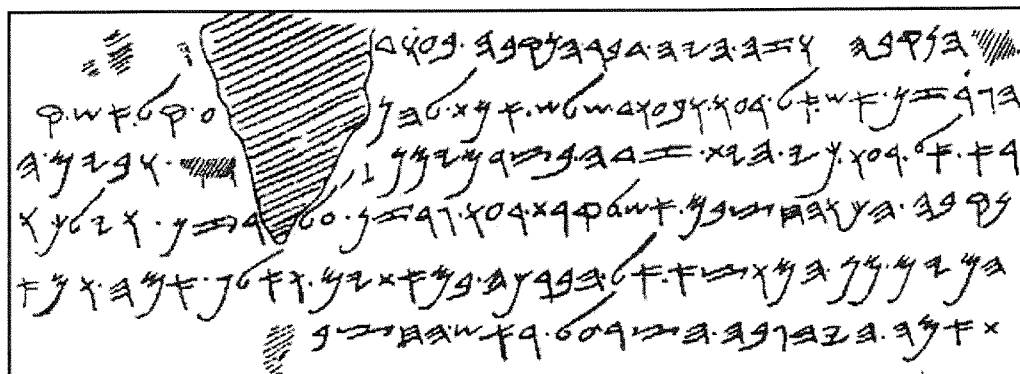
Ezequías no hizo caso al profeta y se atrevió a rebelarse contra el rey de Asiria: ni una moneda más iba a salir de las arcas de Judá para pagar los impuestos! El nuevo rey de Asiria, Senaquerib, era soldado antes que cortesano, y siguiendo la tradición de sus mayores, se puso al frente del ejército. Arrasó Laquis y mandó emisarios a Jerusalén. El copero mayor de Senaquerib negoció con el rey en el mismo sitio que Isaías le había profetizado al rey Acaz, «en la alberca de arriba, en el camino del campo del Batanero»¹².

Ezequías sabía que el asedio de Jerusalén iba a ser duro. Mandó cegar todos los arroyos que podían abastecer de agua al imponente ejército enemigo y procuró el abastecimiento para la ciudad sitiada¹³. ¿Cómo hacer frente a esta situación? Los ingenieros del rey tuvieron una idea: si hacemos que el manantial del Guijón se remanse en el aljibe de Siloé, ¡no faltará agua! ¿Pero cómo conseguirlo, si su curso natural sale fuera de las murallas y pueden cortar el abastecimiento de los sitiados? La osadía no conoce límites: ¡perforaremos la roca, haremos un canal, y conduciremos el agua del manantial de Guijón hasta el embalse de Siloé sin que los enemigos puedan impedirlo!

Ezequías no sólo bendijo la idea, sino que la mandó ejecutar con presura: «Dos equipos de hombres trabajarán por turnos horadando la roca. Unos comenzarán por la fuente; los otros, por el aljibe» ¡Aún recuerdo los gritos de alegría que dieron los mineros cuando entrechocaron los picos, y cuando vieron que por las hendiduras de la roca abierta comenzaba a manar agua!

¹² Cf. 2 Re 18,17; ver también Is 36,2.

¹³ Cf. 2 Cro 32,3.



TRADUCCIÓN DE LA INSCRIPCIÓN ENCONTRADA EN LA PISCINA DE SILOÉ

1. ...cuando se excavó el túnel. Y este fue el modo con que se perforó: Mientras... había todavía... los picos,
2. cada hombre hacia su compañero, y mientras todavía quedaban tres codos por horadar, se oyó la voz de un hombre que llamaba a
3. su compañero, pues había resonancia en la roca proveniente del norte y del sur. Cuando
4. se excavó el túnel, los picapedreros excavaron la roca, cada uno en dirección a su compañero, pico contra pico;
5. y las aguas fluyeron desde la fuente hasta el estanque a lo largo de 1.200 codos;
6. y la altura de la roca, por encima de las cabezas de los picapedreros, era de 100 codos.

Los hombres de sabiduría aún no saben por qué Senaquerib decidió no atacar la ciudad, una vez que la había sitiado. Los más escépticos hablan de una terrible peste que les asoló; los más piadosos, del ángel de Dios que intervino. Sea lo que fuere, Jerusalén contó desde entonces con un canal subterráneo para nuevas vicisitudes¹⁴.

La cisterna de Jeremías

La historia de Jerusalén se escribe con «m» de mayim (agua), con «z» de zahav (oro), y con «d» de dam (sangre). ¡Cuántos asedios había sufrido, y cuántos asedios

¹⁴ La Biblia recoge tres textos en libros distintos que refieren cómo el rey Ezequías mandó construir este canal horadando la roca: 2 Re 20,21; 2 Cro 32,30; Eclo 48,17. En 1880 unos niños se bañaban en la fuente de Siloé y descubrieron una placa de piedra con una inscripción. Actualmente se encuentra en la sala correspondiente a Siria-Palestina en el Museo Arqueológico de Estambul.

le quedaban aún por sufrir! Ahora ya no eran los asirios quienes amenazaban, sino los babilonios. Sí, esta vez Nabucodonosor, el general del nuevo Imperio del Eufrates, no iba a fallar como había fallado el asirio Senaquerib.

Ahora ya no estaba en la ciudad Isaías para advertir a los sucesivos reyes que conoció. Ahora el profeta era Jeremías, que una y otra vez tenía que denunciar su falta de confianza en Dios al monarca jerosolimitano. Jeremías se servía para denunciar el pecado del pueblo con la imagen del agua.

Parece como si de una broma de mal gusto se tratara. Cuando Jeremías tenía que denunciar los pecados de su pueblo, les recordaba de parte de Dios, que eran tan necios que cambiaban el agua fresca y viva que sólo Dios puede dar, por agua cenagosa y escasa de aljibes dispersos por la ciudad:

«Doble iniquidad ha cometido mi pueblo:
me han abandonado a mí,
la fuente de agua viva
para excavar aljibes,
aljibes agrietados,
que no retienen agua»¹⁵.

Jeremías tenía razón. Nabucodonosor no tenía compasión y decidió que Jerusalén debía caer. El asedio fue terrible; el hambre y la sed se apoderó de la ciudad: «Los ricos mandan a sus siervos a buscar agua; éstos van a los aljibes, no encuentran agua y vuelven con sus cántaros vacíos; quedan consternados, humillados, y se cubren la cabeza»¹⁶.

Sí; suena a venganza: «tú nos acusas de beber agua de ciénaga, pues tu castigo va a ser revolvete en la ciénaga». El pobre Jeremías, echado al aljibe seco, revuelto en lodo, gritando a Dios. Los ejércitos de Nabucodonosor asediando la ciudad, y el profeta clamando en vano¹⁷.

Una dura losa cayó sobre la ciudad tres veces santa. Nabucodonosor entró, quemó, saqueó, arrasó, aniquiló, hundió... y deportó. ¿Qué ha sido de tu Templo, el Templo del Señor? ¿Qué ha sido de tus murallas, construidas paso a paso, ganando terreno a los barrancos?

¹⁵ Cf. Jer 2,13.

¹⁶ Cf. Jer 14,3.

¹⁷ Cf. Jer 38, 1-13.

Las aguas del Templo de Ezequiel

Jerusalén siempre había gozado de «hombres de Dios» piadosos y esforzados que escuchaban la voz del Señor y nos la transmitían fielmente. Ezequiel era uno de ellos. Tampoco podría deciros cómo era, pues de niño había sido exiliado a Babilonia en la segunda gran deportación con que Nabucodonosor nos castigó antes del ataque definitivo contra la ciudad.

Según me explicaron más tarde, Ezequiel tenía visiones. Veía a Dios y hablaba. Se quedaba largo tiempo en silencio, y cuando recobraba la palabra, transmitía lo que le había dicho el Señor. Muchos le buscaban porque se divertían, otros porque les parecía sugerente. Un día habló de que veía el nuevo Templo de Jerusalén. ¡Qué risa les daba! ¿Cómo podía ver el Templo si estaba destruido y si nadie pensaba que iba a volver?

Ezequiel decía: he visto que «por el lado oriental del Templo brotaba una corriente de agua». Luego añadía que un hombre con un cordel iba midiendo la altura que alcanzaba. El agua pasó de ser una fuente a ser una corriente, y de una corriente a un «torrente que no se podía atravesar». El torrente por donde pasaba creaba vida, incluso llegó hasta el Mar Muerto ¡y lo saneó! Los que somos de Jerusalén sabemos bien que en cuanto se deja la ciudad por el oriente, pronto se entra en un desierto árido, duro, pedregoso, sinuoso, que desciende abruptamente hasta la gran fosa de la sal. ¡El Templo era el lugar donde manaba la vida, el agua fresca, el futuro de todas aquellas montañas!¹⁸.

La «Puerta del Agua»

Dejemos que el libro de las Lamentaciones ponga voz al llanto por Jerusalén. La ciudad santa, la elegida por David, la Santa Sión, ahora se ve humillada por los cascotes de los caballos de las tropas babilonias, ennegrecida por el fuego y desdibujada por los cascotes que llenan las calles.

Dejemos que la voz de Ciro, el vencedor de Babilonia, proclama su Edicto. «Habla Ciro, rey de Persia. El Señor, Dios del Cielo, me ha dado todos los reinos de la tierra y me ha encomendado construirle un Templo en Jerusalén»¹⁹. Como acabo de decir, esto os lo cuento de segunda mano, porque nunca en mi vida he dejado Jerusalén. ¡Cómo lloraban de alegría los deportados! ¡Podemos cantar un cantar de Sión, pero no ya en tierra extranjera, sino en casa!

¹⁸ Cf. Ez 47,1-12.

¹⁹ Cf. Esd 1,2.

Seríamos injustos si no dijéramos la verdad. La cosa no sólo no fue fácil, sino que fue harto difícil, por no decir inhumana. ¡Qué mal recibieron a los deportados que volvían a casa! '¿A qué volvéis?', les decían. 'Nosotros hemos rehecho aquí nuestra vida, ya no tenemos nada que ver con vosotros.'

Qué dura fue la vuelta; qué dura la permanencia; qué dura la estancia entre los tuyos que no te quieren. Sólo algunos profetas, sobre todo Ageo, decía que la única forma de que tuviéramos futuro era volver a construir el Templo. ¡Qué osadía! ¡Si no teníamos dinero, ni fuerzas, ni ilusión!

Necesitábamos hombres de empuje. Primero vino Sesbasar, luego Nehemías, más tarde Esdras. Nehemías se empeñó en reconstruir las murallas de Jerusalén, dándoles un trazado nuevo. Él mismo nos cuenta cómo, la misma noche que llegó, rodeó la ciudad a lomos de su caballo para ver el estado ruinoso en que estaban los antiguos muros: «Salí, pues, de noche, por la puerta del Valle, me dirigí hacia la fuente del Dragón y luego a la puerta del Muladar, inspeccionando la muralla de Jerusalén destruida y las puertas consumidas por el fuego. Continué después hasta la puerta de la Fuente y la alberca del rey; pero, como no había sitio para pasar con mi cabalgadura»²⁰.

Nehemías trabajó con denuedo para que la ciudad recobrara su esplendor. Devolvió a la ciudad sus puertas y reconstruyó albercas para que el pueblo pudiera satisfacer sus necesidades más perentorias. Salún restauró la puerta de la Fuente y reparó el muro de la alberca de Siloé; los sirvientes del Templo restauraron la «Puerta del Agua»²¹.

Entre mis mejores recuerdos de la ciudad está el día en que Esdras, el escriba, convocó a toda la ciudad a la «Puerta del Agua». Allí se reunieron hombre y mujeres, ancianos y niños. Esdras se subió a una altura de forma que todos pudieran escucharle. La gente fue guardando silencio, sabedora de que algo grande iba a pasar. Sacó de un estuche un rollo y comenzó a leerlo. Conforme avanzaba la lectura la gente se conmovía. Unos lloraban, otros bendecían a Dios, otros se daban golpes de pecho, otros rasgaban sus vestiduras. Sí, era el libro de la Ley del Señor. La Ley se proclamaba y el pueblo fiel asentía, se postraba, se hincaba de rodillas y decía con una sola voz «Amén, Amén»²².

Al escrutar las Escrituras descubrieron que Dios había prescrito a su pueblo, por medio de Moisés, que debían vivir en tiendas en la fiesta del mes séptimo. Todos

²⁰ Cf. Neh 2,13.

²¹ Cf. Neh 3,15-16.26.

²² Cf. Neh 8,1-6.

corrieron a buscar ramas y hojas de palmera, y construyeron tiendas en las terrazas, en los patios, en los atrios del Templo, en la plaza de la «Puerta del Agua» y en la «Puerta de Efraín»²³.

La cisterna de la «Torre Antonia»

Recordará el lector cómo he lamentado que la historia de Jerusalén va unida con la sangre y el fuego. Parecía que los tiempos de los reyes persas iban a ser de una paz duradera. Nada más lejos. No pasó mucho tiempo cuando el joven macedonio Alejandro, por sobrenombre «el Magno», irrumpió en Asia. Bajó como una centella desde Issos hasta Tiro; desde Tiro hasta Egipto. Yo no me acuerdo de él, quizá porque no estuvo en Jerusalén, como sostienen algunos sabios. No importa mucho, porque sus hijos y sus descendientes sí que estuvieron.

Entre sus descendientes griegos, aún se acuerda el pueblo del monarca Antíoco IV, por sobrenombre Epífanes. ¡Qué crueldad! ¡Qué humillaciones! ¡Cómo abusaba de la fe de los piadosos! Fue una nube negra de tormenta que es mejor olvidar. Los griegos introdujeron costumbres helénicas en todo el país. Les gustaba departir en la plaza pública, ejercitarse en el gimnasio y las obras de teatro. En Jerusalén llegaron a profanar el Templo, en una de las páginas más oprobiosas de toda la historia de la ciudad. Sólo cuando unos piadosos jóvenes del campo, sublevados con su padre y bajo la dirección del hermano mayor consiguieron recuperar la ciudad y el país, la tragedia devino paz. La humillación había sido tan grande que fue necesario volver a dedicar el Templo.

Los descendientes de aquellos guerrilleros piadosos no soportaron la vida humilde de quienes querían una Jerusalén fiel a Dios, y cayeron en la trampa vanidosa de crear una monarquía, la asmonea. Falsa y falaz, bajo la protección de Grecia primero y de Roma después. Pompeyo tuvo que venir, parece mentira, para poner paz entre hermanos que no se soportaban.

Cuando subía el Procurador romano desde Cesarea Marítima a Jerusalén, iba acompañado de una cohorte de soldados. Se alojaban en la Torre Antonia. Al Procurador no le gustaba mucho; prefería la vida cortesana y amable de la costa mediterránea a tener que vivir con la soldadesca. Además, cada vez que subía a Jerusalén por la Pascua, se encontraba un problema nuevo. Unas veces revueltas por los impuestos; otras tenía que decidir sobre la suerte de delincuentes o asesinos. No faltaban quienes decían ser el mesías esperado.

²³ Cf. Neh 8,13-18.

El caso es que sus antecesores habían tomado la decisión de que una fortaleza debía vigilar permanentemente la explanada del Templo. Una torre capaz de resistir una revuelta y de albergar una cohorte de la legión. Hombres rudos que vivían permanentemente allí. Un procurador, del cual no recuerdo bien el nombre, mandó construir un gran aljibe capaz de abastecer las necesidades de la Torre Antonia: el «Strution», que aún se puede ver hoy.

Las curaciones de Jesús

Los romanos habían entrado en escena con Pompeyo, que intervino para 'poner paz' en el avispero de Palestina. Los romanos no se las andaban con chiquitas. Intervenían con decisión, sometían al pueblo y a los príncipes, vigilaban las entradas y salidas de las ciudades, establecían sus cuarteles. Era todo un 'aparato de ocupación'.

Un día apareció Jesús por Jerusalén. Su fama le precedía. No era la primera vez que había estado en la ciudad. Es más, dicen que, como judío piadoso que era, lo hacía con frecuencia. De hecho, conocía bien la ciudad; sus puertas, sus fuentes, sus recodos.

Un día fue al estanque que hay en la parte oriental, cerca del Templo. Allí, en dos enorme pozas, se contiene el agua que se reserva para el servicio del Templo. Allí se lavan las ovejas y los animales que han de ser sacrificados ritualmente. Los lugareños la conocían como *Betesda*; los griegos del lugar la conocían como la *probática*, porque estaba al lado de la Puerta de las ovejas²⁴. Conforme a la Ley judía, un animal impuro o indigno, esto es, que no cumpla todos los requisitos legales, no puede ser ofrecido al Señor.

No lejos de allí, en el mismo perímetro, hay una pequeña fuente termal, a la que acuden personas con distintos problemas con la confianza de mejorar de sus dolencias.

Como os decía, un día Jesús fue allí. Había muchos enfermos; cada uno con sus problemas y sus achaques. Uno de ellos no podía acercarse a las aguas, se arrastraba lastimosamente y nadie se apiadaba de él. Jesús, que tenía fama de ver más allá de lo que las personas solemos ver, se fijó y le habló. Fue algo repentino e inaudito; visto y no visto²⁵.

²⁴ Cf. El griego *próbaton*, que significa oveja.

²⁵ Cf. Jn 5,1-9.

En Jerusalén no es difícil encontrarse con personas ciegas; el griterío de las calles y mercados, las llamadas de unos y de otros para que te fijas en tal producto, el bullicio permanente, hacen que los ciegos pasen inadvertidos. Sentado o tirados en un rincón, ruegan una limosna. Pero el ruido ahoga sus lastimosas peticiones. Esta vez no fue Jesús quien clavó los ojos en el ciego, sino que fueron sus discípulos. Aprovecharon para hacerle una pregunta importante: «¿Maestro, ¿por qué nació ciego este hombre? ¿Fue por un pecado suyo o de sus padres?». Jesús escupió en el suelo, hizo un poco de barro, y se lo aplicó a los ojos. Después le envió a lavarse a la piscina de Siloé. El hombre fue, se lavó, y recobró la vista. La gente, a veces, parece que se molesta cuando alguien le saca de sus casillas, rompe los esquemas o hace cosas que no controla. Los que vieron al ciego parecían que les molestara lo que había hecho Jesús. Encima, le recriminaban al ciego: ¿no eres tú el que te sentabas a pedir limosna? ¿cómo ves ahora? El ciego les explicó cómo había pasado todo; pero ellos, en vez de dar gloria a Dios, preguntaron con insistencia: «¿dónde está ahora ese hombre?»²⁶.

La historia del ciego, la del paralítico, la de Esdras, la de Ezequías. Jerusalén es una ciudad que guarda hermosos relatos relacionados con el agua. Unas veces han sido referencias para la memoria, como cuando se leyó la Torah en la Puerta del Agua. Otras han sido testigos de hazañas militares, como la toma de la ciudad por David, y el asedio del terrible rey asirio Senaquerib.

Hoy, cuando paseas por sus calles, sigues viendo las distintas piscinas. La de Betesda, junto a la Iglesia cruzada de Santa Ana. El Strution, en el lugar conocido como Litóstrotos; la de Siloé, al final del Cedrón. El canal de Ezequías y el pozo de Warren siguen atrayendo la curiosidad de visitantes y peregrinos.

Hoy la ciudad ya no está delimitada por los antiguos torrentes. Ha expandido su manto de casas y barrios. Pero aún se pueden ver los profundos cauces del Cedrón y del Hinón trazando los límites naturales de la vieja y siempre eterna ciudad de Jerusalén. Contigo sea la Paz. Shalom. Salam.

²⁶ Cf. Jn 9,1-12.

Agua, vida y sacramentos

Rev. Aragon. Teol. 26 (2007)

Laurentino Novoa Pascual CP

El agua es un elemento esencial para la vida, algo que se nos regala y que es consustancial con la vida misma y, por eso, tiene una cierta connotación "sagrada", como la misma vida. La vida es algo sagrado porque se nos ha dado, porque no depende en definitiva de nosotros y sólo Dios es dueño absoluto de la vida. También el agua es algo sagrado, porque es un don del cielo, que se nos regala gratuitamente, porque sin agua no es posible la vida y porque tampoco nosotros somos dueños del agua.

Los sacramentos son signos sagrados para el ser humano religioso, experiencias básicas y profundas, que tienen que ver con la vida misma y con Dios, dueño, señor y dador de vida. En los sacramentos se integra lo humano y lo divino, la naturaleza y la gracia, la experiencia natural y la experiencia espiritual. Por eso, hablar de sacramentos es hablar del Dios de la vida.

1. Naturaleza, experiencia humana y sacramentos

El hombre es un ser corpóreo-espiritual, materia y espíritu, o en expresión de K. Rahner, "espíritu encarnado". Quizá por eso mismo, el ser humano necesita símbolos, genera símbolos y él mismo es un ser simbólico, en el que se unen y se dan cita lo masculino y lo femenino, lo visible y lo invisible, lo terrestre y lo celeste, los sentidos y la conciencia, la realidad y los sueños. Por esto mismo también, el ser humano necesita en su relación con los demás y con Dios sacramentos, signos humanos y sagrados, expresiones simbólicas, que correspondan a su ser corpóreo-espiritual, entendiendo el sacramento como "signo visible de la gracia invisible" (San Agustín) o, según la formulación medieval, "invisibilis gratiae visibilis forma". Sacramentos en este sentido existen, de una u otra forma, en todas las culturas y en todas las religiones. Podemos incluso decir que la vida está llena de "sacramentos": La estructura humana, en cuanto humana, es sacramental; toda religión, cristiana o pagana, posee una estructura sacramental; la historia de la salvación, que va desde Adán hasta el último de los elegidos, es toda ella sacramental; Jesucristo es, por excelencia, el Sacramento primordial de Dios y a la Iglesia la consideramos "sacramento universal de salvación" (Vaticano II)¹.

¹ Cf. Boff, L., *Los sacramentos de la vida*, Santander 1989 (8ª ed.), 106-107; Borobio, D, ¿Qué es un sacramento?, en: *Celebración en la Iglesia*, Salamanca 1985, I, 371-408.

El sacramento nace de la misma vida y es expresión de la vida; nace de la vida y conduce a la vida; la misma vida se convierte en la materia prima de los sacramentos. Por eso, en los sacramentos cristianos se unen el cosmos y la historia, la naturaleza y la gracia, la vida humana y la vida divina, la experiencia humana y el mensaje de salvación que nos deja el misterio de Cristo².

Hablar de sacramentos en la experiencia religiosa, es hablar de la comunión de lo divino y lo humano a partir de la vida misma, comprender la armonía y la correspondencia entre los anhelos más profundos del corazón humano y el proyecto de salvación que Dios nos ha manifestado en lo que llamamos historia de la salvación que culmina en Jesucristo. Por eso, la teología católica enseña que Cristo es el "Sacramento primordial" (*Sacramentum coniunctum*), o el "sacramento del encuentro del hombre con Dios" (E. Schillebeeckx), precisamente porque en él se unen consustancialmente lo divino y lo humano, el ser de Dios y el ser del hombre, en una comunión perfecta y todos los demás sacramentos cristianos derivan de Él. Santo Tomás de Aquino venía a decir que en los siete sacramentos de la Iglesia había una admirable correspondencia entre la vida humana y la vida divina, entre el proceso biológico de la vida humana (nacimiento, crecimiento, madurez, plenitud) con el proceso de la vida de la gracia o vida divina en el hombre (bautismo, confirmación, comunión, unción).

Los sacramentos de nuestra fe brotan pues de los momentos decisivos de la existencia humana, momentos fundamentales de la vida, experiencias biológicas y espirituales decisivas, que se convierten en "hendiduras" (F. Schleiermacher), a través de las cuales se percibe lo eterno. Los sacramentos nos enseñan que, a través de lo biológico, llegamos a lo espiritual y que Dios se relaciona con los hombres de forma humana; nos enseñan que se da un ocultamiento de lo divino en lo humano, de tal forma que podemos decir que "el fenómeno humano" se convierte en "el medio divino", en expresión de Teilhard de Chardin. "Las primitivas formas sacramentales no se ligan a hechos específicamente espirituales y religiosos, sino a la poetización de lo biológico, que pertenece al hombre, pero que permite al mismo tiempo, la visión de lo espiritual y lo eterno"³.

Es, por tanto, a través de la vida que se nos manifiesta en la naturaleza, como podemos descubrir y llegar a la vida sobrenatural; según rezaba el adagio clásico, la gracia no destruye la naturaleza, sino que la consolida y la perfecciona. En los sacramentos se da pues un misterio de comunión del cosmos y la historia, la naturaleza y la gracia, lo humano y lo divino, del hombre y Dios.

Por eso los sacramentos cristianos nacen a partir de las experiencias humanas esenciales (nacer, crecer, alimentarse, enfermar, sanar, reconciliarse, casarse, consa-

² Cf. Rosso, S., *Elementos naturales*, en: *Nuevo Diccionario de Liturgia*, Madrid 1987, 635 ss.

³ J. Ratzinger, J., *La idea sacramental en la historia de la humanidad*, en: *Ser cristiano*, Salamanca 1967, 67.

grarse al servicio de la comunidad). En su celebración ritual usamos elementos naturales básicos, de un significado profundo y sustancial: el agua, el pan, el aceite; y empleamos también los gestos humanos más expresivos de humanidad como acoger, bendecir, celebrar... Se trata, por tanto, de experiencias, elementos y gestos de vida que hablan por sí mismos y transparentan la dimensión trascendente y espiritual de la realidad; en ellos y a través de ellos Dios nos comunica y regala la salvación realizada en Cristo.

Agua, pan, vino y aceite son elementos naturales simples, genuinos y sustanciales, contenedores y expresivos de la vida, la dignidad, la esperanza y la bendición del cielo. Son también símbolos sugerentes de los anhelos, las aspiraciones y la esperanza de una vida en plenitud, que se nos regala y que al mismo tiempo hemos de acoger y construir.

2. Agua, cultura y religión

Uno de los elementos naturales de los sacramentos cristianos es el agua y el agua tiene un enraizamiento esencial con la vida, la cultura y la religión. Para el pensamiento antiguo, el agua era uno de los cuatro elementos constitutivos de la realidad cósmica e inmanente: aire, agua, tierra y fuego. Por eso, el agua es parte principal y principio vital en todas las culturas y todas las religiones. El agua se ha considerado incluso como principio vital, generador y constitutivo de todas las cosas, la "madre de todos los seres"⁴. En la cultura asiática el agua es considerada como materia prima de todos los seres: "Todo es agua", dicen los textos hindúes; "el huevo del mundo se incubaba en la superficie de las aguas"⁵.

En la Biblia el agua aparece también como elemento primigenio de toda la creación, de tal forma que en el principio "el espíritu aleteaba sobre las aguas" (Gn 1,2), de donde hizo que surgiese y se diversificase de forma ordenada y progresiva la vida en todas sus formas. El término hebreo para el agua, Men, viene a significar también madre y matriz, fuente de todas las cosas.

El agua es pues en muchas culturas como la materia prima, principio generador o matriz de donde surge todo lo que tiene vida. El agua es esencial para la vida, "significa la plenitud de las virtualidades y el punto de partida de las posibilidades de la existencia"⁶.

El agua hace posible la vida en todas sus modalidades y sin el agua no es posible la vida. De ahí la connotación sagrada y la admiración reverencial del hombre de

⁴¹ Cf. Betz, O., *Elementare Symbole*, Freiburg i. B., 62; Angulo, J. A., Agua, en: *Diccionario de Ciencias Eclesiásticas*, Madrid 1883, I, 259.

⁵ Chevalier, J.; Gheerbrant, A., *Diccionario de los símbolos*, Barcelona 1986, 53.

⁶ Kornfeld, W., Agua, en: *Diccionario de Teología Bíblica*, ed. Por Bauer J. B., Barcelona 1967, 25.

todas las culturas e incluso el culto que se ha dado en muchas formas religiosas a los ríos, las fuentes, los lagos, las aguas termales etc.⁷. Los nueve primeros meses de nuestra existencia transcurrieron inmersos en el agua dentro del seno materno; dos terceras partes del cuerpo humano es agua; necesitamos el agua para saciar la sed, para lavarnos y refrescarnos, para preparar los alimentos... El agua está vinculada esencialmente a la vida cotidiana y a nuestra posibilidad de supervivencia como seres humanos.

Cuando se vive en el desierto o en lugares áridos, se aprende a valorar la necesidad del agua para la vida. A. Saint-Exupéry, desde su experiencia de vida en el desierto, lo comprendió muy bien y lo plasmó en un hermoso texto de canto y admiración al agua: **“Agua, no tienes sabor, ni color, ni aroma. No se te puede describir. Se gusta de ti, sin conocerte. Ocurre que se te necesita para la vida; tú misma eres vida. Nos penetras como solaz, cuya exquisitez ninguno de nuestros sentidos es capaz de expresar. A través de ti recobramos las fuerzas, que habíamos perdido. Gracias a ti fluyen de nuevo en nosotros todos los manantiales agostados del alma. Eres el tesoro más precioso de la tierra. Eres también el futo más exquisito que brota limpio de las entrañas de la tierra. ¡Eres una humilde deidad! Pero nos regalas una felicidad indescriptiblemente simple y grande”**⁸. San Francisco de Asís, con sensibilidad lírica y alma mística, ve el agua en **“El cántico del sol”**, como **“hermana agua, que es preciosa en su candor, útil, humilde y casta”**⁹. Y el poeta Amado Nervo describe las lecciones que el agua nos da para ser dichosos: **“¿Pretendes ser dichoso? Pues bien: Sé como el agua, llena de oblación y heroísmo, sangre en el cáliz, gracia de Dios en el bautismo... Sé como el agua; viste cantando el traje de que el Señor te viste, y no estés triste nunca, que es pecado estar triste. Deja que en ti se cumplan los fines de la vida”**¹⁰.

En razón de sus múltiples virtualidades y su vinculación esencial con la vida, el agua juega un papel fundamental en todas las religiones. Mircea Eliade destaca la importancia que tienen los “ritos acuáticos” en la mayoría de las religiones, que unas veces tienen como finalidad la purificación, otras la regeneración de la vida y otras el nacimiento de una vida nueva. En muchas religiones nos encontramos con las “aguas primordiales” en el origen de la vida, con diluvios purificadores que desintegran el mal y lavan los pecados, abluciones, aspersiones, inmersiones etc.

En la Sagrada Escritura se da al agua una importancia muy grande, no sólo por la ubicación geográfica donde se ha desarrollado la historia del pueblo de Dios, Oriente Medio y Palestina, lugares en los que el agua es un bien escaso y deseado, sino por el mismo significado que se da al agua en la experiencia religiosa. En cerca

⁷ Cf. Poupard, P., *Diccionario de las Religiones*, Barcelona 1987, 33-39.

⁸ Saint-Exupéry, A., *Wind, Sand und Sterne*, Düsseldorf 1956, 165s.

⁹ Cf. *Las florecillas de San Francisco – El cántico al sol*, Madrid 1878 (5ªed.) 260.

¹⁰ Nervo, A., en: E. de Champourcin, *Dios en la poesía actual*, Madrid 1972 (2ª ed.), 59.

de 600 pasajes bíblicos aparece el agua con un profundo significado; desde las aguas de la creación y el río de los cuatro brazos que regaba el paraíso terrenal (Gn 2, 10-14), hasta el libro del Apocalipsis, en el que se nos dice que los elegidos serán conducidos por el Cordero hacia "las fuentes de agua viva" (Apoc 7, 17), pasando por la conciencia de la necesidad del agua como producto básico para la vida cotidiana, como constata el libro del Eclesiástico: "Lo esencial para vivir es agua, pan, vestido y una casa para cobijarse" (Eclo 29, 31).

En definitiva, el agua forma parte de la vida, es vida y, por eso, es valorado en todas las culturas y religiones como elemento sustancial con infinitud de propiedades y cualidades, de las que dependen la vida, el bienestar y la felicidad del hombre. No es de extrañar que se esté tomando una conciencia progresiva de lo que supone el agua para la supervivencia y para el futuro de la humanidad, y que se considere el agua no sólo como una fuente de riqueza para los pueblos, sino como un bien imprescindible para la supervivencia y para la calidad de vida del ser humano.

3. Significado simbólico del agua

El símbolo (*sym-ballein*) viene a significar aquello que une, congrega y reúne. Por el contrario, diablo (*dia-ballein*) es todo aquello que divide, disgrega y crea división. Todo símbolo vincula y relaciona, de una u otra forma, el mundo visible y el invisible, lo humano y lo divino, lo material y lo espiritual. Los símbolos están tomados de la naturaleza, de la vida y de la experiencia, donde se manifiesta una comunión de la inmanencia y la trascendencia. El símbolo sobrepasa la fuerza expresiva del signo, puesto que no es sólo la unión de un significante (visible) y un significado (invisible), sino que incluye más significados y es capaz de sugerir más allá del significado inmediato. Por eso, los símbolos, o el lenguaje simbólico es el más adecuado y, a veces, el único posible para expresar las experiencias más hondas y valiosas de la vida humana, como pueden ser el amor, la verdad, la justicia, la libertad, la amistad, la vida o la experiencia de Dios.

Precisamente por ser el agua uno de los elementos primordiales de la realidad cósmica y con infinitud de propiedades, es también uno de los elementos que encontramos con más frecuencia en las culturas y religiones con mayor capacidad de significación simbólica. En el fondo de toda la simbolización del agua, se encuentran la vida y la muerte, pues "las aguas representan la infinitud de lo posible, contienen todo lo virtual, el germen de los gérmenes, pero también todas las amenazas de reabsorción"¹¹. El agua es vida, elemento que contiene la vida, hace germinar la vida, alimenta la vida; pero el agua tiene también capacidad de destrucción, es lugar donde se ahoga la vida, donde habita el Leviatán, el monstruo marino, símbolo de la muerte. Emerger

¹¹ Chevalier, J.-Gheerbrant, A., op. cit. 52.

del agua purificado de toda inmundicia es símbolo de nueva vida: "La inmersión equivale en el plano humano a la muerte y en el plano cósmico, a la catástrofe (diluvio) que disuelve periódicamente al mundo en el océano primordial. Por desintegrar toda forma y abolir toda la historia, poseen las aguas esa virtud de purificación, de regeneración y de renacimiento; todo lo que se sumerge 'muere', y sale de las aguas como un niño sin pecado y sin 'historia', apto para recibir una nueva revelación y comenzar una nueva vida 'limpia'"¹².

Estos dos aspectos contenidos en la virtualidad simbólica del agua, nos recuerdan que vida y muerte se tocan, se implican e imbrican mutuamente; toda vida nueva supone un proceso de muerte; y la muerte tiene únicamente sentido desde la vida. En los mitos aparece ese doble significado del agua: fertilidad y vida, amenaza y muerte; nos recuerda que vida y muerte son vecinas, el agua da la vida y el agua engulle la vida, el agua salva y sana, y el agua destruye, el agua hace surgir el principio y el fin¹³.

A partir de esta doble dimensión o significación simbólica, los tres aspectos dominantes serían: 1) el agua fuente de vida, 2) el agua medio de purificación y 3) el agua centro de regeneración. Los tres se encuentran en casi todas las tradiciones culturales y religiosas y forman las combinaciones más variadas.

El agua apaga la sed y evoca el deseo de Dios como única fuente capaz de saciar el deseo de vida y de felicidad para siempre: "Como busca la cierva corrientes de agua, así, Dios mío, te busca todo mi ser. Tengo sed de Dios, del Dios vivo" (Sal 42, 2ss.). El agua es signo de la bendición del cielo y del mismo Dios, que es comparado por el profeta Oseas como "lluvia de primavera" (Os 6, 3). Por eso el justo es visto en la Biblia como "árbol plantado al borde de las aguas, del arroyo" (Sal 1; Jer 17,8; Ez 19, 10). El agua también es signo de la sabiduría y por eso el sabio es semejante a un pozo y a una fuente (Prov 20, 5; Ecl 21, 13); en cambio, el hombre privado de sabiduría es comparado a un vaso roto que deja escapar el conocimiento (Ecl 21, 14).

La relación del agua con la purificación, la regeneración y la vida nueva, hace que sea también símbolo del Espíritu divino, al que confesamos en el credo cristiano como "señor y dador de vida", pero también de la vida espiritual, del "agua viva", capaz de saciar las apetencias más hondas del corazón humano (cf. Jn 4, 25). Santa Teresa veía en la experiencia de la unión con Dios a través de la oración y la contemplación como un descubrimiento y una acogida de esta agua viva anunciada por Cristo¹⁴.

4. Uso religioso del agua

Prácticamente todas las religiones tienen algún uso del agua en sentido ritual; desde las grandes religiones orientales, que ven en el agua el origen de todo lo que

¹² Eliade, M., *Tratado de la historia de las religiones*, Madrid 1974, I, 229.

¹³ Cf. Betz, O., op. cit., 65-66.

¹⁴ Cf. Teresa de Jesús, *Libro de la Vida*, XI-XVI. "Oh qué de veces me acuerdo del agua viva que dijo el Señor a la Samaritana", *Ibd.*, XXX, 19.

existe, pasando por las religiones naturales de tipo cosmo-biológico, donde el agua es transmisor y expresión de vida, o el Islam que considera el agua que cae del cielo como signo divino y el mismo hombre ha sido creado de un agua fluente, hasta la tradición bíblica donde el agua es criatura y don de Dios y, al mismo tiempo, está presente en toda la creación como elemento constituyente de la vida.

En los ritos religiosos el agua es elemento purificador, empleado en forma de abluciones y baños sagrados, pero también con otros muchos significados, que tienen que ver con la regeneración, la fecundación y la expresión de la vida. Todos los escritos sagrados destacan el significado y la vinculación sagrada del agua, así como su relación con la vida, pero en algunos escritos tiene una presencia y significación simbólica particularmente relevante como, por ejemplo, en el evangelio de San Juan, donde aparecen, al menos 45 pasajes donde el agua tiene un profundo significado: de conversión (bautismo de Juan), de purificación (tinajas de las bodas de Caná en Jn 2, 6), de vida y salvación (la Samaritana en Jn 4, 1-14), del Espíritu (fiesta de los Tabernáculos en Jn 7, 37-39), de servicio (lavatorio de los pies en Jn 13, 4-15), de esperanza y sanación (Piscina de Siloé en Jn 5, 1-11), de nacimiento para la nueva vida (pasaje de Nicodemo en Jn 3, 5), del Espíritu y la Iglesia (agua brotada del costado de Cristo muerto en la cruz, en Jn 19, 34), del trabajo y la acción transformadora de la gracia (pesca en el lago de Tiberiades en Jn 21, 4-8).

Los hidúes se bañan en el río Ganges, río sagrado que nace en el Himalaya, para purificarse y regenerar el espíritu devolviéndole su estado primigenio. Los antiguos egipcios se purificaban también en las aguas sagradas del Nilo. En la religión judía el agua se empleaba para purificarse de la impureza ritual que impedía la relación con Dios. En el cristianismo ha tenido y tiene el agua también un uso religioso y sacramental; está el agua bautismal, el agua bendita y el agua de la pascua. El agua bendita es considerada como un "sacramental", es decir, un signo sagrado que significa y expresa experiencias espirituales profundas. El agua bendita mezclada con sal, era un sacramental purificador y protector, usada en la antigüedad (siglos IV y V) para purificar templos y lugares paganos¹⁵. El agua bendita tiene diversos usos; se emplea a la entrada del templo para santiguarse recordando el bautismo, por el que nacemos a la nueva vida "por el agua y el Espíritu"; como aspersión al iniciar la eucaristía, especialmente en tiempo pascual, para expresar la purificación de los pecados y recordar que somos nuevo pueblo de Dios, liberado del pecado por el misterio del bautismo; se emplea en la consagración de una iglesia o un altar, en las bendiciones litúrgicas y en los sacramentos.

El uso del agua bendita para el cristiano tiene como finalidad recordar y renovar el bautismo en su más profundo significado; se trata de hacer presente el "baño regenerador" y renovador" (Tit 3,5), por el que se lleva a cabo en nosotros el misterio del

¹⁵ Cf. Benz, S., *Wasser in der Liturgie*, en: *Lexikon der Theologie und Kirche*, Freiburg i.B. 1965, 966.

“nuevo nacimiento” (Jn 3, 5) y de la “nueva creación” (Gal 6,15; 2Cor 5,17). El empleo del agua bendita ha tenido también otras interpretaciones más genéricas, en la línea de la experiencia religiosa en general: “Significa que todo aquí abajo está manchado y tiene necesidad de purificación; que el hombre, rey del mundo, caído por su pecado, tiene más que ninguna otra criatura necesidad de purificarse; que esta purificación viene de lo alto; que sólo Dios puede producirla y que no tiene lugar sino por la eficacia de la sangre de Cristo derramada sobre la tierra para reconciliarla con el cielo”¹⁶.

Las diversas religiones han hecho y hacen un uso abundante del agua con aplicaciones e interpretaciones bastante similares en torno al doble significado de muerte y vida. En casi todas se da una cierta convergencia, como dice M. Eliade, intentando sintetizar el uso del agua en las religiones: “Cualquiera que sea el conjunto religioso en que se presenten, la función de las aguas es siempre la misma: la de desintegrar, abolir las formas, lavar los pecados, purificando y regenerando al mismo tiempo. Su destino es preceder a la creación y reabsorberla, sin poder salir nunca de su propia modalidad, es decir, sin poder manifestarse en formas... La finalidad de las lustraciones y purificaciones rituales con aguas es actualizar en un instante “aquel tiempo” (*in illo tempore*), en que tuvo lugar la creación; son una repetición simbólica del nacimiento de los mundos o del ‘hombre nuevo’”¹⁷.

Este marcado y abundante uso religioso del agua, recuerda, por lo demás, que el agua es algo tan esencial y vinculado a la vida, que tiene en sí mismo un carácter sagrado; reconocerlo y respetarlo será siempre una verdadera bendición para el hombre.

5. Bautismo cristiano: nacidos del agua y del Espíritu

Las múltiples virtualidades y el simbolismo tan profundo y espontáneo del agua en todas las culturas y religiones, para expresar experiencias de purificación, del perdón de los pecados y de renovación, justifica su empleo en el bautismo cristiano, sacramento de regeneración y de nueva vida. La referencia más inmediata que pudo influir en el rito del bautismo cristiano pudo ser el uso que se hacía en el judaísmo tardío de las lustraciones para incorporar a los prosélitos al pueblo de Dios y, sobre todo, el bautismo de Juan en el Jordán como bautismo de purificación y conversión. Pero el mismo uso del agua como elemento esencial de la vida, que quita la sed, lava, limpia, cura y hace posible la vida; así como su profunda significación simbólica a lo largo de toda la historia de la salvación, justificaba el uso del agua como materia del sacramento del bautismo.

¹⁶ Angulo, J. A., art. cit., 261.

¹⁷ Eliade, M., op. cit., 247-248.

San Cirilo de Jerusalén, en sus maravillosas Catequesis Mistagógicas, explica ampliamente esta relación del agua con el bautismo a partir de la Sagrada Escritura: "Si quieres saber porqué es por medio del agua y no de otro elemento, como se da la gracia, lo descubrirás leyendo la Escritura. Gran cosa es el agua, el más hermoso de los cuatro elementos sensibles del cosmos. El cielo es la morada de los ángeles, y los cielos están hechos de agua; la tierra es la patria de los hombres y también la tierra surgió de las aguas. El agua es el principio del cosmos; el Jordán del Evangelio"¹⁸.

En los orígenes del cristianismo, el agua que se empleaba para el bautismo, era agua corriente, como vemos en el pasaje de los Hechos de los Apóstoles en el que Felipe bautiza al eunuco de la reina de Candace: "Llegaron a un sitio donde había agua. El eunuco dijo: 'Aquí hay agua; ¿qué impide que yo sea bautizado?' Y mandó detener el carro. Bajaron ambos al agua, Felipe y el eunuco, y lo bautizó" (Hech 8, 36-38). En la Didaché aún no se determina nada especial sobre el agua bautismal. Pero, ya a partir del siglo II, como vemos en el testimonio de Clemente de Alejandría e Ireneo de Lyon, el agua del bautismo se consagra en la noche pascual, añadiendo así nuevas virtualidades y una más profunda significación salvífica.

La fórmula antigua de consagración del agua bautismal tenía una gran riqueza simbólica. El sacerdote vertía agua hacia los cuatro puntos cardinales en recuerdo de los cuatro ríos que brotaban en el paraíso terrenal y para significar además que todas las naciones son llamadas a la gracia de este sacramento; luego se hacía la señal de la cruz para manifestar que las aguas bautismales toman su virtud de la muerte de Cristo, que nos entregó su vida clavado en la cruz; después sumergía por tres veces el cirio pascual encendido, que simbolizaba el poder fecundante del Espíritu Santo; derramaba sobre el agua cera derretida del mismo cirio para santificarla y, por último, la consagraba mezclándola con el óleo de los catecúmenos y con el santo crisma¹⁹.

La actual fórmula de bendición del agua bautismal en la liturgia de la vigilia pascual destaca, sobre todo, el significado salvífico del agua a lo largo de toda la historia de la salvación, desde el agua de la creación hasta el agua brotada del costado de Cristo muerto en la cruz. Se reducen los gestos simbólicos; se conserva la introducción del cirio pascual en la fuente bautismal, aunque como rito opcional.

Tertuliano recuerda también en su tratado **De baptismo** que el agua es el elemento más adecuado para expresar el bautismo cristiano, pues aparece desde el origen como una materia perfecta, fecunda y simple, totalmente transparente; posee por sí misma una virtud purificadora y vivificadora. Por eso, inicia su tratado sobre el bautismo con las palabras: "Misterio del agua nuestra que nos trae fortuna"²⁰.

El agua es el elemento más adecuado para expresar, celebrar y simbolizar el bautismo cristiano, puesto que el bautismo es una experiencia pascual de muerte y de

¹⁸ Cit. por: Danielou, J., Sacramentos y culto según los Santos Padres, Madrid 1964, 91.

¹⁹ Cf. Angulo, J.A., art. cit., 261-262.

²⁰ Cf. Rahner, H., Mitos griegos en interpretación cristiana, Barcelona 2003, 93.

nueva vida: muerte al hombre viejo de pecado y nueva vida de la gracia por la fe en Cristo; es un misterio de purificación y regeneración interior; es un misterio de iniciación en la vida sobrenatural y de incorporación a la comunidad de la Iglesia. Y todo ello queda admirablemente significado a través del agua y de la acción del Espíritu, al que el agua también simboliza. Por eso, el bautismo es la experiencia maravillosa del “nuevo nacimiento” en el agua y en el Espíritu. Lo que pretendía ser simbolizado en los ritos religiosos de las abluciones, en los bautismos helenísticos con un sentido ritual mágico, o en los bautismos de los prosélitos en el judaísmo, el cristiano lo vive desde la fe en Cristo y en su misterio pascual.

6. Simbolización bautismal en la Patrística

El sentido simbólico del agua para expresar y significar el misterio del bautismo estaba expresado con mucha más fuerza y viveza en el rito bautismal de la Iglesia antigua, cuando el bautismo tenía lugar en la noche de la Pascua, por inmersión en una piscina de agua corriente, donde aparecía con mayor claridad el misterio de la muerte y la nueva vida, el morir y ser sepultado con Cristo, para resucitar con Él a una vida nueva (cf. Rom 6,1-11).

En la literatura patrística encontramos una catequesis muy abundante sobre el sentido simbólico del agua desde la perspectiva de la Sagrada Escritura. El ya citado San Cirilo de Jerusalén presenta la bajada a la piscina bautismal como una bajada a las aguas de la muerte; el rito del bautismo está constituido esencialmente por la inmersión y la emersión acompañadas de la invocación a la Trinidad Santa. La inmersión simboliza la purificación del pecado (catarsis) y la muerte del hombre viejo; la emersión simboliza la comunicación del Espíritu Santo que otorga la filiación adoptiva y hace del bautizado una nueva criatura: “Fuisteis llevados a la santa piscina del divino bautismo igual que Cristo fue bajado de la cruz y puesto en el sepulcro de antemano”²¹. Por eso, las aguas del bautismo son “sepulcro y madre”, muerte y vida. Escribe Dídimo el Ciego al respecto: “La piscina bautismal es el seno materno donde son engendrados los hijos de Dios. Permaneciendo virgen, la piscina viene a ser madre de todos en virtud del Espíritu Santo”²². Más tarde, la pila bautismal será considerada como “la tumba de la vida corruptible y a la vez seno materno de la nueva vida de la Ogdóada del cielo; es seno materno y tumba a la vez”²³.

En las Constituciones Apostólicas se dice, al bendecir las aguas bautismales: “Santifica esta agua para que quienes son bautizados, sean crucificados con Cristo, mueran con él, sean sepultados con él y con él resuciten” (VII, 43).

²¹ Cit. por: Danielou, op. cit., 58.

²² Danielou, J., op. cit., 64.

²³ Rahner, H., op. cit., 98.

Tres temas se repiten permanentemente en las catequesis bautismales de la literatura patrística: las aguas primordiales de la creación, el diluvio y el paso del Mar Rojo. A partir de estos pasajes bíblicos, se concibe el agua como principio de destrucción, instrumento de juicio y principio de creación.

En la analogía con las aguas primordiales y las aguas bautismales se manifiesta el paralelismo entre la primera y la segunda creación: "El agua primitiva engendró vida para que nadie se maraville de que en el bautismo las aguas sean capaces de vivificar", dice Tertuliano. Y así como la creación se realiza por la acción del Espíritu divino sobre las aguas, así también la acción del Espíritu Santo sobre las aguas del bautismo realiza la obra maravillosa de la nueva creación: "Igual que el Espíritu Santo volando sobre las aguas primitivas, hizo surgir la creación primera, así el mismo Espíritu, volando sobre las aguas del Jordán, hizo surgir la segunda creación, a la cual nace el bautizado en las aguas consagradas por la epiclesis"²⁴. "Has visto el agua. Pero el agua no cura, si no desciende el Espíritu y la consagra"²⁵. Tertuliano, haciendo un juego de palabras, dice que así como los peces sólo viven en las aguas, así los nuevos bautizados (pisciculi), sólo pueden vivir la nueva vida del 'Ichthys' (Pez)²⁶; escribe en su tratado De baptismo: "El agua bautismal engendra pisciculi, igual que las aguas primitivas engendraron a los peces ... Nosotros somos pececillos según el 'Ichthys', Jesucristo, en quien nacemos y no vivimos sino permaneciendo en el agua"²⁷.

El diluvio es interpretado en la primera carta de Pedro (3, 19-21) como símbolo o tipo del bautismo cristiano, puesto que representa, a través del agua destructora, el fin de un mundo viejo y el comienzo de un mundo nuevo purificado. Por eso se relaciona también el diluvio con la muerte y resurrección de Cristo: "En el bautismo es destruido el hombre viejo por medio del sacramento del agua y el que sube de la piscina pertenece a la nueva creación. Entre el diluvio y el bautismo hay que situar el descendimiento de Cristo a los infiernos, donde tiene lugar la realización sustancial del misterio del Diluvio"²⁸. Dídimo de Alejandría añade al respecto: "El diluvio que purificó al mundo de la antigua iniquidad, encerraba la profecía de la purificación de los pecados mediante la piscina sagrada"²⁹. Por lo tanto, los Padres establecen una relación tipológica de profundo significado teológico entre el diluvio, el descendimiento de Cristo a los infiernos y el bautismo cristiano; así como también una relación entre el número ocho (ocho personas que se salvan) y el "octavo día" (Ogdóada) o día de la salvación; y también de la paloma del arca con la presencia del Espíritu en el agua:

²⁴ Danielou, J., op. cit., 91.

²⁵ San Ambrosio, De sacramentis, I, 15.

²⁶ ICHTHYS, "pez" en griego es el acróstico de las palabras: "Jesucristo, Hijo de Dios Salvador", empleada como símbolo y clave secreta por los cristianos primitivos en tiempo de la persecución.

²⁷ Cit. por: Danielou, J., op. cit., 92.

²⁸ Danielou, J., Ibd., 94.

²⁹ Cit. por: Danielou, J., op. cit., 1001.

“Al octavo día resucitó el Señor; en un día de pascua, en el octavo día de la liturgia, Cristo fue bautizado. Es el mismo día en que el Espíritu se derrama sobre las aguas. El bautismo es el renacer a la vida eterna, el tránsito a lo incorruptible y a la paz que expresa el símbolo de la Ogdóada, es la antítesis del nacimiento terreno”³⁰. San Cirilo de Jerusalén, en sus *Catequesis Mistagógicas*, desarrolla también esta relación cuando escribe: “Algunos dicen que así como en tiempos de Noé vino la salvación por la madera y el agua, y tuvo lugar el comienzo de una nueva creación, así el Espíritu Santo descendió sobre el nuevo Noé, autor de la nueva creación, cuando la paloma espiritual descendió sobre él en el bautismo, para mostrar que es Él quien por el madero de la cruz proporcionó la salvación a los creyentes”³¹.

Los Padres relacionan también el arca con la Iglesia y con el madero de la cruz, de tal forma que así como por medio del arca se salvaron las ocho personas llamadas a la salvación, los llamados por el bautismo también llegan a la salvación por medio del madero de la cruz. Tertuliano dice al respecto que quien no entra en el arca, no pertenece a la Iglesia y, por lo tanto, no puede conseguir la salvación: “Qui in arca non fuit, in Ecclesia non sit”³². Pero será únicamente el madero de la cruz el que dará verdadera eficacia salvadora al agua bautismal: “¿Qué es el agua sin la cruz de Cristo? Un elemento banal”, dirá San Ambrosio. Con el signo de la cruz se consagra el agua bautismal. San Ignacio de Antioquía recuerda que “Jesús fue bautizado para purificar el agua con su pasión”. El bautismo del Jordán simboliza lo que se hará realidad en la cruz y por medio de la cruz, para que todo el que se bautice en el nombre de Jesús, reciba la salvación y la nueva vida por medio de la cruz. Sólo por la fuerza vivificadora de la cruz se fecunda el seno materno de la Iglesia para engendrar la nueva vida de la fe. Por eso, la pila bautismal se interpretó simbólicamente como tumba de la vida corruptible y seno materno de la nueva vida³³.

San Juan Crisóstomo, en el comentario del pasaje sobre la resurrección de Lázaro, resume toda esa significación simbólica del diluvio aplicado al bautismo: “El relato del diluvio es un sacramento (*mysterion*) y sus detalles, una figura (*typos*) de las cosas venideras. El arca es la Iglesia; Noé, Cristo; la paloma, el Espíritu Santo; el ramo de olivo, el amor de Dios a los hombres. Igual que el arca protegía en medio del mar, a los que estaban dentro de ella, así la Iglesia salva a los extraviados. Pero el arca se limitaba a proteger; la Iglesia hace más. Por ejemplo, el arca recibía bestias irracionales y las conservaba irracionales; la Iglesia recibe hombres, son logos y no se limita a conservarlos, sino que los transforma”³⁴.

³⁰ Rahner, H., op. cit., 97.

³¹ San Cirilo de Jerusalén, PG, XXXIII.

³² Tertuliano, PL, I, 696 B.

³³ Cf. Rahner, H.: op. cit., 98-100.

³⁴ San Juan Crisóstomo, PG XLVIII, 1037-1038.

Otra de las figuras bautismales más frecuentes, comentadas en la literatura patrística, es el paso del Mar Rojo, a la cual hace referencia San Pablo en la primera carta a los Corintios (10, 1-5). La relación y aplicación simbólica al misterio del bautismo es clara. Así como el agua del Mar Rojo supuso la muerte para los opresores y la salvación para los oprimidos y, por tanto, un “paso” de la esclavitud a la libertad, así en las aguas del bautismo se realiza la muerte del hombre viejo de pecado y el inicio de una nueva vida para los llamados; se realiza pues también el “paso” de la esclavitud del pecado a la libertad de los hijos de Dios. Así lo ve también Tertuliano en su tratado sobre el bautismo: “Cuando el pueblo abandonó libremente Egipto y escapó del poder del rey pasando a través de las aguas, éstas exterminaron al rey y a todo su ejército. ¿Podría imaginarse figura más clara del bautismo? Las naciones son liberadas del mundo, y esto en virtud del agua, y dejan al diablo, que antes las tiranizaba, aniquilado en el agua”³⁵. Dídimo el Ciego hace esta misma aplicación del paso del Mar Rojo al bautismo en su tratado **De Trinitate**: “También el Mar Rojo al recibir a los israelitas que no dudaron y librarlos de los males de que eran objeto por parte de los egipcios, es tipo de la salvación operada por el bautismo. Egipto era, en efecto, figura del mundo, donde labramos nuestra propia desgracia con nuestra mala conducta; el pueblo simboliza a los que ahora son iluminados (bautizados); las aguas, que son para el pueblo un medio de salvación, designaban el bautismo; el Faraón y sus soldados representan a Satán y sus satélites”³⁶. De forma semejante, Gregorio de Nisa, ve el paso del Mar Rojo como una profecía del sacramento del bautismo: “En efecto, también el pueblo, cuando se acercaba ahora al agua de la regeneración huyendo de Egipto, que es el pecado, queda libre y salvo, mientras que el diablo y sus esbirros, los espíritus del mal, son aniquilados”³⁷. Y San Basilio resalta la trascendencia de este acontecimiento para Israel y del bautismo para la Iglesia: “Si Israel no hubiera pasado el mar, no habría escapado del poder del Faraón; lo mismo tu, si no pasas por el agua, no escaparás de la cruel tiranía del demonio”³⁸.

La vinculación que San Pablo hace del paso del mar y la columna de nube que acompañaba al pueblo en el peregrinar por el desierto, es interpretada por los Padres como la unión del agua y del Espíritu Santo, que son los dos elementos esenciales del bautismo. Así lo explica Orígenes en sus Homilías sobre el Éxodo: “Lo que para los judíos es el paso del mar, San Pablo lo llama bautismo. Lo que para ellos es una nube, San Pablo afirma que es el Espíritu Santo... pues quien no renace del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de los cielos”³⁹. San Ambrosio en su tratado

³⁵ Cit. por: Danielou, J., op. cit., 107.

³⁶ Dídimo el Ciego, PG XXXIX, 696 A.

³⁷ San Gregorio de Nisa, PG, XLVI, 589 D.

³⁸ San Basilio, PG, XXXI, 425 B-C.

³⁹ Orígenes, Hom Ex, V, 1; 182, 2.

De sacramentis, destaca igualmente la importancia de la unión de estos dos elementos señalados por San Pablo: "La columna de nube es el Espíritu Santo. El pueblo estaba en el mar y la columna de luz le precedía; luego la columna de nube le seguía, como la sombra del Espíritu Santo. Como ves, en el Espíritu Santo y el agua aparece manifiesta la figura del bautismo"⁴⁰.

El paralelismo del Éxodo y del bautismo refleja la obra maravillosa de Dios a favor de su pueblo cautivo por las fuerzas del mal y sigue teniendo una significación comprensible para el hombre de hoy. La figura de Moisés juega también un papel importante con referencia al bautismo, pues Moisés, nacido de las aguas, salva a su pueblo a través de las aguas, hace brotar el agua para su pueblo en la travesía del desierto, y es figura de Cristo⁴¹.

7. El agua en la eucaristía

Aunque los elementos esenciales de la eucaristía son pan y vino, también el agua está presente y tiene su significación, no sólo como elemento de purificación exterior e interior en el Lavabo después de la presentación de ofrendas (OGMR, 52), sino también como elemento que se mezcla con el vino para ser ofrecido y transformado en la sangre de Cristo.

El rito de mezclar agua y vino en la eucaristía aparece ya en el siglo II en el testimonio de San Justino sobre la celebración eucarística y en San Ireneo, en su obra **Adversus haereses**. Este uso, de procedencia griega, pudo conocerse también en Palestina y aplicarse en la celebración de la eucaristía desde los orígenes. Algunos movimientos gnósticos llegaron incluso a sustituir completamente el vino por el agua, porque rechazaban el uso del vino en la vida ordinaria. La Iglesia ha mantenido esta práctica a lo largo de la historia.

Sobre la proporción de la mezcla, hay una práctica diversa en oriente y en occidente. En las liturgias orientales se mezcla una buena cantidad de agua con el vino; entre los sirios jacobitas se prescribía la misma cantidad de agua y de vino. En occidente ha sido siempre menor la cantidad de agua que la de vino, y el concilio de Trebur (895) dispuso que el cáliz contuviese dos terceras partes de vino y una tercera parte de agua. A partir de la época medieval, se fue reduciendo el agua a una mínima cantidad, introduciendo el uso de la cucharilla para garantizar que no se excediese el sacerdote en la cantidad de agua⁴².

⁴⁰ San Ambrosio, *De sacramentis*, I, 22.

⁴¹ Cf. Betz, O., *op. cit.*, 66.

⁴² Cf. Jungmann, J.A., *El sacrificio de la misa*, Madrid 1951, 670-673.

¿Qué valor y qué sentido puede tener el uso del agua como elemento eucarístico? Posiblemente al principio no se le dio ningún significado especial. Se trataba simplemente de un elemento natural esencial que iba unido en la práctica al uso y el consumo del vino. Pero con el tiempo se le da un profundo significado simbólico que está expresado en las palabras que dice el sacerdote al mezclar el agua con el vino: "El agua unida al vino sea signo de nuestra participación en la vida divina de quien ha querido compartir nuestra condición humana". La significación salvífica pudo nacer en las discusiones con las herejías gnósticas y va unida a la asunción de la naturaleza humana por parte del Verbo y la unión de lo divino y lo humano en el misterio de la salvación. San Cipriano pone de relieve la necesidad de esta unión, cuando escribe: "Si alguien no ofrece más que vino, la sangre de Cristo empieza a existir (en el cáliz) sin nosotros; pero cuando no se ofrece más que agua, el pueblo empieza a encontrarse sin Cristo"⁴³.

También se ha interpretado como la unión de Cristo y su Iglesia, a partir del texto de Jn 19,34: "Uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza y al instante salió sangre y agua". Según una interpretación basada en Apoc 17, 15, el agua como símbolo de los pueblos, significaría en este caso el pueblo redimido por Cristo; así, en la edad media se entendió que la mezcla del agua indica que en la misa no se ofrece sólo Cristo, sino también la Iglesia, y esta fue la razón por la que Lutero se opuso a esta mezcla del agua y el vino en la eucaristía, al entender él que la obra divina quedaría minusvalorada al poner la participación humana⁴⁴.

Dejando aparte los matices de las diversas interpretaciones, creo que es digno de destacarse la presencia del agua como elemento esencial de la naturaleza, que es asumido en el misterio por excelencia de la comunión de lo divino y lo humano en la eucaristía. Tiene también un profundo sentido espiritual el hecho de que en el agua esté representada nuestra humilde condición humana, que se une a la condición divina. En la eucaristía, como en toda acción salvífica, nosotros ponemos lo menos (el agua) y Dios pone lo más (el vino), pero ambas cosas son necesarias para la experiencia de salvación. En el banquete escatológico del reino de Dios, simbolizado en las bodas de Caná, el Señor transforma el agua de nuestra pobre condición humana en el vino sabroso de la salvación y la vida.

Conclusión

El agua, como criatura de Dios, elemento esencial de toda forma de vida y don precioso del cielo, debido a sus múltiples virtualidades, es el símbolo más adecuado para expresar la experiencia religiosa de la regeneración y la nueva vida. Su uso religioso y sacramental en la piedad y en la liturgia cristiana, expresa admirablemente la unidad entre creación y redención, así como la comunión de lo divino y lo humano.

⁴³ Cit por: Jungmann, J.A., ibd., 670.

⁴⁴ Cf. Jungmann, J.A., ibd., 671.

